

**CÉSAR LÉVANO**

EDICIÓN DEL CENTENARIO

# **LAS OCHO HORAS**

LA HISTORIA REAL DE UNA CONQUISTA  
EXCLUSIVAMENTE OBRERA

---



SINCO  
editores

**SEGUNDA EDICIÓN**



VIVA LA LIBERTAD  
GENERAL



**CÉSAR LÉVANO**

**EDICIÓN DEL CENTENARIO**

**LAS OCHO  
HORAS**





**CÉSAR LÉVANO**

**EDICIÓN DEL CENTENARIO**

# **LAS OCHO HORAS**

**LA HISTORIA REAL DE UNA CONQUISTA  
EXCLUSIVAMENTE OBRERA**



**SINCO**  
editores

**SEGUNDA EDICIÓN**



## **LAS OCHO HORAS**

**La historia real de una conquista exclusivamente obrera**

**Edición del centenario**

© Edmundo Dante Lévano la Rosa

Calle 14 N° 190- Urb. La Florida, Rímac, Lima / Teléfono 493 7591

elevanolarosa@yahoo.es

© Sinco Diseño EIRL

Jirón Huaraz 449. Lima 5 /Cel. 998 037 046

sincoeditores@gmail.com / sinco.design@yahoo.es

Para su sello editorial:



Comite editorial: César Lévano Casas, Jaime Chihuán Gálvez, Manuel Linares Guzmán, Arturo Quispe Lázaro, Luis Tello

Dirección general: Jaime Chihuán Gálvez

Responsable y cuidado de esta edición: Manuel Linares Guzmán

Diseño y composición: José Carlos Chihuán Trevejo

Retoque de imagenes: Marco Antonio Barrón Rodríguez

Fotografías: Archivo César Lévano

Preprensa y producción: Pablo Cabrera Gálvez

Promoción y difusión: Yessica Karina Lizana Torres

Segunda edición: abril de 2019

Tiraje: 1000 ejemplares

Se terminó de imprimir en abril de 2019 en

SINCO diseño EIRL

Jirón Huaraz 449, Lima 5 / Cel. 998 037 046

sinco.design@yahoo.es / sincoeditores@gmail.com

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú: 2019-05421

Fotografía de la carátula: Vitarte, 1911. Mitin de obreros en el primer paro de la historia sindical del Perú

Fotografía de la contracarátula: Gerson Ferrer

Archivo: César Lévano.



A Manuel Caracciolo Lévano, adelantado organizador  
del movimiento obrero.

A Delfín Lévano, su hijo, autodidacta, intelectual,  
director de publicaciones que reivindicaban, dirigían  
y organizaban a los trabajadores en la lucha por la  
conquista de sus derechos. Convertido en paralítico  
por esta razón.

A todos los obreros que lucharon y los que cayeron  
en la lucha por las ocho horas y cuyos nombres no  
alcanzaría a enumerar en este pequeño trabajo.





César Falcón y José Carlos Mariátegui. Ambos defendían el movimiento sindical. El gobierno de José Pardo decidió clausurar el diario *El Tiempo*, en el momento del paro por las ocho horas. Los llamaban “La yunta brava”.

## CÉSAR LÉVANO (1926 - 2019)

**L**o conocí en 1983 cuando preparábamos un homenaje radial a Manuel Scorza, fallecido días antes en un accidente de aviación en España. Todos sabíamos de él por su nombre de combate, César Lévano. Su nombre de pila, Edmundo Dante, nunca le gustó, le parecía que tenía un aire demasiado “farmacéutico” que no le agradaba. Así que luego de descubrir impresionado la poesía de César Vallejo, y como homenaje a él, al momento de escribir su primer artículo estando en el colegio lo adoptó como seudónimo, para luego terminar haciéndolo suyo en su vida cotidiana.

Como todos en la universidad, estaba enterado de su militancia en el Partido Comunista Peruano. De baja estatura y marcada delgadez, hablaba del escritor desaparecido con cariño; contaba anécdotas, recitaba fragmentos de poemas que horas después completaría alrededor de una mesa.

¿Quién era este hombre, famoso por sus escritos políticos y su condición de respetado periodista, pero cuya erudición y cultura, eran casi desconocidos en ese entonces? Sin lugar a dudas, su vocación de periodista, escritor, compositor y poeta logró innumerables amigos a lo largo del tiempo. Algunos de los cuales rememoran su paso y amistad en las siguientes líneas.

**Ricardo Dolorier**, ayacuchano, profesor universitario y autor de Flor de Retama, con 85 años de edad, relata que conoció a César en 1950 gracias a Manuel Acosta Ojeda. Recuerda que fue un luchador social incansable, intransigente en la defensa de los derechos de los trabajadores, y que desde esa época César tenía la virtud que en sus artículos, lo difícil se hacía comprensible. “Era un hombre muy afable, que irradiaba bondad, alegría; sobre todo cuando se expandía con sus amigos; cantaba valeses y no despreciaba las peñas”, rememora Ricardo.

**Héctor Béjar**, doctor en sociología, licenciado en derecho, profesor en la UNMSM, ex guerrillero, de 84 años, cuenta que trató con él desde 1957, cuando ambos militaban en el PCP y eran los responsables del partido cuyos cuadros



se encontraban en la clandestinidad. Lévano había salido de la cárcel por una amnistía del gobierno de Manuel Prado, y se plantearon editar un periódico partidario. No podían usar el nombre de la organización porque estaba prohibido y a César se le ocurrió el nombre de Unidad. Béjar recuerda que esa vez le llamó la atención la gran cantidad de periódicos y revistas que César consultaba y que tenía a los costados de su mesa. Incluso, podía leer las publicaciones extranjeras, pues ya dominaba otros idiomas.

Para él, Lévano nunca trató de acomodar su discurso al público que no compartía sus ideas: las defendió siempre con honestidad. El respeto a la verdad era su lema. Fue un marxista doctrinario que explicaba sus argumentos con una capacidad de concisión y claridad argumentativa poco común.

Había pasado la segunda guerra mundial y en el mundo se configuraban nuevas hegemonías en el plano político, además del económico. En nuestro país despierta el campesinado y reclama la tierra como reivindicación ancestral. Durante la década del 60 empieza un periodo de industrialización, tímido aún, pero progresivo y con perspectiva de crecimiento. Renace de a pocos el movimiento obrero y sindical. De mediados de esta década data su famoso opúsculo varias veces reeditado: *La verdadera historia de la lucha por la jornada de ocho horas en el Perú* (1966).

**Róger Rumrill**, periodista, escritor, consultor en temas amazónicos y pueblos indígenas, con 80 años bien llevados, nos cuenta que trató a César Lévano desde los años 60, porque César era amigo de Francisco Izquierdo Ríos, Arturo Hernández y Humberto del Águila, importantes y conocidos escritores de la amazonía. El último, en particular, estaba muy relacionado con el círculo de la revista *Amauta* y con José Carlos Mariátegui. En el gobierno revolucionario de Velasco, comprometido con la Reforma Agraria, Rumrill ocupó el alto cargo de Director General de Comunicaciones del Ministerio de Agricultura, pero no por eso dejaron de tratarse. Roger destaca el compromiso de Lévano con los pueblos andino-amazónicos, además de su relación con la clase obrera, que era lúcida, apasionada y permanente.

Cuando César fue director de *La Primera*, lo llamó para pedirle que escribiera una columna sobre la Amazonía, porque “sin la Amazonía no podemos construir ni el presente ni el futuro del Perú”. Finalmente, Rumrill puntualiza: “César Lévano no fue un dogmático ni un sectario, no podía serlo, su autopreparación intelectual, su formación, su esperanza en un mañana, no se lo permitían”.

**Rodrigo Montoya**, doctor en antropología, catedrático de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, de 75 años, tuvo noticias de César Lévano cuando estudiaba en San Marcos entre los años 1960 y 1965. Escuchó que era “peñero”, dirigente comunista, defensor de la clase trabajadora.

En lo político, Montoya se encontraba muy lejos de él. Creía y cree en el mariateguismo, que postula una “revolución sin calco ni copia”, alejado de los partidos moscovitas, pequineses y trotskistas de aquella época. Estudió en Francia y fue testigo privilegiado de la revolución de Mayo del 68 y afirma que la derrota del movimiento fue por la traición del PC francés. Dice que Lévano fue prosoviético desde su niñez hasta muy avanzada edad, y es cuando se forma Izquierda Unida que rompe con el PCP y se aleja de la línea oficial. Para Rodrigo Montoya, César siempre fue honesto con el socialismo, con la clase obrera. No repetías tesis, vivía las tesis con los trabajadores, en sus luchas, en sus tradiciones, en su música, tanto la criolla como la andina. A pesar que no tenía lazos andinos más allá de sus marcados orígenes, por la música se identificó con el otro Perú.

Rodrigo cuenta como lo conoció: una vez, a pedido de un amigo, asistió a una actividad económica a favor de IU y se encontró con Lévano en la misma mesa, conversaron a tal punto que terminaron en una peña hasta las 8 de la mañana del día siguiente. Recuerda también que cuando el diario La República dejó de publicarle sus artículos, César Lévano lo invitó a escribir en el periódico que dirigía. Reflexiona: “Murió pobre. La gente que tiene una línea de vida así, no tiene fortuna. Es la otra fortuna la que tiene. Hay que agradecerle la línea de una honradez y una rectitud personal a lo largo del tiempo. No concedió ni pidió: no quiso cargos ni prebendas”.

Cuánta razón tiene Montoya: en la década del 70 el sueño fue el Partido propio; en los 80, el Centro propio (hoy ONG); y en los 90, trabajar con el sector público. César Lévano estuvo siempre por encima de esos problemas. Para él no había aquello de “en arca abierta, el justo peca”, eso es solo una justificación para los que aceptan se haga este tipo de cosas. Cuánta razón tiene Montoya: en la década del 70 el sueño fue el Partido propio; en los 80 el Centro propio (hoy ONG); y en los 90, era trabajar con el sector público. César Lévano estuvo siempre por encima de esos problemas. Para él no había aquello de “en arca abierta, el justo peca”, eso es solo una justificación para los que aceptan se haga este tipo de cosas.

En esta época en la que la corrupción no puede ser más corrupta, la prensa ha terminado por alinearse con el modelo económico, no solo por los anuncios que el gobierno paga, si no porque también son expresión de los intereses de las grandes empresas y los negociados de éstas con la obra pública. Bien dice Rodrigo Montoya que ahora a los periodistas los viste la empresa tal, y que las corbatas las ofrece la empresa cual.

**Marco Martos**, presidente de la Academia Peruana de la Lengua, doctor y docente de Sanmarquino, poeta de 77 años, lo conoció en la redacción de la revista Marka en 1979 y lo trató como colega en San Marcos desde 1980. Resalta



que tenía una conducta digna de imitar y que vivía de manera encomiable en esta sociedad agresiva. Manejaba de manera atildada el lenguaje, era un periodista de alto nivel, y apasionado de la música. Lévano era más que un comprometido con lo social y político, estuvo comprometido también con las Letras.

En el prólogo del poemario de César Lévano *Poemas y otros cantares* –su obra poética completa– Martos escribió: “César Lévano es lo que, en concepto definido por Antonio Gramsci, se denomina un intelectual orgánico, en su caso, de la causa del pueblo. Y esa pertenencia, esa actitud, explica cada uno de los actos de su vida, y la poesía que escribe y publica a lo largo de varias décadas, tiene ese norte, esa bandería”.

Por su manera de conducirse, por no dar ni pedir concesiones, ha sido y es respetado por sus opositores, sean de derecha o de izquierda.

Son sus propios hechos los que alzan o hunden a un hombre. Somos lo que hacemos y no lo que decimos. En el libro de **Paco Moreno**, *Rebelde sin pausa*, página 177, el autor recuerda un suceso: “... a inicios de 2013, Lévano me pidió por teléfono que coordinase para que un auto del diario lo llevara a visitar a ‘Veguita’, dueño y señor de La Herradura. ‘Veguita’ estaba muy enfermo, tanto que había perdido un ojo. ‘Está mal mi compadre y me ha pedido que el diario le compre un texto suyo sobre Chabuca Granda. El periódico está siempre en crisis y no quiero molestar, pero yo tengo algo de dinero; no mucho, pero en algo ayudará’, me dijo Lévano y me conmovió. Un hombre de casi noventa años de edad, que no tiene dinero que le sobre, iba a ayudar a su amigo, privándose de lo que necesita sin molestar a nadie”.

En la década de los 80, década de la violencia política, que nadie quiere llamar por su nombre, Lévano se quedó prácticamente solo en el combate a Sendero Luminoso, defendiendo los derechos de los estudiantes en San Marcos. Siguiendo el relato de **Charlotte Burenus**, incluido en *Poemas y otros cantares*, César, a pesar de las amenazas continuó dictando clases en el jardín de los eucaliptos y cuando ya ni eso fue posible, llevó a sus alumnos a su casa para seguir las impartiendo desde allí. Poco después sin embargo volvió a su cátedra sanmarquina desafiando la prepotencia senderista. ¿Bajo qué árbol se arrimaba Lévano?, bajo ninguno, ni partido había. Solo se tenía a él, defendiendo los derechos humanos, los derechos sociales y laborales.

**César Hildebrandt**, que no necesita carta de presentación, escribió sobre César Lévano en su columna *Matices de Hildebrandt en sus Trece*, número 438: “...he dicho muchas veces que el Perú tiende a podrirlo todo. Hasta las buenas causas, resultan al final, contaminadas por la codicia (...). Pero el Perú no pudo con Lévano. No pudieron con él. Allí estuvo, metalúrgico y panadero, rojo y cívico, contumaz destinado a los infiernos, malditamente hereje, el canillita que

salió de las sombras (...). Cuánto lo odió la derecha. Qué manera vil de difamarlo. Qué modos tan canallas de negar su valor, negar su resistencia. Lévano era un mal ejemplo y eso es lo mejor que puede decirse de él. En una sociedad purulenta como la nuestra ser un mal ejemplo es una bendición. Si los agnósticos tuviéramos un Vaticano y un San Pedro, Lévano sería parte de nuestras catacumbas ancestrales. Un rojo con aureola...”.

**Víctor Hurtado Oviedo**, en el discurso que dio en la premiación de Lévano por la Fundación Mohme Llona, el 25 de abril del año pasado, terminó diciendo lo siguiente: “... en César Lévano, el respeto por la verdad excede la ética profesional: es propio del hombre mismo, incapaz de una mentira”. Y finalizó así: “... César puede estar satisfecho de su vida cumplida; de la respuesta que le dio a la ‘invitación a la vida heroica’ formulada por su maestro José Carlos Mariátegui, con quien es lícito compararlo en dignidad”.

### Colofón

Tenemos al Lévano periodista, intelectual, ejemplo de rectitud, ética profesional; al respetado comunista convicto y confeso. Al autor de libros, estudios, poemarios, vales, mulizas y yaravíes; además de infinidad de artículos, entrevistas y crónicas periodísticas. Su impronta, su razón de ser, la que le dio sentido a toda esta vasta fuerza creativa e intelectual, fue su compromiso con la clase trabajadora. Esa clase que vio de niño en su casa, reunida alrededor de su padre –inválido por las torturas– analizando problemas y reclamos laborales.

Vale la pena rescatar qué fue Lévano para la clase trabajadora, cuánto fue su aporte; dejemos hablar a sus protagonistas.

**Carlos Ortiz Cornejo**, exsecretario general de la Federación Gráfica del Perú, y actual asesor sindical, de 76 años, cuenta que conoció a César Lévano luego del Paro Nacional del 19 de julio de 1977, en una romería a Delfín Lévano; y destaca sus aportes al movimiento laboral, sobre todo por su actitud crítica del uso partidario del sindicalismo, así como por su compromiso permanente con ellos, en el contexto de una coyuntura cada vez más inestable y cambiante.

**Hernán Chiroque Nole**, dirigente nacional de la Federación de Trabajadores en Construcción Civil del Perú, conoció a César Lévano hace más de 25 años cuando este colaboraba con ellos dando clases en la Escuela Sindical, que ahora se llama Pedro Huillca. Nos cuenta: “Básicamente nos daba formación y línea sindical y nunca confundió lo partidario con lo sindical. Nunca escatimó horas para hablar-nos. Nos explicaba sobre cada tema en su contexto real; tenía mucho mundo y se notaba que podía enseñarnos más. Sacó un manual para las nuevas generaciones; además está su columna que siempre nos sirve de guía. César Lévano fue un ícono para nosotros: le decíamos Profesor. Nunca dejó de estar con nosotros”.



A estas alturas, ustedes se preguntarán, qué tiene que ver todo esto con un libro sobre la historia de las ocho horas en el Perú. Pues todo. Porque es bueno conocer al autor no solo a propósito de fechas, celebraciones u onomásticos, sino por lo que hizo, por lo que fue, por cómo es que llegó a escribirlo y de cómo no puso en él más allá que la verdad; verdad que halló luego de mucha investigación y que hoy, que ya no está, servirá para retomar, entre otras cosas importantes, el movimiento que reivindique los derechos laborales que día a día se están perdiendo ante la ofensiva del gran capital con la complicidad del Estado.

Debería terminar escribiendo acerca de César Lévano, pero él no es una casualidad histórica. Como muy pocos, es la tercera generación de una familia de luchadores sociales comprometidos con la defensa de los derechos de los trabajadores.

**Manuel Caracciolo Levano**, su abuelo, fue un adelantado luchador y conductor sindical. Formado en el anarquismo entendió que la organización era la base para el fortalecimiento de los gremios en la conquista y defensa de sus derechos. Elegido presidente de la Sociedad de Panaderos “Estrella del Perú”, la convirtió en Federación el año de 1905; organizó por primera vez la celebración del primero de mayo en el Perú, como fecha de recordación de los mártires de Chicago, e inició la lucha por la Jornada de las Ocho Horas. Fundó el periódico *La Protesta*.

**Delfín Lévano**, padre de César, hijo de Manuel Caracciolo, fue panadero como su padre. Autodidacta, creador y director de publicaciones obreras, también discípulo de Manuel González Prada. Era un intelectual que escribía poemas, obras de teatro y dirigía periódicos obreros. Malgrado por las torturas (con la columna vertebral rota) en el último periodo de Leguía, no dejó de asistir a sus compañeros de lucha, en sus reivindicaciones. Teórico y propulsor de las ocho horas y otros derechos laborales. Murió en 1941 cuando César tenía 14 años.

Acerca de **César Lévano** y de este último libro suyo, en medio de las circunstancias especiales de su sentida partida, consideramos que este fue concebido para que la clase trabajadora conozca de dónde vienen sus derechos (de los que actualmente gozan), que nada se consiguió sin lucha, que recuerden cuántos quedaron en el camino para conseguirlos, buscando igualdad de oportunidades para todos en este sistema injusto, pero sin abandonar en ningún momento el derecho al disfrute del arte y la cultura; el cultivo del espíritu y la lectura.

Manuel Linares

Lima, abril de 2019

## INTRODUCCIÓN

**C**reo pertinente iniciar estas páginas con lo que escribí en 1966, en mi folleto *La verdadera historia de la lucha por la jornada de ocho horas en el Perú*.

El primer periodo de la lucha por las ocho horas y por la organización sindical masiva en el Perú, es el que va de 1905 a 1911. Comienza con el acto de la Federación de Panaderos, en que por vez primera se conmemora el Primero de Mayo y se llama a la lucha por las ocho horas. Culmina con un histórico llamamiento lanzado por el Comité de Propaganda Sindical, el 16 de junio de 1911.

A partir de 1905 los trabajadores desfilan cada Primero de Mayo por las calles de Lima y Callao con las banderas rojas desplegadas al viento, a los sones de la Internacional o de la Marsellesa obrera (“A la revuelta, proletarios, glorioso día luce ya...”). Las luchas no son blandas. Hay combates con la fuerza pública. Los adoquines de las calles son ágiles armas de defensa. En algunos casos, balas disparadas por agentes de la burguesía intentan asesinar a un dirigente capaz y querido. El ala dura de la “sarita” (el sombrero) proletaria ostentará la marca de fuego.

Surge por esos años una serie de órganos de prensa influidos por Manuel González Prada, quien con frecuencia era visitado por los líderes de la clase en ascenso. A veces, don Manuel mismo irá a la casa obrera. Al cuarto de callejón en que nací, en el jirón Mapiri (ahora Aljovin), más de una vez se encaminaron los pasos del gran viejo a charlar con mi padre, Delfín Lévano.

De la prensa radical o anarcosindicalista que entonces aflora, ha dicho Raúl Porras Barrenechea: “A principios de siglo un exaltado periodismo surge alrededor de González Prada, publicándose: *La Idea Libre* (1900-1903), *El Libre Pensamiento* (1896-1903) y *Germinal* (1904-1906), tan ineficaces como las anteriores hojas sectarias”.

En 1906 comienza a editarse el periódico Humanidad, que trae en sus páginas el mensaje de Bakunin o de Kropotkin, mensaje de radicalismo pequeño-burgués ya críticamente destruido por el socialismo científico en las vanguardias obreras europeas; pero que encuentra terreno fecundo en un proletariado incipiente, que aún conserva un cordón umbilical artesano y campesino.

Nacen también por ese tiempo las primeras organizaciones no sindicales, pero cuyo papel es el de ir dotando de conciencia y de espíritu de lucha a



un proletariado fuertemente influido todavía por los hábitos artesanales de organización primaria o el espíritu de disgregación de un campesinado aún inerme. Uno de esos grupos que crean conciencia y organizan es *El Oprimido*.

Este grupo, encabezado inicialmente por los dirigentes panaderos Manuel y Delfín Lévano y por el portuario chileno Romilio Quesada, colabora en la organización de la primera huelga de Vitarte que reclama, en 1906, la reducción de la jornada de trabajo de doce horas. De Vitarte provendrán otros cuadros destacados del movimiento por las ocho horas, en particular Luis Felipe Grillo, quizá el más tenaz y omnipresente de los organizadores del movimiento textil en el período que estamos estudiando.

En abril de 1907, aparece el primer número de *El Oprimido*. Órgano del “Centro Socialista Primero de Mayo”. Este Centro se fusiona en 1908 con el Grupo *Humanidad*, dando origen al “Centro de Estudios Sociales Primero de Mayo”. De este hecho se da cuenta en el número seis de *El Oprimido*, de febrero de 1908. En el número cinco, por primera y única vez, el periódico había aparecido con este título: “Editado por el Centro Primero de Mayo para la Propaganda del Socialismo Anti-autoritario”.

El primer editorial de esta publicación decía lo siguiente:

Hemos abierto el corazón a los grandes amores, a las fecundas pasiones viriles; hemos visto innumerables dolores; ha caído sobre nosotros la lluvia de sangre y de lágrimas que derraman los hombres; hemos visto en el harapo un robo; en el trabajo, una explotación; en las víctimas sociales, un crimen, y en nombre de los grandes y viriles amores, de la congoja de la muchedumbre, de las lágrimas y de la sangre de nuestros hermanos venimos a hablar.

Recogeremos (sic) todas las notas dolorosas, y con ellas acusaremos; todas las maldiciones, y con ellas protestaremos; todas las rebeldías, y las lanzaremos a la lucha. Una declaración y hemos concluido: somos socialistas anti-parlamentarios, no queremos que se nos confunda con los que hacen de la miseria del pueblo un escabel de sus ambiciones, que lo engañan con falsas promesas, retardando su redención, amortiguando su espíritu revolucionario.

Fresca está aún la sangre del obrero Florencio Aliaga, asesinado en 1904 en El Callao durante una lucha no sindicalmente organizada, pero que incluía el reclamo de las ocho horas.

En ese mismo número inicial, se da cuenta de una huelga de 30 días que habían sostenido los textiles de la fábrica “La Victoria”, desgraciadamente sin éxito, en pro de mejoras económicas y de condiciones de trabajo.

El número dos de *El Oprimido* da cuenta de la celebración del Primero de Mayo de 1907. Cuatro mil obreros, gran parte de ellos llegados por tren desde

Lima, se concentran en la Plaza Grau del Callao para luego desfilan hasta la tumba de Aliaga. En el cementerio, los oradores fueron José Luis García, por los tejedores de Vitarte; José Avanto, por el gremio de jornaleros del puerto del Callao; Lorenzo Celada por los obreros de Chorrillos. Se trata, pues, de un acto masivo y representativo.

De regreso del cementerio, los trabajadores se congregan en el local de la “Unión de Jornaleros” para escuchar una conferencia de Fernando Vera, líder reconocido de los portuarios, y discursos de Delfín Lévano, Leopoldo Urmachea, José Rojas Solís y otros.

Hay que destacar que en esta etapa auroral de nuestro movimiento obrero la lucha por la organización sindical y por las conquistas económicas aparece vinculada a una meta de justicia social, cuyo eslabón fundamental es, en ese momento, la jornada de ocho horas.

El proceso de entonces se da, asimismo, con un constante tensar del arco de la conciencia y la voluntad de los trabajadores. En nuestros días, en que se muestran variantes primitivas y archiconservadoras de anarcosindicalismo, es decir, de apoliticismo y de aislamiento gremialista en los sindicatos, vale la pena recordar que el anarcosindicalismo peruano tuvo nota clasista muy vigorosa. Su combatividad marchó en aquellos años a la par con su prédica de solidaridad entre todos los trabajadores. Esto no fue dejado a la espontaneidad. La indiferencia sindical por los grandes problemas del país y de la clase obrera, el egoísmo que se encierra en el sindicato propio, están atrás, muy atrás, de los precursores.

El número nueve de *El Oprimido*, de mayo de 1908, puede, así, ofrecer un primer balance satisfactorio. El editorial de esa edición expresa: “Los esfuerzos desplegados por el Centro de Estudios Sociales Primero de Mayo para conmemorar dignamente esta magna fecha no han resultado estériles”.

“Al llamamiento que hizo el Centro incitando al paro a los trabajadores han respondido estos paralizando el trabajo en la Fábrica de Tejidos de Vitarte, de cigarrillos “El Perú”, (las fábricas) de tejidos “La Victoria”, “San Jacinto y “El Progreso”, la sastrería “Mason”, la fundición de Mazzetti, la fábrica de tejidos de Santa Catalina, la de maderas de Ciurlizza y Maurer, la de muebles de Rffray y Bonard y muchas que sería largo enumerar”.

“...He aquí por qué la protesta de este año ha superado la de años anteriores y es de suponer que la del año próximo supere aún a esta”.

“Inútiles los esfuerzos de los titiriteros políticos para convertir en día de fiesta el Primero de Mayo”.

Desde el número diez, de junio de 1908, *El Oprimido* comienza a aparecer como semanario. No sabemos hasta cuándo duró la publicación; pero sí conocemos una colección que llega hasta el número 40, de marzo de 1909.



Hace casi 70 años publiqué la primera versión de un trabajo titulado *La verdadera historia de la jornada de las ocho horas en el Perú*, que ha tenido decenas de ediciones piratas, sobre todo en provincias, y algunas formales, aunque yo no haya recibido ni un céntimo por esas ediciones. Respecto a la edición primigenia puedo jactarme de que cuando estaba a punto de agotarse, la policía se encargó de llevarse el stock final. No para leerlo, supongo.

El texto que ahora publico se valora, porque contiene decisivos testimonios de dirigentes de esa lucha, contenidos en entrevistas que realicé a lo largo de años y publiqué en diversos medios. Esos testimonios fueron grabados. Tienen la fuerza demostrativa de la verdad y la prueba del alto nivel de conciencia y capacidad de expresión de esos héroes.

Escribí en mi trabajo arriba mencionado:

En esta reconstrucción de la épica lucha por las ocho horas en el Perú nos proponemos restablecer la verdad histórica, no por mero afán retrospectivo. Lo hacemos para que salga a luz la capacidad de creación y combate que en ella desplegó la clase obrera, a fin de alentar la confianza de esta en sus propias fuerzas físicas y espirituales. Lo hacemos también para contribuir a que terminen patrañas como aquella irresponsablemente sostenida por el pintor aprista Felipe Cossío del Pomar en su biografía de Haya de la Torre, Víctor Raúl (Editorial Cultura, México, 1961), según la cual “en la primera batalla de los obreros del Perú para obtener la justiciera jornada de ocho horas, la idea inspiradora es una, la voluntad inspiradora también es una. Las dos emanan de Víctor Raúl Haya de la Torre”.

La verdad es que cuando se enarboló la bandera de la lucha por la jornada de ocho horas en la Federación de Panaderos, en 1905, Haya de la Torre tenía diez años de edad y vivía en Trujillo.

Entretanto, en México estallaba una revolución agraria, que tuvo como ideólogos radicales a los anarquistas hermanos Flores Magón. Los libertarios peruanos saludaron con entusiasmo esa conmoción. Mientras el intelectual peruano Francisco García Calderón en carta a Alfonso Reyes vaticinaba el pronto fin de ese transtorno, *La Protesta* de Lima abría una edición con un titular en grandes caracteres: “TIERRA Y LIBERTAD”.

En aquellos años, el joven escritor vienés Stefan Zweig (n. en 1881) publicó el 26 de abril de 1911 en el diario vienés *Die Neue Freie Presse* el artículo “Impresiones de un viaje a México. La política imperialista de los Estados Unidos”; ahora en el libro *Die Schlaflose Welt (El mundo insomne)*: “Las bandas guerrilleras se convirtieron paulatinamente en un ejército, la insurrección en una guerra”.

La lucha por las ocho horas tuvo en el Perú varias batallas previas, antes de

la gran final de enero de 1919. En ninguno de esos combates fue inspirador y guía Haya de la Torre.

El primer paro de Lima y Callao por la jornada ocurrió en 1913. Comenzó con una huelga de los textiles de Vitarte, que, a iniciativa de los anarquistas, se transformó en paro general por las ocho horas.

En la revista *Marka*, número 164 (17 de julio de 1980), publiqué esta reseña sobre ese paro.

“La era de las huelgas”. Con ese melancólico título publicó la revista *Variedades* el 25 de enero de 1913 su información sobre el primer paro por las ocho horas en el Perú. Clemente Palma, el director de la publicación, hacía constar en el número siguiente su asombro por que se reconociera “el curioso derecho de huelga, que no sabíamos que pudiera existir en un país bien organizado y menos en un país cuya organización está en pañales”. A decir verdad, el proletariado peruano no había pedido permiso a Palma para estremecer los cimientos del viejo orden en el Perú. Ya dos años antes se había producido el primer paro en nuestra historia.

En nuestra edición N° 161, en la entrevista con Julio Portocarrero, hemos recordado que el primer paro en el Perú se produce el 10 y 11 de abril de 1911. Es en solidaridad con los trabajadores de Vitarte. El periódico obrero *La Protesta*, fundado en enero de ese año, orientó y registró la acción, y señaló cómo había sido necesario suspender el paro general al segundo día para evitar un retroceso en una organización obrera que empezaba. La lente fotográfica captó la vibración y la alegría con que la clase obrera afrontó esa batalla.

Ese paro fue un éxito no solo por su amplitud, dentro de las condiciones de iniciación numérica y organizativa de nuestro proletariado. Arrancó a los patrones dos concesiones importantes: la supresión del turno de noche para los trabajadores de Vitarte y que no se aplicaran represalias contra los vitartinos.

### **1913: Paro y triunfo de las ocho horas**

En *Bautismo de fuego del proletariado peruano*, narró Pedro Parra el paro de 1913. La acción comenzó el 6 de enero. Luego se convirtió en paro general del Callao y Lima, aunque en menor medida en la capital. El 10 de enero, los estibadores arrancaron la conquista. Un decreto del presidente Billinghurst refrendó el triunfo de la acción obrera.

Los trabajadores de Milne también ganaron las ocho horas. Otros sectores obtuvieron rebajas en la jornada, aunque no las ocho horas.

Hay que precisar que la conquista en El Callao fue el primer triunfo de esa reivindicación en América Latina. Con banderas de conciencia y rebeldía





# I

## CON BANDERAS DE CONCIENCIA Y REBELDÍA LA CLASE OBRERA ENTRA EN ESCENA

### Primera celebración del Primero de Mayo en el Perú

Día de sol, que brilla en la historia. Eso fue aquel Primero de Mayo de 1905 partida de nacimiento, estrella matutina del movimiento obrero peruano. En la misma mañana hubo dos romerías organizadas por Manuel Caracciolo Lévano, según consigna el diario *La Prensa* el 2 de mayo de ese año. Esas marchas iban a confluir en el cementerio de Bellavista, donde yacen los restos del joven estibador Florencio Aliaga, victimado un año antes en El Callao durante una huelga portuaria que había presentado un pliego de reclamos que pedía la jornada de ocho horas de trabajo. El punto fue retirado, en vista de la intransigencia de la empresa. Los vagones del ferrocarril Lima-Callao partieron temprano, repletos de obreros que desembarcaron frente al cementerio de Bellavista. Ahí se unieron con los de Lima que también habían llegado en tren.

Manuel Lévano demostró en ese episodio sus dotes de organizador y agitador. En el libro de actas de la Federación de Obreros Panaderos “Estrella del Perú”, consta la copiosa correspondencia del mes de abril de distintos gremios que se sumaron a la huelga de lucha y de protesta acordada por los panaderos para el Primero de Mayo. En todos los oficios de respuesta se subraya que la adhesión obedece a la invocación y recuerdo de Florencio Aliaga, asesinado por la “fuerza pública” durante la huelga portuaria del año anterior. La sangre derramada no debe ser olvidada.

En su discurso ante la tumba de Aliaga, dijo Manuel Caracciolo Lévano: “Que su heroísmo, defendiendo la causa justa y santa, sirva de estímulo y ejemplo a los demás, ¡Quien muere en la lucha por la redención del proletariado es un héroe!”.

Para la noche de ese día, los panaderos habían convocado a un acto de homenaje a los mártires de Chicago. Con esa velada, en el Perú se cumplió el acuerdo de 1889 de la Segunda Internacional, de dedicar el Primero de Mayo de cada año a rendir homenaje a los mártires de Chicago.



La crónica de ese sacrificio ha sido narrada en extensa e intensa crónica por José Martí, el apóstol de la libertad de Cuba, quien fue testigo del ahorcamiento de los cuatro mártires, injustamente acusados de organizar un acto terrorista que mató e hirió a numerosos policías. Los enjuiciados y condenados por ese hecho eran luchadores sociales. Anarquistas y sindicalistas, ajenos a los métodos terroristas. Los personajes sentenciados eran dirigentes de la lucha obrera por la jornada de las ocho horas, objetivo que estaba ganando fuerza de masas en los Estados Unidos. El 1 de mayo de 1886 estalló en los Estados Unidos la huelga general por las ocho horas. La familia McCormick, dueña de una fábrica de maquinaria agrícola, había desencadenado la represión, y el resultado fue seis trabajadores muertos.

El crimen obligó a los trabajadores a convocar para el 9 de mayo un mitin en la plaza Haymarket de Chicago, en reafirmación al reclamo de la jornada de ocho horas y de protesta por el asesinato de seis trabajadores. La manifestación fue una expresión de clase. Cuando terminaba, una mano desconocida arrojó una bomba contra el grupo de policías. La bomba causó numerosos muertos y heridos.

De inmediato, el capitalismo estadounidense desató una campaña de odio que condenaba sin pruebas a los dirigentes sindicales. Se montó una farsa judicial que condenó a los sindicalistas sin prueba alguna, como culpables del hecho terrorista. Un juez independiente anularía después, cuando los mártires habían sucumbido, la sentencia contra los inocentes.

Uno de los mártires fue Albert Parsons, mayor del ejército de los Estados Unidos, que había combatido en la guerra civil de su país contra los esclavistas y algodóneros del sur. Estaba casado con una india mexicana Lucy González, la cual recorrió, mientras él estaba preso, de norte a sur, de este a oeste, por ferrocarril, los Estados Unidos, clamando por la inocencia de su esposo.

Personaje notable entre los mártires fue también August Spies, gran periodista y carpintero alemán, que dirigía el diario *Arbeiter Zeitung* (*Diario de los trabajadores*) y que, en el momento en el que lo iban a ahorcar, lanzó este grito: “¡Salud, oh tiempos en que nuestro silencio será más poderoso que nuestras voces, que hoy sofocan con la muerte!”.

Lo que se dijo y se hizo el Primero de Mayo de 1905 en Lima, fue, en un lejano país llamado Perú, eco de las palabras de Spies: profecía, mandato, resurrección.

### **Escribió José Martí:**

De la tiniebla que a todos envolvía, cuando del estrado de pino iban bajando los cinco ajusticiados a la fosa, salió una voz que se adivinaba ser de barba espesa,

y de corazón grave y agriado: “¡Yo no vengo a acusar ni a ese verdugo ni al que llaman alcaide, ni a la nación que ha estado hoy dando gracias a Dios en sus templos porque han muerto en la horca esos hombres, sino a los trabajadores de Chicago, que han permitido que les asesinen a cinco de sus más nobles amigos!...” La noche, y la mano del defensor sobre aquel hombre inquieto, dispersaron a los concurrentes y las hurras: flores, banderas, muertos y afligidos, perdíanse en la misma negra sombra: Como las olas de mar venía de lejos el ruido de la muchedumbre en vuelta a sus hogares. Y decía el Arbeiter Zeuting de la noche, que al entrar en la ciudad recibió en gentío ávido: “¡Hemos perdido una batalla, amigos infelices, pero veremos al fin al mundo ordenado conforme a la justicia: ¡seamos sagaces como las serpientes, e inofensivos como las palomas!”.

### Acta programa

Mientras transcurría la velada del Primero de Mayo de 1905, los panaderos difundieron el siguiente texto:

La Federación de Obreros Panaderos “Estrella del Perú” tiene por objeto fomentar el espíritu de solidarismo entre todos los compañeros de oficio panadero y mejorar su condición moral y material por medio de la economía, de la resistencia, de la ilustración y del auxilio mutuo.

Además de las necesidades y de los intereses del obrero panadero, la Federación se hace cosmopolita y solidaria con los operarios de todas clases y oficios de ambos hemisferios, reconociendo ser una sola la causa del malestar de los trabajadores: la explotación y el monopolio del capitalista.

La Federación estará siempre del lado de la Justicia y de la Libertad, luchando tenazmente por la reivindicación de los derechos usurpados por tanto tiempo al obrero.

La Federación hace suya la siguiente máxima de LA INTERNACIONAL: La emancipación de los trabajadores tiene que ser obra de ellos mismos. Por consiguiente, se excluye toda cuestión social que no encarne el más avanzado socialismo, declarando que todos los trabajadores del mundo somos hermanos.

Los que suscriben declaran solamente que aceptan de un modo incondicional los ideales que preceden y que jamás cambiarán los fines y principios de la Federación, prometiendo bajo palabra de honor, que cada uno hará cuanto fuese posible, sacrificándolo todo, por el engrandecimiento de la Federación.

Lima, 1° de Mayo de 1905



Por la Federación:

El Comité.- M. Caracciolo Lévano, Teodomiro Rodríguez, Juan Guerrero, Juvenal Vásquez, Roberto Ríos, Moisés Sandobal, Leopoldo E. Urmachea, Delfín A. Lévano, Germán Torres, Cecilio Gutiérrez, Carlos Wenglet, Miguel R. Moreno, Félix Arias, Belisario Bernaola, Francisco Miranda, Carlos Cabañas, José Hernández, Pastor Mendoza, Manuel Z. Garcías.

## Historia de masas

Federación de Panaderos cumple 100 años: fue la primera entidad sindical del Perú

El 10 de abril de 1987 celebra su primer siglo de vida la Federación de Obreros Panificadores “Estrella del Perú”, institución que marca el inicio del sindicalismo peruano y que ha dejado huella en el movimiento social y político del país. Fue la primera entidad íntegramente formada por obreros, gracias a lo cual rompió muy pronto el cincho mutualista para convertirse en órgano de reivindicación social. Al empezar el siglo XX, se transformó en centro de iniciativas que condujeron a la conquista de la jornada de ocho horas. Motor de organización y orientación obrera, la Federación contribuyó, pese al apoliticismo de sus pioneros, al surgimiento del socialismo de José Carlos Mariátegui y el aprismo de Víctor Raúl Haya de la Torre.

Espaderos, la imprenta de Peter Bacigalupi, de la calle Espadero de Lima, extendió el 30 de marzo de 1887 una factura de dos soles por cien circulares, cien años después, cada una de esas tarjetas se ha cargado de historia: sirvieron para fundar, el 10 de abril de ese mismo año, la primera organización obrera del Perú y una de las que más ha hecho por la organización y las conquistas sociales de los trabajadores del país.

No es probable que los primeros organizadores de la Sociedad “Estrella del Perú” supieran exactamente lo que alistaban. Lo cierto es que su entidad fue desde el primer momento un fenómeno particular. En 1858 había nacido, en El Callao, la primera asociación mutualista peruana: la “Sociedad Democrática”, seguida en 1859 por la “Sociedad Amigos del Arte”, cuyos estatutos fueron redactados por Francisco de Paula Vigil. En todo caso, cuando estalló la Guerra del Pacífico, las sociedades mutualistas peruanas no llegaban a diez.

La novedad de la “Estrella del Perú” es que agrupaba a obreros “operarios panaderos”, como dice una carta dirigida al periódico *El Artesano* con fecha 2 de abril de 1887 y no a artesanos, en muchos casos dueños de taller. Aunque



sus fines iniciales eran simplemente mutualistas, su naturaleza social la convirtió a poco andar en la primera organización de tipo sindical en el Perú.

El cambio se veía venir. El surgimiento mismo de la Sociedad se produjo varios días en que los panaderos exigieron, significativamente, no solo mejores salarios, sino también mejor trato.

Lima no era en 1887 una ciudad obrera. El censo general de 1876 había registrado un total de apenas 100 156 habitantes. En ese momento, los albañiles llegaban a 198; los cigarreros a 418; los tipógrafos a 197 y los tejedores estaban unidos como un solo hombre: solo había un tejedor en toda la ciudad.

Los panaderos eran, en ese marco, numerosos. Llegaban a 315. No se sabe cuántos de ellos murieron en la guerra del 79. Lo que sí está documentado es que en la entraña candente de la contienda se amasó un personaje que iba a transformar a la Sociedad “Estrella del Perú” y a todo el movimiento obrero naciente.

### Veterano de guerra

Me refiero a Manuel Caracciolo Lévano Chumpitaz. (Lo de “Caracciolo”, su segundo nombre, que es en realidad un apellido en italiano, ha dado origen a curiosos equívocos: no ha faltado algún historiador que califique de italiano a don Manuel, confundiendo Lurín, su lugar de nacimiento, con Turín. En la Ciudad de México, hace algunos años, el francés Robert Paris me interrogó, en tono confidencial, ruboroso casi, como quien se entremete en un secreto familiar de alcoba: “¿por qué don Manuel se apellidaba Caracciolo y su hijo Delfín, Lévano”). Era Manuel un muchacho nacido en Lurín en 1857, que acababa de ingresar a la Universidad de San Marcos cuando estalló la guerra. Su hermano mayor, Eufrasio, era alcalde del pueblito cuando se acercaban los chilenos, y dirigió una operación para llenar de arena los pozos de agua a fin de que no las empleara el invasor. Manuel Caracciolo, por su parte, combatió en San Juan, se incorporó luego a la guerrilla de Cáceres y, de regreso, incendiado, destruido Lurín, se convirtió en obrero cigarrero en Lima. Viejos testimonios escritos lo muestran dirigiendo primeras luchas tabaqueras. Luego combatió en las montoneras de Piérola, en 1895. En 1900, ya era panadero. Por esa época escribió en su diario, cuyo manuscrito alcancé a leer en mi infancia: “Piérola nos ha engañado”.

La prédica anarquista de Manuel González Prada había penetrado en su conciencia. Eso explica por qué, cuando llega a dirigente de la Sociedad de Panaderos, inicia el viraje de esta hacia lo que entonces se llamaba la organización de resistencia, es decir, sindical.

En mayo de 1904, cuando se produjo en El Callao la primera huelga peruana, por la jornada laboral de las ocho horas, Manuel Caracciolo, su hijo Delfín y Leopoldo Urmachea se hacen presentes acarreando solidaridad material: una carretilla, una carga de pan. En esa ocasión muere abaleado el portuario Florencio Aliaga, primer mártir de las ocho horas en el Perú.

Al año siguiente, Manuel Caracciolo, recién elegido presidente de los panaderos, organiza a nombre de estos una romería a la tumba de Florencio Aliaga y un acto de Primero de Mayo, en homenaje a los mártires de Chicago, el primero de esa naturaleza en el país.

En la velada de ese Primero de mayo, la Sociedad fundada en 1887 cambió de nombre y de estatutos. En adelante se llamaría Federación de Obreros Panaderos “Estrella del Perú”. Con ese nombre ingresó en la historia.

En la conmemoración de 1905, pronunció Manuel González Prada su discurso sobre “El intelectual y el obrero”. Manuel Lévano, por su parte, abrió fuegos contra el mutualismo, que solo servía, dijo, “para auxiliar enfermos y sepultar muertos”. Llamó a organizarse sindicalmente para conquistar logros en otras partes alcanzados: “ocho horas de trabajo diario, montepío de invalidez y ancianidad, descanso hebdomadario, aumento de jornales, reducción de los impuestos sobre los consumos, indemnización en los accidentes de trabajo”, etc. El texto, publicado al día siguiente en *La Prensa*, pedía organizar federaciones sindicales de industria, central nacional y solidaridad proletaria internacional.

Desde entonces, los panaderos fueron el motor de la organización de la clase social más nueva de nuestra historia. La “Estrella del Perú”, a través de sus dirigentes, alentará la organización de su gremio que creció de súbito en número y fuerza: el de los textiles.

### **Combate y cultura**

En 1913, cuando los estibadores del Callao conquistan la jornada de ocho horas, será gracias al llamado y la orientación del panadero Delfín Lévano, en la prensa rebelde, en el teatro obrero, en el centro musical proletario. En las movilizaciones de masas —en el combate y la cultura— seguirán los panaderos en primera fila. En diciembre de 1918, *La Protesta*, periódico anarquista dirigido por un panificador, encauza la batalla final por las ocho horas. En los libros de actas de la Federación que ahora cumple cien años consta que el de los panaderos fue el gremio más abierto a sus hermanos de clase, el más rico en iniciativas de Solidaridad, una palabra que figura en el pabellón textil institucional de Vitarte. Delfín Lévano propuso colocarla allí.



Esa palabra presidirá su semana celebratoria que se inicia este lunes en el Teatro Segura. José Alberto Falen, actual presidente de la entidad, indica que uno de los objetivos de las celebraciones del Centenario será plantear la necesidad de una central única de los trabajadores peruanos. “Estrella del Perú” parece dispuesta a seguir pagando la factura que la historia le extiende.

Revista *Caretas* 6 de abril de 1987

## **El discurso de Manuel Caracciolo Lévano el Primero de Mayo de 1905, partida de bautismo de nuestro movimiento obrero**

“La pascua roja de los revolucionarios”. Con este nombre entusiasta recordó *La Protesta*, diez años después de realizado, el acto del Primero de Mayo de 1905 en que hablaron Manuel González Prada y Manuel Caracciolo Lévano. Fue la primera conmemoración de Primero de Mayo en el Perú y la primera asamblea en que se proclamó la decisión de la clase nueva, del proletariado, de conquistar las ocho horas y asumir plenos derechos. Fue, asimismo, el primer acto en que los trabajadores expresaron su decisión de luchar no solo por mejoras y reformas, sino por una revolución social.

El texto de González Prada, titulado “El intelectual y el obrero”, leído en este acto, es bastante conocido. En cambio, el discurso del panadero Lévano había sido cubierto por el olvido. Lo rescatamos para “La Jornada” de las páginas de *La Prensa* del 2 de mayo de 1905. El diario había informado el día anterior de un desfile, el primer desfile obrero de nuestra historia, a la tumba del mártir obrero Florencio Aliaga, y hablado de que las conmemoraciones habían sido iniciativas de la Federación de Obreros Panaderos “Estrella del Perú”, presidida por Manuel Caracciolo Lévano.

Leopoldo Urmachea, otro patriarca del movimiento obrero; el joyero Carlos del Barzo, anarquista; el igualmente anarquista Carlos Barsetti; el muy joven dirigente panadero Delfín Lévano, fueron algunos de los personajes centrales de ese Primero de Mayo histórico.

El acto fue inolvidable no solo por los discursos que se pronunciaron allí. Los trabajadores de puertos, textilerías, curtiembres, fundiciones, zapaterías, ingresaron esa noche a la historia del Perú. Ellos no solo cambiaron el público de las veladas. Iban a cambiar el rostro político, social y cultural del país.



Ese aliento es el que se respira en el discurso de Manuel Caracciolo Lévano. Había sido este un joven agricultor que vio destruida por el invasor chileno su pequeña chacra en Lurín. Combatió en San Juan y se incorporó luego a las guerrillas del Mariscal Cáceres. En 1890 era obrero de la fábrica de cigarrillos “El Perú”. Pierolista, el 95 con balas lo encontró en prisión. Poco después escribiría, en su diario de obrero, que leí en mi infancia y que una de las incursiones policiales arrasó: “Piérola nos ha engañado”.

A fines del siglo XIX ingresó al gremio de panaderos. Eran los días en que se trabajaba doce o más horas, de noche. La crónica del movimiento obrero lo registra en adelante en la primera fila, cara al peligro y siempre con buenos libros al lado, a menudo codo a codo con su hijo Delfín Lévano, con quien lo unía un ejemplar cariño de padre a hijo y viceversa. Murió en 1936, a los 76 años de edad. Por ayudar a sostener a los hijos de Delfín Lévano, vuelto parálitico por las torturas, había salido a vender periódicos, con todos los agravantes de la época: mala noche, falta de abrigo, etc. Murió en su ley: estaba trabajando por crear un Sindicato auténtico de vendedores de periódicos.

## *Qué son los gremios obreros en el Perú y lo que debieran ser*

**Texto de Manuel Caracciolo Lévano**

Discurso leído por su autor en la velada de anoche en conmemoración del Primero de Mayo

### I

Los pocos gremios obreros organizados hasta la fecha en Lima, mejor dicho, en el Perú, no tienen otro objetivo concreto que el de la protección mutua, o sea: auxiliar enfermos y sepultar muertos.

Y ello se explica por el sencillísimo hecho de que, vaciados sus programas y reglamentos en los místicos y carcomidos moldes de las cofradías y hermandades, conservan, pues, todavía toda la estructura reglar, toda la gangrena fétida de la política, toda la estúpida rigidez del más recalcitrante conservadorismo. Sus preceptos reglamentarios, rutinarios, absorbentes y estrechos despiden ciertas miasmas de pesimismo, intemperancia y absolutismo, que son incompatibles con los principios de la humanidad: igualdad, fraternidad, justicia y de la misma caridad.

Sus distingos y exacciones, sus prácticas y cortapisas, maleables, flexibles, la inmoralidad de sus miembros dirigentes y la política, esa polilla corroedora

que todo lo destruye, causas son en los gremios de desorden, discordia, desolación y retroceso.

Las filas de los actuales gremios se hallan tan divididas y dispersas, que no es aventurado afirmar que no pasan de cinco los gremios que tengan la buena suerte de cobijar bajo su estandarte a las cuatro quintas partes del total de sus miembros.

Y esta disgregación, esta desunión provienen indudablemente del egoísmo refractario que corroe nuestras almas, de la glacial indiferencia con que miramos nuestros propios intereses, del antagonismo que distancia a los artesanos de los humildes trabajadores, de la indolencia e incredulidad, hasta cierto punto justificada, de los desheredados de la fortuna, de la incuria e inercia de los centros sociales que se llaman defensores de la clase obrera, en una palabra, débese todo a nuestro ya atrofiado organismo.

Empero, os hablaré con mayor franqueza, huimos de los centros gremiales, ora por no rozarnos con aquellos compañeros a quienes los creemos indignos de nuestra amistad, ora porque no acaparamos para sí y para nuestros adeptos, aquellos cargos que ambicionáramos tanto sin más propósito que el lucro y el honor, ora porque, torpes ilotas, vivimos conformes con esta mísera situación, esperando como los judíos, que un Gobierno nos traiga felicidad: últimamente por nuestra supina ignorancia, porque sin conocimiento exacto de las tendencias y bondades de las ideas libertarias, miopes, no vemos más allá de nuestro limitado horizonte, aquella refulgente aureola, que la aurora del porvenir viene reflejando sobre la erguida frente del proletariado trayéndole en triunfos su redención social.

Las congregaciones y asociaciones de caridad, por sarcasmo llamadas así, lejos, pues, de labrar nuestro bienestar, nos explotan y embrutecen, y cada día nos hacen más esclavos de aquella potencia maléfica y misteriosa llamada Iglesia, cuyas destempladas campanas nos llaman a misa, pero ellas no la oyen; cuyos prosélitos predicán la caridad, pero no la practican; y en donde, en consecuencia, la igualdad y la fraternidad son vanas palabras y nada más que ilusión.

Porque, ¿qué bienes, qué beneficios, en el orden social, intelectual y económico, nos reportan las sociedades humanitarias o de protección mutua?

Auxiliar a un enfermo, sepultar un cadáver, que con creces ha pagado todos esos servicios, no es cumplir con un deber de caridad: es simplemente pagar una deuda contraída y muy saneada.

En cambio, las sociedades de resistencia, como adelante lo veremos, propenden a fines más elevados, cuales son el desarrollo de nuestras facultades físicas, intelectuales y morales, tanto en el orden social como económico.

Pero según la opinión de un libertario, no hay corrientes vivas internas en nuestra vida social y moral: esto es un pantano de agua estancada, no es corriente de manantial. Alguna que otra pedrada agita su superficie tan solo; y a lo sumo revuelve el lógamo del fondo y enturbia con fango el pozo.

No hay virilidad ni sentimiento: menos carácter. No hay espíritu de compañerismo ni voluntad espontánea; no hay gremios. Habrá gremiantes, pero los gremios no existen.

Y es que no tenemos convicciones propias: no tenemos carácter. Ni la firmeza ni la perseverancia distinguen nuestros actos.

No tenemos valor para afrontar los peligros, sobreponernos a los reveses y saltar la valla infranqueable para impedir la frecuente y peligrosa conculcación de nuestros derechos y libertades.

Por esto nuestros gremios son, pues, cuerpos amorfos, indolentes, incapaces del menor esfuerzo para llenar sus deberes; y solo se agitan, se mueven, a la humillante voz del Gerente, del Candidato, del Patrón, quienes, con el oro amasado por nuestros débiles pulmones, ordenan y sostienen la sangrienta lucha entre nuestros propios hermanos.

Y mientras ellos se alegran del espectáculo de esta guerra interna entre obreros, y se aprovechan de ella, como el chacal, para comer a costa de los cadáveres de los vencidos, nosotros despiadadamente nos destruimos y corremos voluntariamente en pos de nuestra propia ruina.

Por estas causales ligeramente enumeradas puede decirse, pues, que nuestros gremios no existen, y los que existen viven una vida parásita, raquítica, exótica, que la ineptitud, la anemia, amenazan destruirlos.

Si, pues, las sociedades de protección mutua obstaculizan nuestra bienandanza; si sus reglamentos y programas son inaparentes, ineficaces para dar a los gremios obreros aquella organización, disciplina y solidez de que tanto han menester para dar a las justas aspiraciones de sus miembros una orientación en armonía con la civilización moderna, no preguntaréis acaso ¿qué programas, qué principios, qué índole de asociaciones deben adoptarse para lograr nuestro mejoramiento intelectual, económico y social?

Múltiples y distintos son los medios; así como varia la tendencia de las sociedades con inclinaciones reformadoras; pero mucho más profícuos, altruistas y radicales son los principios, las doctrinas que el avanzado socialismo, la revolución social pone en nuestras manos para reivindicar nuestros derechos y libertades de hombres libres, para emprender nuestra emancipación de esas clases dominantes que con tanta ferocidad vienen usando todos los medios inicuos de terror para ahogar en sangre nuestros más grandes y generosos ideales.



## II

La gran liga de obreros, “La Internacional”, ha sentado como principio social este axioma: *La emancipación de los trabajadores tiene que ser obra de ellos mismos.*

Irrefutable y concluyente concepto, encierra todo un mundo de verdad.

Así vemos a nuestros compañeros obreros en ambos hemisferios que, armados de la razón, de la justicia y del proverbio: querer es poder; que se lanzan resueltos en la lucha gigantesca del Bien contra el Mal, que sucumben en la barricada, y que avanzan con abnegación y energía reivindicando sus derechos y libertades usurpados, extirpando las injusticias sociales y destrozando con ímpetu el velo negro que cubre el cuadro más lúgubre de la desigualdad injusta y baldonante de este régimen inicuo de desigualdades, miserias y desesperación.

Ellos, anhelantes del bien común, de la fraternidad universal y de la libertad absoluta, ellos cual comunistas de la antigua Francia, en medio de la infamante autocracia, del implacable despotismo y de la aristocracia corrupta, se levantan cual oleaje de mar tempestuoso y agitado, imponentes, furibundos, con nervioso impulso tal, que los agonizantes tiranos, temiendo el rayo iracundo de la justicia humana, vense obligados a reparar los perjuicios y ultrajes que infligen a nuestros compañeros que obtienen ocho horas de trabajo diario, montepío de invalidez y ancianidad, descanso hebdomadario, aumento de jornales, reducción de los impuestos sobre los consumos, indemnización en los accidentes de trabajo, comisiones de arbitrajes, habitaciones y fábricas higiénicas, y, por el estilo, otras tantas reformas que al remediar sus necesidades, son verdaderos bosquejos de la futura felicidad terrestre.

He aquí, compañeros, los frutos sazonados, los beneficios positivos de la sincera y constante labor, desde muchos años atrás, de los gremios obreros organizados bajo los principios regeneradores y solidarios de la avanzada doctrina: el bien de uno es el bien de todos y a cada uno según sus necesidades.

¿Y nosotros, queridos compañeros, hemos de permanecer estáticos, indiferentes, como idiotas, ante ese cuadro risueño, encantador, ante ese ejemplo noble y generoso, ante esa enseñanza de fruición y solidarismo?

¿Indolentes hemos de ver perecer a nuestros hermanos, hijos y parientes, ora en los antros oscuros de las minas, por la explosión de la dinamita, desplome de las galerías; ora torturados por las locomotoras, por el engranaje de las máquinas; o bien, en las fábricas antihigiénicas, en las construcciones o por efecto de la electricidad o negligencia punible de las personas encargadas de la dirección de una obra?

¿Hasta cuándo hemos de presenciar impasibles, sin que la conciencia nos remuerda, la desaparición de tantos compañeros nuestros que diariamente

mueren en el trabajo, dejando a sus familias abandonadas en la más triste desolación y orfandad, sin que procuremos que se reparen esas injusticias y delitos de la sociedad explotadora?

En un estado donde se acalla el derecho de hablar, se amordaza el libre pensamiento, se aherroja, se hiere y se ultima sin asco alguno a indefensos jornaleros por el solo delito de pedir aumento de pan; en donde impúdicamente se sostiene por los padres de la Patria que el bajo pueblo, que la canalla, debe contribuir con su mísero jornal al sostenimiento de esa ralea holgazana llamada clase media; en donde se mantiene en la esclavitud, en la abyección más completa a nuestros hermanos indígenas; en donde nos asfixia, nos ahoga la inmoralidad y el vicio de las clases dominantes de esos hombres preparados que cínicamente se titulan: regeneradores y protectores nuestros; en donde con el mayor descaro se trafica con los cargos públicos; en donde los impuestos, los arbitrios nos aniquilan y esquilman sin consideración alguna; en donde la justicia, la libertad y el derecho son un mito; en un país, en fin, donde la burguesía, prostituyendo todo derecho se levanta por la imposición y la fuerza, ¿qué es lo que el pueblo ansía tanto con todo el esfuerzo de sus débiles pulmones? ¿Qué es lo que ambiciona con tanto entusiasmo y anhela delirante con todo el ardor supremo de sus pasiones?

### **¡Reparación, Justicia y Libertad!**

Empero, señores, para lograr estos tres grandes ideales, hermosas palancas propulsoras de la Regeneración, es indispensable que nos convenzamos por fin de la necesidad inaplazable de emprender la unificación de nuestras filas por medio de la Libertad, la Fraternidad y la Igualdad, es necesario que sin egoísmos, ni prejuicios, con la mayor lealtad, formemos todos una sola familia y así unidos que hagamos de nuestras almas una sola alma, de nuestros cerebros un cerebro, de nuestros esfuerzos una sola obra; y, además, que como al leproso bíblico, arrojando nuestros viejos hábitos lejos, bien lejos, nos sumerjamos llenos de fe en esa cristalina fuente bienhechora de la revolución social, bebiendo sus sanas doctrinas, vigorizando nuestras ideas, si es que verdaderamente deseamos curar nuestras miserias y salir de este marasmo deplorable de ignominia, de ignorancia, de esclavitud oprobiosa en que siempre se nos quisiera ver.

Una casa sin techumbre, un ingenio sin maquinarias, una locomotora sin fuerza motriz, un ave sin alas ¿podrán en cualquier momento desempeñar las funciones naturales de su creación?

Indudablemente que no.

Pues bien, en estos casos se encuentran los gremios obreros sin ninguna or-

ganización. Verdad que algunos gremios en determinadas ocasiones se presentan uniformes reclamando y obteniendo, cuando no el fracaso más completo, algunas concesiones más o menos favorables a su situación.

También es cierto que en la mayoría de los casos sus miembros se desbandan desalentados por el mal éxito. Nacen al soplo de una crisis emocional pasajera y mueren igualmente como pompas de jabón, sin dejar tras sí más huellas que amargas enseñanzas para el porvenir.

Los gremiantes no deben, pues, reunirse momentáneamente solo para resolver un problema de momento, cuando las necesidades económicas así lo exigen.

Es un gravísimo y monstruoso error decir de aquellos gremiantes que, por no perder el trabajo, por no malquistarse con el patrón, porque la costumbre es ley, porque disfrutando ellos de ciertas comodidades relativas, nada les importa el malestar del prójimo, porque los demás no profesan sus doctrinas acomodaticias; por no tener sobre sí responsabilidades, por estos y otros tantos despropósitos prefieren vivir alejados de sus compañeros, sufriendo calladamente con pasmosa resignación las penalidades del trabajo y las humillaciones, injusticias y vejámenes del explotador. Obstruyen con su conducta la labor de los buenos compañeros; y con perjuicio de sus propios intereses, que son intereses de todos los gremiantes, defienden inconscientes a nuestro enemigo de todo tiempo: a la burguesía.

Los gremiantes, pues, dando pruebas de unificación y virilidad, debemos constituirnos a la brevedad posible en gremios o sociedades gremiales, bajo programas prácticos y regeneradores, en armonía con los principios sociológicos y económicos, capaces de asegurar no solo el presente sino también el porvenir, concretándonos con asiduidad a resolver las cuestiones sociales que directa o indirectamente nos pertenecen.

Los gremios, antes que sociedades de auxilios mutuos, deben ser sociedades de resistencia y economía, oficinas de colocación y centros de ilustración social.

No solo es conveniencia de vital importancia que entre todos los gremios afines exista una íntima conexión, una mutua reciprocidad, formando Federaciones; también es menester que entre todos ellos exista un vínculo estrecho y armonioso, el solidarismo, formando un cuerpo laborioso, competente para llevar a la práctica las aspiraciones latentes y justas de nuestra clase desvalida.

Por lo mismo es absurdo e improducente mantener al frente de los gremios o sociedades de obreros a los burgueses, a los traficantes en política o a cualquier otro elemento extraño que no sienta, quiera o no piense como nosotros, porque ellos no hacen otra cosa que sembrar la cizaña en nuestras filas, aprovechar de nuestra candidez popular y explotar con mayor libertad nuestra fe de buenos creyentes.



A la riqueza y privilegio de los detentadores del capital, a la tiranía y desmanes de esa clase dominante, debemos oponer la solidaridad universal, la economía y las huelgas.

Los medios para sostener las huelgas y luchar con alguna ventaja contra el torpe egoísmo de la burguesía constituida en Poder son las cajas de resistencia para el auxilio pecuniario de los huelguistas, *meeting* y paros para las protestas; el boicot para los traidores y detractores de su palabra; y el sabotaje para los capitalistas reacios al resarcimiento.

Como el fin justifica los medios, todos éstos son tan eficaces y productores, que en el hemisferio oriental no se concibe gremio obrero alguno que no cuente con esas poderosas armas para batir doquiera a nuestros especuladores y opresores de siempre. Merced a ellos en la Argentina, Chile, Estados Unidos, etc., nuestros compañeros vienen con pasos lentos, pero firmes, arrancando muchas reformas, comodidades materiales y morales, que entre nosotros hoy mismo parecerían, si no locura, una ilusión.

Hoy, como alguien lo ha dicho, que en el Perú la cuestión obrera, desconocida hasta hace pocos años, comienza a diseñarse con algún relieve en varios de nuestros centros de trabajadores, es necesario que los hombres bien intencionados, que quieran hacer obra útil y práctica sean siempre solidarios en la lucha económica a que la organización de la industria moderna nos arrastra.

Es preciso que, dándonos cuenta de la sagrada misión que tenemos de velar por la suerte de nuestros hijos, de nuestros hermanos, por nosotros mismos, que olvidando toda pasión o rencilla de poca o ninguna importancia, sin distinción de sexo, de raza, color ni de nación, que organicemos nuestras filas y unidos emprendamos con decisión y lealtad la conquista de los beneficios de la civilización moderna, y del libre cambio de productos y de servicios entre iguales para satisfacer las necesidades que hoy solo disfrutaban los gamonales y los vampiros del trabajador. Si nadie, absolutamente nadie, se preocupa de nuestro bienestar, si las añejas doctrinas de la política conservadora no congenian con nuestros generosos sentimientos y propósitos regeneradores; si solo las ideas libertarias son las que convienen a nuestros intereses, aspiraciones y derechos: agrupémonos, pues, todos los obreros bajo el lábaro rojo Restaurador de la Libertad de las Libertades, aprendamos las fructuosas máximas de la causa, nuestros derechos y deberes para *“cuando por todos los ámbitos del mundo se oiga tocar a zafarrancho, no nos coja este grito de combate desprevenidos e ignorantes de lo que se trata de hacer”*.

Imitemos el noble ejemplo de nuestros compañeros de Trujillo —la antorcha edificante del Perú—, en donde hánse organizado en federaciones de resistencia los obreros zapateros y sastres y una “Liga de Artesanos y Obreros del

Perú”, sigamos las huellas luminosas de los obreros de Ferrocarril y playeros de Mollendo, “Unión Jornaleros” del Callao, “Centro de Artesanos Confederados” de Tarma, y Gremios de Fideleros y Molineros”, “Federación de Obreros Panaderos Estrella del Perú”, “Empleados de Comercio” y “Unión Obreros de Tejidos 33 Amigos” de Lima, quienes con voluntad decidida y sincero esfuerzo emprenden su rehabilitación por medio de la resistencia y la unión.

Felicitémonos, pues, señores, por el movimiento reaccionario que hoy se opera en nuestra clase desheredada y hagamos protestas mil, porque ella sepa cumplir con sus deberes en la gran causa de la revolución social.

Terminaré, pues, señores, pidiendo vuestra indulgencia, y sintetizando mi deslucida disertación en las siguientes conclusiones:

Organización de los distintos gremios de obreros formando fondos de resistencia, de economía y protección mutua para los siguientes fines:

Mejorar la condición intelectual, moral y material de los gremiantes. Solucionar las cuestiones sociales y económicas de los mismos.

Fomentar las federaciones entre los gremios afines y las ligas o alianza con los demás centros obreros.

Hacer causa común con los gremios del resto del mundo para la solución de cualquier problema social o en defensa de cualquier derecho.

Fortalecer y defender las causas de la reforma social, porque la emancipación de los obreros tiene que ser obra de ellos mismos.

Formar un cuerpo general de obreros.

Convocar Congresos locales o Asambleas Nacionales de obreros que den unidad y armonía a los trabajos sociológicos de los gremios.

Hacer propaganda de nuestros deberes y derechos por conferencias y por la prensa.

Compañeros: mientras tanto esas aspiraciones regeneradoras germinan en nuestros cerebros y podemos resueltos y mancomunadamente emprender nuestra emancipación social, procuremos, por la unión, que lo que hoy hacen los esclavos de la Rusia lo hagan mañana los esclavos del Perú.

¡Adelante compañeros!

¡Viva la Redención Social!

Manuel Caracciolo Lévano  
Presidente de la “Estrella del Perú”

Lima, 1 de Mayo de 1905  
De *La Prensa*, 2 de mayo de 1905

### La lucha de clase empieza

El toque de diana lanzado el Primero de Mayo de 1905, surtió efectos de inmediato en la naciente clase obrera. En 1931, en una edición de *La Tribuna*, recién fundado órgano del Apra, Cristóbal Castro, activista de la primera huelga portuaria del Callao, de mayo de 1904, recordó que en esa lucha se planteó inicialmente la jornada de ocho horas, pero luego, ante la intransigencia empecinada empresarial, se retiró ese reclamo. En ese escrito, Castro recordaba que en apoyo de esa lucha llegó al Callao Manuel Caracciolo Lévano llevando canastas de pan para los huelguistas, gesto solidario que se repitió muchas veces. Los organizadores de sindicatos eran también promotores de la solidaridad obrera.

Hubo en aquella etapa también apoyo campesino al proletariado urbano. En el centro del país, en Jauja, el recopilador de víveres solidarios era el gran anarquista Máximo Pecho, íntimo amigo de Delfín Lévano. Pecho recurría a las comunidades. Esa alianza obrero-campesina merece ser estudiada, recordada y reconstruida.



# II

## LA MATANZA DE CHICAMA Y CÉSAR VALLEJO

### El cielo de Lima se tiñe con el humo de las fábricas

El discurso del Primero de Mayo de 1905 sorprende por su tempranía. Reivindica derechos de una clase social que está apenas naciendo. El sector incipiente de la minería había pasado a manos extranjeras por defección de los capitalistas nacionales, que lo habían creado después del coloniaje español. Los ferrocarriles habían sufrido igual desnacionalización. Lima era, sin embargo, a principios del siglo XX, la única capital latinoamericana en la que todos los servicios públicos eran nacionales: tranvías, primero a través de la tracción a sangre, es decir de mulas, después, gracias al surgimiento de la industria textil, necesitada de energía, se creó la industria hidroeléctrica y su derivado, el sistema de tranvías eléctricos.

Ese despertar temprano hace pensar en un niño que en la pila bautismal estuviese ya proclamando no solo los derechos del niño, sino también los derechos del hombre y del ciudadano.

Hay una explicación para esa precocidad. Es la presencia de un grupo de obreros lúcidos y combativos reclutados por el anarquista Manuel González Prada, quienes se habían adherido en grupo al anarquismo.

Factor de concentración proletaria fue el impetuoso surgimiento de la gran industria en particular la textil. Aparte del caso precoz de la fábrica de Vitarte, surgido en 1871, en 1889 se funda Santa Catalina; en 1895 San Jacinto, en 1898, La Victoria; a caballo entre dos siglos. El Progreso se funda en 1900; La Bellota, en 1903; El Inca, en el Rímac en 1905; La Unión, en 1914; El Pacífico en 1908. En el corto circuito de la Lima de entonces, esos centros fabriles se instalaban en focos de población popular.

En las fábricas de tejido de algodón se pagaban de dos a cuatro soles a los varones y de 0,80 a 1,50 a las mujeres. En las fábricas de tejidos de lana, los

salarios para los varones eran de dos a cuatro soles, y para las mujeres, de 1,30 a 2,80.

La documentada historia de la revolución rusa de Richard Pipes (agente de la CIA) nos enseña que los primeros sindicatos obreros de la Rusia zarista fueron creados directamente por la “Ojrana”, policía política del zarismo. En Inglaterra fue obra de inspiradores intelectuales. En Alemania los promotores fueron líderes de la social democracia. En nuestro continente, en Estados Unidos, Argentina, Brasil, los organizadores fueron anarquistas y socialistas alemanes, italianos, ingleses.

En el Perú, los forjadores —los activistas y organizadores— fueron obreros peruanos. Su campo de acción fueron desde el principio los asalariados de la ciudad y el campo. Su historia, desde el arranque del Primero de Mayo de 1905, fue una historia de masas.

Los panaderos fueron el alma de esa gestación.

La doctrina predominante en el movimiento obrero peruano era en esa época el anarquismo. Los anarquistas creían en la posibilidad de una desaparición inmediata del Estado. Se declaraban enemigos de toda autoridad y por eso mismo rechazaban la idea de un Estado Revolucionario. Como no consideraban deseable un poder político de la revolución, negaban también la necesidad de un partido político de la clase obrera. Preconizaban la acción directa como táctica. Por su parte; variantes anarcosindicalistas del anarquismo consideran que los sindicatos bastaban, primero, para la lucha por la revolución de la economía, que debería efectuarse sobre la base de una “asociación libre de productores”.

El marxismo había refutado en la teoría esos supuestos. La Revolución de Octubre demostró que Marx, Engels y Lenin tenían razón. La primera revolución socialista minó, así, las posiciones anarquistas en nuestro movimiento obrero. Los dirigentes anarquistas no se desprendieron fácilmente, y en algunos casos no se desprendieron nunca, del ideario anarquista. Pero la experiencia histórica internacional y nacional ponía en jaque sus postulados. No es casual que el anarcosindicalismo peruano entrara en crisis a comienzos de los años veinte.

## **El episodio Sorel**

El término anarcosindicalismo puede dar lugar a equívocos. Aplicado al movimiento obrero peruano indica simplemente el impulso sindical de los anarquistas peruanos.

Pero en esa era surgió el teórico francés Georges Sorel (1847- 1922) que predicaba contra el socialismo domesticado de Europa y favorecía la irracionalidad y el violentismo.



Sorel, que creía en la función de los mitos, construyó un mito, que obtuvo creyentes en los círculos intelectuales italianos, no en la clase obrera.

Creo conveniente despejar dudas sobre Sorel, porque José Carlos Mariátegui lo reconoció solo como adversario de la claudicante socialdemocracia de la época. Pero en el Perú surgió un movimiento —Sendero Luminoso— que, como se verá, parece encarnar las ideas sorelianas. Por eso me parece necesario refrescar conceptos y denominaciones. El pensador neoliberal Isaiah Berlin, escribió en 1955 el pertinente ensayo “Georges Sorel”, incluido en su libro *Contra la corriente*. He aquí fragmentos de ese trabajo.

“Los efectos de la doctrina de Sorel sobre el movimiento sindicalista revolucionario fueron mínimos. Escribió artículos en periódicos, colaboró con Lagardelle, Delesalle y Péguy, rindió homenaje a Fernand Pelloutier, y habló y dio conferencias a grupos de admiradores en París. Pero cuando se le preguntó la personalidad más fuerte entre los sindicalistas, a Victor Griffuelhes, si leía a Sorel, contestó: ‘Leo a Dumas’”.

“Sorel, fue él mismo lo que más despreciaba en otros: demasiado intelectual, demasiado complicado, demasiado alejado de la realidad de la vida de los trabajadores”.

“De los dos héroes de sus años de declinación, Lenin lo ignoró; Mussolini, en busca de antepasados intelectuales distinguidos, lo declaró padre espiritual. La propaganda fascista encontró munición útil en los escritos de Sorel: la burla a la democracia liberal, el antiintelectualismo violento, el llamado al poder de la fuerza irracional, el llamado al activismo, a la violencia, al conflicto como tal, todo esto alimentó las corrientes del fascismo. Sorel no fue más fascista que Proudhon, pero su glorificación de la acción, el honor, el desafío, su profundo odio a la democracia y a la igualdad, su desprecio por liberales y judíos son, como la marca del socialismo de Proudhon, relacionados con el lenguaje y el pensamiento del fascismo y el nacional-socialismo; ni sus más cercanos seguidores dejaron de advertir este hecho (y algunos de entre ellos se vieron debidamente influidos por él). El eslabón ideológico de sus opiniones con lo que es común al bolchevismo romántico y a las tendencias del ala izquierda del fascismo es dolorosamente claro. “El grito de ‘Muerte a los Intelectuales’”, que escribió lleno de esperanza en su última colección de artículos publicada, “tan frecuentemente atribuido a los bolcheviques pudiera, sin embargo, llegar a ser el grito de batalla de todo el mundo proletario.”



## El paro no cambió al leguista Haya

A las pocas horas del logro de las ocho horas, Haya de la Torre dirige una carta a su hermano Agustín, quien residía en Trujillo y le dice que el paro le ha servido para convertirse en figura pública, lo cual es muy importante para unas próximas elecciones. Sé que una revista del Apra la ha publicado. El contenido de esa carta demuestra que Haya no compartía el ideario de los luchadores obreros, que lo habían invitado a solidarizarse como “amable componedor”

El triunfo de las ocho horas se produjo el lunes 15 de enero de 1919. Una semana después, en la edición del 21 de enero del semanario *Germinal*, órgano de la candidatura presidencial de Augusto Bernardino Leguía, aparecía la siguiente nota:

## La recepción de la juventud a su maestro

“El martes 21 se acordó en la Federación de Estudiantes en sesión presidida por el señor García Arrese, el nombramiento de los estudiantes que deben organizar la recepción al Maestro de la Juventud, señor Leguía, a su llegada a Lima.

“Dicha comisión está compuesta por los señores Luis Guillermo Arrese, presidente interino de la Federación, Humberto Solari Hurtado, Víctor M. Arévalo, Raúl Porras Barrenechea, Víctor Raúl Haya, César Elejalde Chopitza, Gustavo Corzo Masías, Germán Aramburú Lecaros, Alberto Rey y Lama, Carlos A. de Piérola.”

Más definitorio de la divergencia y retraso del estudiantado de la época es lo ocurrido en el Primer Congreso Nacional de Estudiantes, presidido por Haya de la Torre, realizado en Cusco, del 11 al 20 de mayo de 1920. Paseo las actas impresas, que resumen 17 sesiones llevadas a cabo.

En la sesión inaugural, del 22 de marzo; se aprueba, bajo la presidencia de Haya, la siguiente moción:

“De homenaje, de aplauso y simpatía al Maestro de la juventud señor D. Augusto B. Leguía por el apoyo que prestara al movimiento de reforma universitaria”. Otra resolución del Congreso que aconseja “el respeto a la autoridad” revela lo lejos que estaba el estudiantado, Haya incluido, respecto del movimiento obrero, impregnado de rechazo a la política criolla y sus personeros. He aquí ese texto que marca un límite:

“Recomienda así mismo, a los estudiantes, el respeto a la autoridad, como base del orden y progreso en el interior del país y de su prestigio en el exterior”.

## César Vallejo, *Los heraldos negros* y la masacre en la hacienda Roma

(Ensayo sobre Paul Celan y César Vallejo publicado en la revista de la universidad “Bausate y Meza”).

Reitero mi punto de vista sobre la relación de Vallejo con la Hacienda Roma, donde en 1912 trabajaba como auxiliar de contabilidad:

“He sostenido desde hace años que el primer poema de *Los heraldos negros* expresa, no narra, la masacre de obreros cañeros ocurrida en 1912 en las haciendas azucareras vecinas a Trujillo. Vallejo era en esos días ayudante de contador en la hacienda Roma, que tenía cuatro mil obreros. Según crónicas de la época, cien peones de la hacienda Roma perecieron victimados por los fusiles y las bayonetas de la represión, que a caballo perseguían huelguistas entre los cañaverales. Vallejo, el joven poeta de 20 años, ¿no se estremeció con esa hecatombe? Opino que el asombro y la cólera se reflejan en versos como ‘Hay golpes en la vida tan fuertes... Yo no sé’ o ‘serán tal vez los potros de bárbaros atilas / o los heraldos negros que nos manda la muerte.’

En la mencionada entrevista con Haya, este nos dijo que a Trujillo llegaron por esa época ‘los primeros llamados de atención a los problemas sociales. La huelga del valle de Chicama, por ejemplo, que fue muy sangrienta, el año doce (1912). Solamente en Puerta Blanca se decía que habían muerto cuatrocientas una, personas.’ Por esa puerta blanca habían pasado los heraldos negros”.





# III

## ESTEBAN PAVLETICH DESENMASCARA A HAYA DE LA TORRE

### **Pavletich toma el fusil y la palabra**

En 1969, la Casa de las Américas, de Cuba, convocó a un concurso de ensayo y premió con mención honrosa el trabajo *Bautismo de fuego del proletario peruano* escrito por Pedro Parra, quien a los 12 años de edad ingresó a trabajar en la fábrica textil de Vitarte y fue temprano camarada de José Carlos Mariátegui. El jurado del concurso señaló que el trabajo de Parra no se ajustaba al carácter del ensayo, pero acordó por unanimidad otorgarle mención honrosa y dirigirle una carta colectiva firmada por todo el jurado, que incluía al gran poeta Hans-Magnus Enzensberger. El trabajo de Parra se publicó en Lima en 1969 con extenso y admirable prólogo de Esteban Pavletich, quien a los 22 años de edad se incorporó a la guerrilla de Sandino, el héroe de Nicaragua. He aquí el fragmento del prólogo de Pavletich.

### **Habla Pavletich**

Verbigracia, “la única vez que Haya de la Torre se ha referido a sí mismo”, según los editores apristas del libro *¿A dónde va Indoamérica?*, fue para proclamar a pulmón lleno: “Nunca fui leguista”. Con algunas verdades y muchas falsedades, sazona la historia de cuando regresó Leguía a postular su candidatura a la presidencia de la República, que ya había ocupado una vez. Trabajaba entonces —dice— “en el gabinete de un abogado, D. Eulogio Romero, primo hermano de Leguía..., modelo oficial de virtudes cívicas y hombre de enorme fortuna... Ahí vi muchas cosas y muy cerca de ahí, en la puerta vecina, donde un hermano de mi jefe, D. Eulogio Romero, habilísimo político, conspiraba a favor de Leguía, vi también muchas otras de interés y trascendencia. Muy cerca de mí pasaron todos los políticos profesionales de entonces... Añado a la circunstancia de trabajar con un pariente influyente de Leguía, la muy especial de ser un



hermano de mi madre su candidato a la vicepresidencia de la República, y de estar casi toda mi familia en el leguismo, hasta un hermano mío, que fue un sincero militante y obtuvo puesto público”. No obstante, todas estas circunstancias comportaban fascinantes tentaciones, ya que “la época era de aprovechar”, el arcangélico aprendiz de abogado, el puro, el incontaminado, el incorruptible, “quede solo —es lo que cuenta—, con mis cinco libras mensuales en el gabinete del abogado primo del señor Leguía”, nombrado por este embajador en el Vaticano y representante en la Liga de Naciones. Pero ya para entonces —y esto lo silencia Haya—, había actuado como secretario del Prefecto del Cuzco, el coronel César Gonzales, distinguido por una masacre de obreros y campesinos en el valle de Chicama y en El Callao; y era miembro prominente de la Federación Nacional de Estudiantes que proclamó al candidato presidencial Leguía, Maestro de la Juventud. Haya no solo pregona que no votó por él para esa designación, sino que hincha el pecho en toda su dimensión para vocear a los cuatro vientos: “Nunca fui leguista”.

Pero he aquí que la ya temprana vocación leguista, vale decir oligárquica, del secretario de la Prefectura del Cuzco, y su militancia leguista, negadas bajo juramento, saltan terca, insoslayable, definitiva e irrevocablemente, de un documento que no ha podido ser, como tantos otros, incinerado, sustraído ni enmendado. Se halla aprisionado en retintos caracteres en las páginas del diario *El Tiempo*, de Lima. Su fecha, el 25 de enero de 1919, apenas unas semanas antes de que se iniciara el paro general por la rebaja del costo de las subsistencias, movimiento que, amañadamente utilizado por los leguistas que conspiraban desde el estudio de los hermanos Eleodoro y Eulogio Romero Romaña, del que Haya de la Torre formaba parte, desembocó, malgrado la voluntad de los dirigentes obreros que trataron de que no fuera utilizado por los políticos criollos, en el cuartelazo del 4 de julio de ese año, que encaramó a Leguía en el poder. Este es el documento perennizado como una bofetada en las columnas del diario *El Tiempo*.

## Federación de Estudiantes del Perú

A nombre de la Federación de Estudiantes del Perú, cuya representación tenemos, protestamos de la innoble campaña de difamación iniciada contra Don Augusto B. Leguía, Maestro de la Juventud, campaña que desprestigia únicamente a quienes la realizan y es un ultraje a la cultura del país. Lima, 25 de enero de 1919. Luis G. García Arrese, Alberto Rey y Lama, Raúl Porras Barrenechea, César Elejalde Chopitea, Humberto Hurtado, Germán Aramburú Lecaros, Víctor M. Arévalo, Víctor R. Haya de la Torre.

Haya de la Torre no solamente firmó esta declaración en defensa de Leguía, “Maestro de la Juventud”, sino que fue quien la redactó. Porque es sobradamente sabido que el último de los firmantes de un documento colectivo es su gestor. Él cede, invariablemente, la prioridad de suscribirlo a sus invitados para acompañarlo.

Será, pues, del portalón de la Patria Nueva de Leguía, que arranque el escabroso camino de Haya de la Torre, el mismo que lo llevará más tarde a reposar bajo las tibias alas de Benavides, Prado, Odría y Belaúnde, con toda la carga de sus elucubraciones doctrinarias y con el tributo del movimiento obrero encadenado a las cuatro letras fatídicas de su partido.

Con el mismo desenfado con el que el jerarca se empeñaba en sacudirse de su paso vergonzante por el leguismo, y fieles a su ejemplo, sus espoliques gastan tiempo e imaginación para presentarlo como el dirigente máximo de las jornadas por las ocho horas. La verdad es que, en este movimiento, Haya de la Torre, en connivencia con el ministro de Fomento, Manuel Vinelli, presentó a los obreros en huelga, la fórmula patronal de nueve horas de trabajo en vez de ocho, aunque esta hora de exceso sería pagada con un minúsculo aumento. Relata el diario *La Ley*, del día 14 de enero de 1919, que “fue rechazada la anterior proposición, a pesar del esfuerzo de los estudiantes allí presentes para hacerla aceptar”.

De esta marca y de ese jaez son todos los infundios contenidos en los gruesos volúmenes dedicados a encumbrar al Jefe Máximo y a exaltar sus glorias. A esa especie pertenece, entre tantas y tantas otras, la patraña dictada por Haya a Cossío del Pomar, de que “Lévano, Gutarra, se llaman sus discípulos quienes a su vez comunican sus ideas sobre filosofía anarquista”. Y la verdad histórica es que en el año 1905, Delfín Lévano formaba ya parte de la Junta Directiva de la Federación de Obreros Panaderos “Estrella del Perú”; era un militante y un dirigente del movimiento proletario. Por ese tiempo, Haya de la Torre era un mocosuelo que, de seguir la biografía escrita por Cossío del Pomar, dedicaba “horas enteras a observar la vida de las hormigas, que le han hecho concebir un pueblo, con su rey, su gobierno, sus trabajadores”, vale decir que soñaba con una sociedad aristocrática, monárquica, absolutista. En cuanto a Gutarra, que según la versión aprista, era uno de los discípulos de Haya que transmitían “sus ideas sobre filosofía anarquista”, ya en su intervención en el mitin de masas del 4 de mayo de 1919, realizado por el “Comité Pro Abaratamiento de las Subsistencias”, demostraba que “el marxismo es la táctica concreta del proletariado doquiera que él exista. Que a fuerza de los comunistas en Rusia ha sido precisamente esa: la de encarar las demandas obreras, y saber conducir a las masas de la ciudad y el campo a la conquista del poder cimentando definitivamente su dictadura de clase”.



Poco tiempo después de este discurso, Gutarra salía deportado del Perú.

Pero esto quiere decir que cuando Haya de la Torre se hallaba íntegramente volcado a conspirar en favor de Leguía, desde el estudio de los hermanos Eleodoro y Eulogio Romero, “abogados de la Cerro de Pasco, del Nuncio Papal, de las Compañías de Seguros”, ya Gutarra había abandonado sus veleidades anarquistas y evolucionaba vigorosamente hacia el campo socialista, marxista y leninista, mostrándose un admirador fervoroso de la revolución bolchevique. Es decir, el “discípulo” muy por encima del “maestro”, ideológica y moralmente.

### Primera acción antiimperialista

De esta misma etapa es el boicot de la Casa Duncan Fox, empresa que entonces administraba los petróleos de Talara y Negritos.

En mayo de 1913, se había producido en esa zona petrolera una huelga en que los trabajadores reclamaban las ocho horas, así como pago de salario íntegro en caso de accidentes de trabajo, asistencia médica y medicinas gratuitas, comercio libre (es decir, cesación del monopolio de la “mercantil” yanqui), etc. La lucha concluyó en triunfo para los trabajadores, excepto en lo referente a las ocho horas. Sin embargo, tiempo después, la compañía procedió a despedir a más de cincuenta obreros que habían estado entre los más animosos en la huelga. Eran principalmente mecánicos, llevados de Lima, donde algunos habían estado vinculados al grupo *La Protesta*.

Ante este atropello, los de *La Protesta* propusieron practicar un boicot contra los siete barcos de la Duncan que en ese momento —enero de 1914— se encontraban en El Callao listos para descargar y cargar. Acordaba la medida, ningún estibador mueve un gramo de los buques. Dos barcos de la misma compañía que llegan después se ven sometidos al mismo trato. Irán de puerto en puerto buscando, inútilmente, quién les acepte romper el boicot. Naves fantasmas sin recala obrera. Al final, los patronos tienen que acceder a reponer a los despedidos. No a todos: 37 de ellos rehusaron retornar por haber conseguido mejores trabajos, y son indemnizados. Con una parte de su indemnización, ellos comprarán una imprentita para el querido periódico *La Protesta*. Se trata de la famosa “Liberty” con sus dos chivaletes de tipos que durante años dieron munición escrita para mil combates por la renovación social.

En esa máquina se imprimieron, en efecto, *La Protesta*, *El Obrero Textil*, *El Nivel*, *El Tranviario*, *El Obrero Gráfico*, *El Obrero Panadero*, *La Reforma* (dirigida por el entonces muy joven Jorge Basadre), *Armonía Social*, *Idea Libre* y *Plumadas de Rebeldía*. La histórica máquina yace como reliquia gloriosa, en un local textil.

## Memorias del olvido

Primero de mayo, 2017

Me preocupa, no me sorprende, que en el movimiento sindical peruano, al compás de su crisis, se esté produciendo una suerte de amnesia colectiva. Hace unos días, una federación obrera convocó una romería a la tumba de Delfín Lévano, uno de sus dirigentes y fundadores. A la hora señalada no había nadie en el lugar de la cita.

Ahora hay quienes evocan en breves frases el sacrificio de los mártires de Chicago, que fueron ahorcados en los Estados Unidos por organizar sindicatos y reclamar la jornada de ocho horas de trabajo. Nadie recuerda lo que escribió José Martí, el apóstol de Cuba, quien fue testigo del sacrificio y escuchó las palabras de uno de los mártires, August Spies, en el momento del sacrificio: “¡Salud, oh tiempos en que nuestro silencio será más poderoso que nuestras voces, que hoy se sofocan con la muerte!”. No solo para la gran burguesía es bueno ese silencio.

Hay un texto que preconiza el pragmatismo y el cortoplacismo en el movimiento obrero peruano. Se titula “Admonición del Primero de Mayo” y ha sido atribuido a José Carlos Mariátegui e incluido en el libro *Ideología y Política*. El texto apareció originalmente en *Labor*, el periódico del Amauta, pero no estaba firmado por este.

Me sorprendieron en el escrito ideas como esta:

“Hay que desterrar del 1° de Mayo todo lo que en mucho ha tenido, y tiene todavía el rito mecánico de simple efemérides. La lucha por el socialismo no se nutre de evocaciones dolientes o coléricas ni de esperanzas exaltadas. Es, antes que nada, acción concreta, realidad presente”.

El sentido del artículo iba dirigido, sin tapujos, contra los anarquistas, que iniciaron en el Perú el respeto a los mártires y que dirigieron el momento auroral del sindicalismo peruano. Mariátegui buscaba en ese momento la unidad sindical, que solo podía ser entre las dos tendencias realmente existentes: el anarquismo y el socialismo naciente.

Muchos años después, en entrevista grabada, Julio Portocarrero, el primer Secretario General de la CGTP, me dijo que la “Admonición” había sido escrita por él y por Avelino Navarro. Se lo llevaron a Mariátegui y este lo publicó.

Navarro era amigo y camarada del Amauta. El 24 de julio de 1980 publiqué en la revista *Marka* una entrevista a militantes tempranos del Partido Comunista: Julio Portocarrero, Lino Larrea e Isaías Contreras. Este último me dijo que, muerto Mariátegui, “el que elaboraba los documentos y daba orientaciones era Avelino Navarro”. Esa era su estatura ideológica, política y organizativa.

Los desmemoriados de hoy no pueden quejarse de falta de documentos e información sobre la historia del proletariado. Ahí están los cuatro nutridos *Apuntes* de Ricardo Martínez de la Torre, los datos y reflexiones de Jorge Basadre. Hace pocos meses apareció el notable libro *Luchas sindicales en el Perú. Huacho 1916-1917*, del joven profesor universitario Filomeno Zubieta Núñez. Figura allí el trabajo de los anarquistas en esa zona del norte peruano, así como las matanzas de cientos de mujeres que luchaban por las ocho horas. Delfín Lévano y su esposa, anarquistas, están en esa historia.

El pensador alemán Walter Benjamin, marxista independiente que murió cuando huía de los nazis, escribió en su *Tesis para una Filosofía de la Historia* que la socialdemocracia había querido borrar de la memoria obrera “el odio y el espíritu de sacrificio”.

No es cuestión de nostalgia. Es cuestión de conciencia.

No se puede saltar a la garrocha la historia de la lucha por la organización sindical y la jornada de ocho horas en el Perú. El Apra lo hizo. Mal ejemplo.

## Las banderas del Primero de Mayo

Para refrescar memorias olvidadizas, reproduzco esta columna que publiqué en 2012:

Hace 107 años, los trabajadores del Perú conmemoraron por primera vez el Primero de Mayo, fecha que recuerda la lucha de los obreros de Estados Unidos por la jornada de ocho horas, y el sacrificio de los ahorcados en Chicago por pregonar ese derecho y por organizar sindicatos.

Desde entonces el mundo, en general, ha avanzado socialmente, no en el Perú.

El Primero de Mayo de 1905, la Federación de Obreros Panaderos “Estrella del Perú” organizó, por iniciativa de su presidente, Manuel Caracciolo Lévano, dos actos históricos. Uno fue la romería a la tumba de Florencio Aliaga, joven portuario asesinado un año antes. Los estibadores del Callao aún no tenían sindicato en 1904, pero se declararon en huelga reclamando aumento salarial y jornada de ocho horas (este reclamo lo retiraron enseguida).

El otro acto fue una velada en la que hablaron Manuel González Prada y Manuel C. Lévano. Los textos de esos discursos fueron publicados íntegramente en el diario La Prensa, al día siguiente.

El discurso de González Prada, “El intelectual y el obrero”, fue reproducido durante décadas en Lima y provincias (consta en mi archivo). José Carlos Mariátegui lo reprodujo en Labor.

El escrito de mi abuelo constituye el primer programa socialista del país.



Gravita en el texto el llamado a la organización de tipo sindical, a la lucha por las ocho horas, aumento de salarios, descanso dominical, supresión del trabajo nocturno, seguridad social frente a accidentes, invalidez y ancianidad. El horizonte del discurso no se limita a las reivindicaciones inmediatas. Llama a “la redención social”. Es decir, la revolución.

Algunas conquistas reclamadas hace 107 años fueron logradas mediante huelgas, paros, matanzas, prisiones, torturas. Varias, por ejemplo, las ocho horas, han sido suprimidas de facto. Hasta el derecho a la sindicalización se extingue mediante despidos.

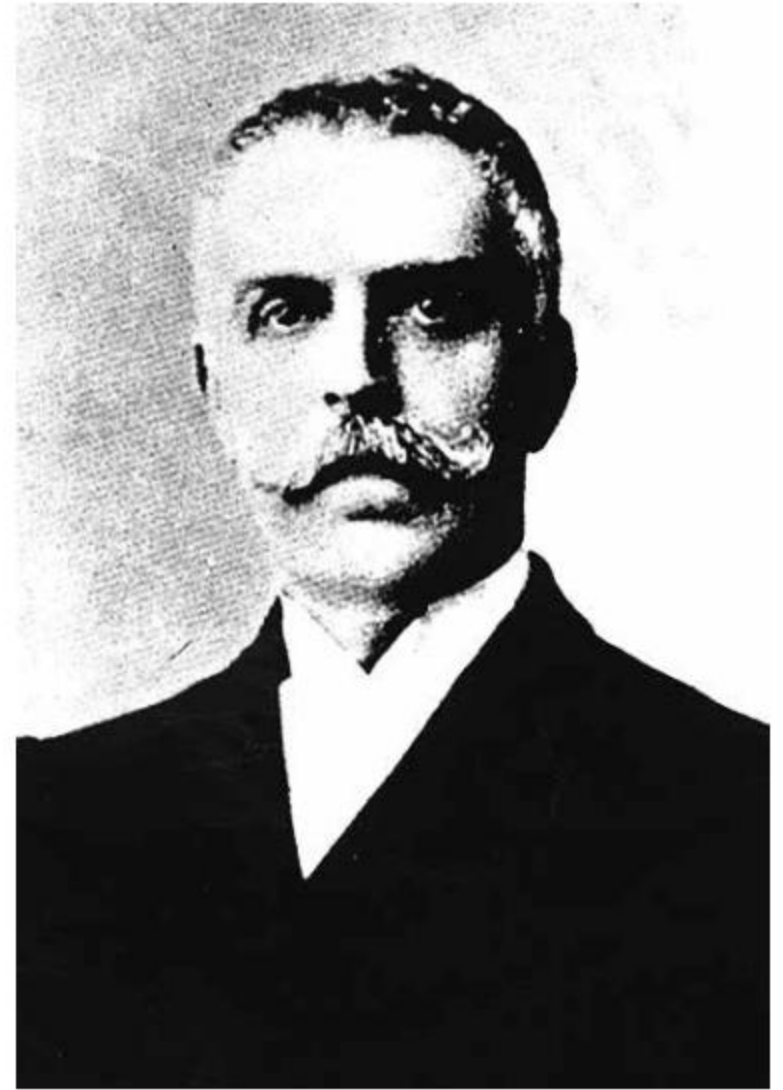
Triste es comprobar que esos abusos continúan. En el Perú, en este Día Internacional de los Trabajadores, el proletariado urge de conquistas y reconquistas.







1



2



3

**1. Manuel Caracciolo Lévano**, orador de la primera celebración del Primero de Mayo en el Perú, en 1905, con su discurso *Qué son los gremios obreros en el Perú y lo que deberían ser*, reproducido íntegramente por el diario La Prensa el 2 de mayo de 1905.

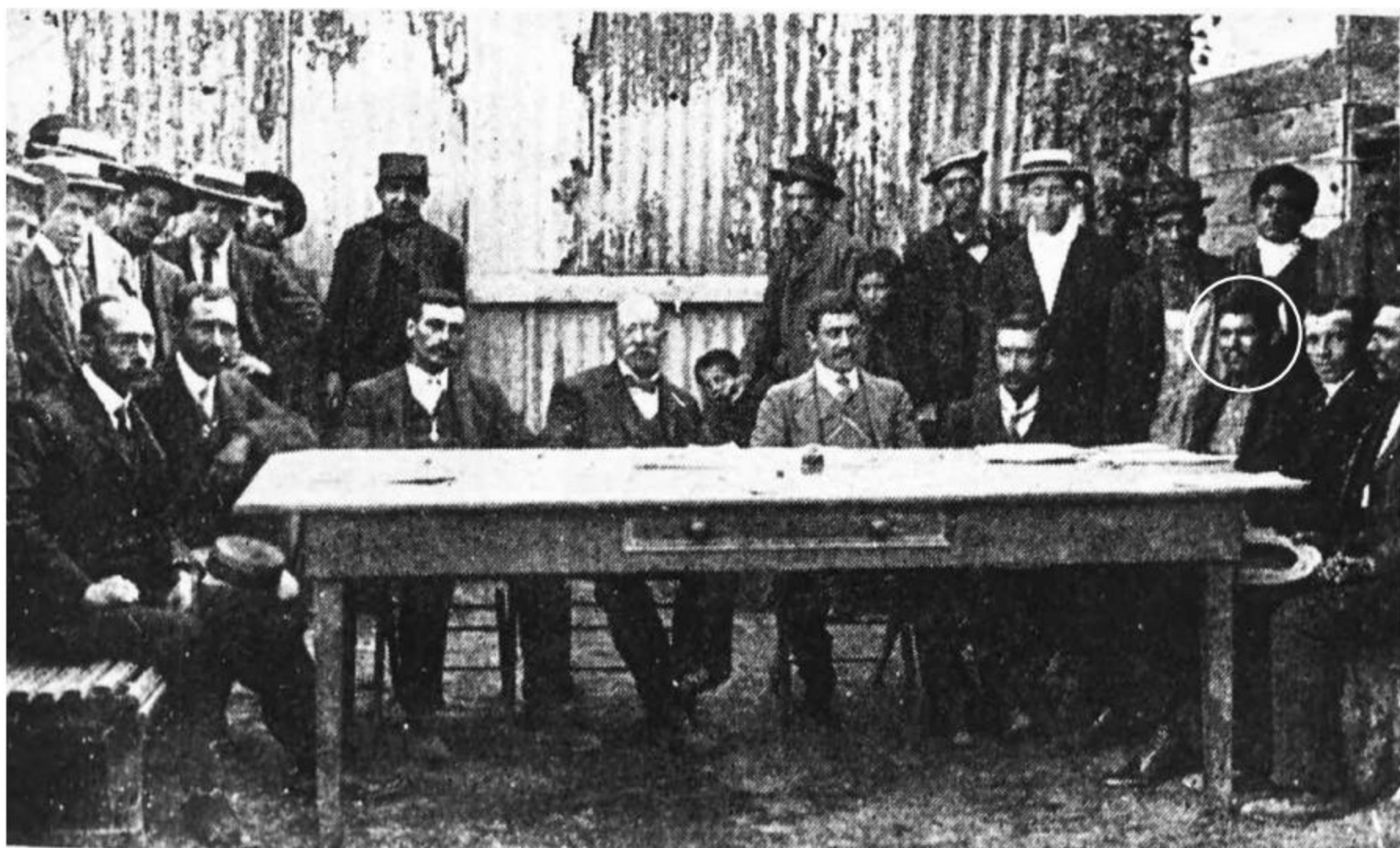
**2. Manuel González Prada**, el otro orador principal, cuyo discurso *El intelectual y el obrero*, también fue reproducido por La Prensa el 2 de mayo de 1905.

**3. Domicilio de Delfín Lévano**, en el cual se gestó toda la lucha inicial del movimiento obrero peruano. Los obreros lo llamaban "La capillita". La señora que aparece en la fotografía es Emérica Lévano, hermana de Delfín.

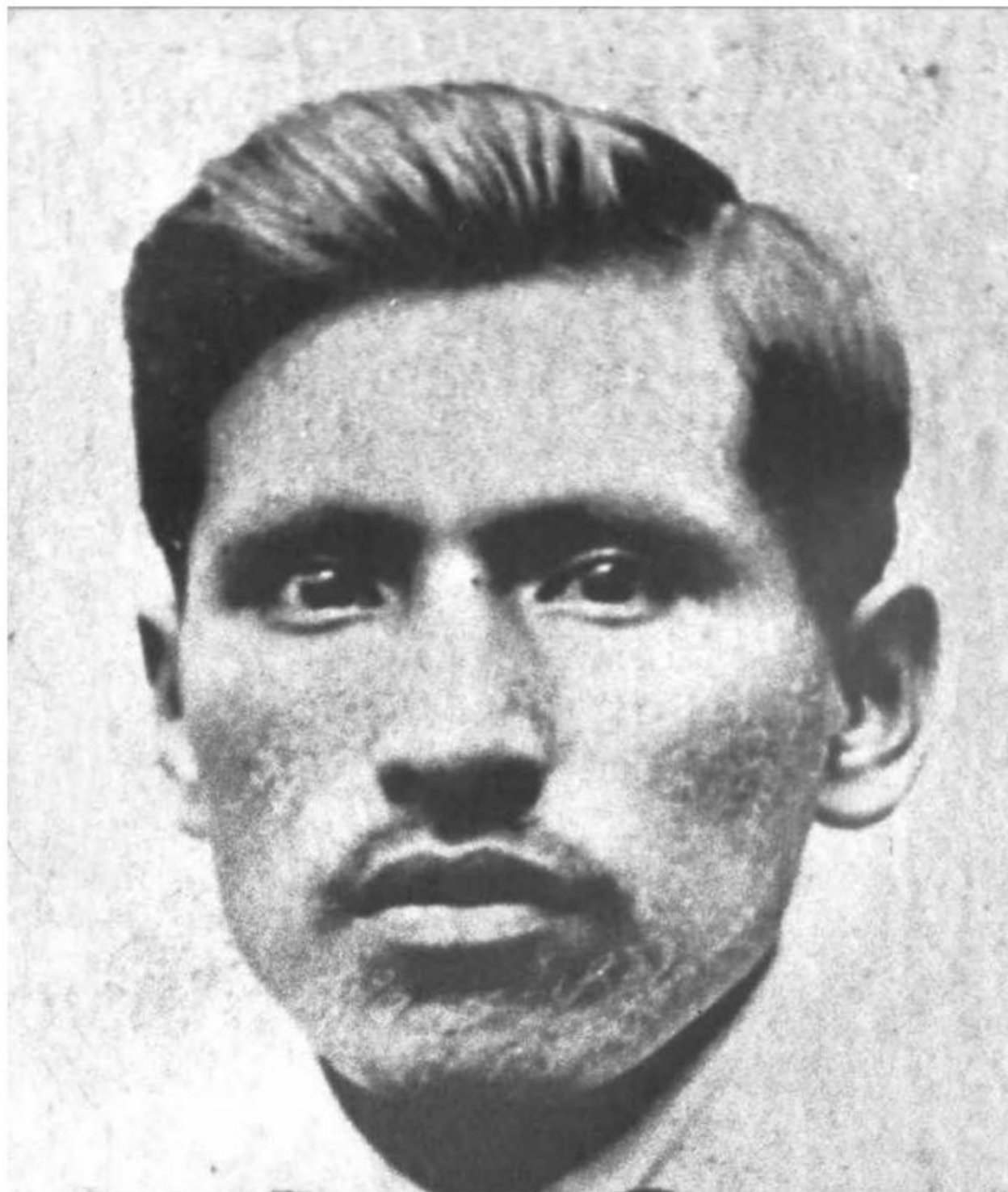


4. Portada del periódico sindical *El Anarquista*, de la época.

5. Federación marítima y terrestre de los portuarios del Callao. Gran animadora de las luchas sociales en el puerto. En el círculo Manuel Caracciolo. Lévano.







6

**6. Delfín Lévano,**  
Lo sumergieron en  
el agua de los aljibes  
del Real Felipe. Al  
final las torturas  
le quebraron la  
columna.

7

**7. En el círculo  
Julio Portocarrero y a su  
derecha Fernando Borjas,**  
textiles de  
Vitarte, ambos  
fundadores en  
1928 del Par-  
tido Socialista  
de José Carlos  
Mariátegui.







8

**8. Nicolás Gutarra,** carpintero y gran agitador. Jorge Basadre dijo al autor que Gutarra había sido el más grande orador que había escuchado en el Perú.

9



**9. Adalberto Fon Ken,** textil de Vitarte de origen chino, con su esposa. Haya de la Torre declaró que Fon Ken le sugirió crear un partido político para enfrentar la represión de 1923.

10



**10. Héctor Merel,** gran dirigente textil que encaminó el paro por las ocho horas en 1918.

11



**11. Carlos Barba,** gran organizador sindical, refiere a César Lévano la historia de la lucha por las ocho horas de la cual fue protagonista.



Archivo: Rafael Tapia Rojas

**12. Julio Reynaga**, líder de los anarquistas de Trujillo y nexa con el grupo *La Protesta*.

13



**13. Erasmo Roca**, uno de los primeros activistas estudiantiles que se adhirieron al movimiento obrero. Cultivó la amistad de Delfín Lévano hasta la muerte de este.



# La Protesta

AÑO VII Dirección: Castilla 1181

Lima, La quincena de Enero de 1919

Precio: 5 centavos N.º 74

## POR LA JORNADA DE OCHO HORAS

Mientras en la Argentina se realza en estos momentos la lucha terrible del pueblo contra los eternos enemigos del proletariado para reconocer su justo derecho.

Aquí también estamos en plena efervescencia del elemento trabajador. La jornada de ocho horas está sobre el tapete.

La más hermosa conquista del proletariado internacional, la están peleando parte del obrero limeño. Las proféticas palabras de uno de los mártires de Chicago. "Salud, oh tiempos, en que nuestro silencio será más poderoso que nuestras voces que hoy se sofocan con la muerte;"

apoyar de los años transcurridos desde que fueron pronunciadas, tienen toda la fuerza impulsadora para hacer que el proletariado se aliste en las luchas económicas.

Los obreros del Perú, no podían niarse de ese movimiento reivindicador, que prescriba a todas las clases sociales, las por que el obrero, aquí como en todas partes sufre la explotación del capitalismo, y como esclavo, como esclavo, el amor a la libertad, el anhelo de vivir mejor, es más grande en él.

La jornada de ocho horas, es una reivindicación económica, no es la cuestión social como alguien ha dicho desde las columnas de un diario burgués. Si el obrero tiene derecho a poner precio sobre su único capital, el *sergus-inteligencia*, mucha mayor razón le asiste al disminuir las horas de fatiga en labor que para encajarse en las prisas industriales. Si el trabajador, en uso de esos derechos naturales, no legibles, reclama aumento de salario y ocho horas de trabajo, lejos de involucrar esos derechos, esas aspiraciones, reconocidas como justas por los tribunales de la pluma, los aun, los complementa porque uno es corolario del otro.

Si se reconoce que la jornada legal de trabajo, debe de ser de ocho horas, si se reconoce que la vida es sumamente cara, ¿por qué, pretender engañar al pueblo con argucias, diciendo que si pide la jornada de hora, no debe pedir aumento de salario? No,

este sofisma no deben, no pueden aceptarlo los obreros. El salario que percibe un obrero, por más alto que sea, nunca alcanza a cubrir sus necesidades porque el sueldo debe cubrir bien para respaldar las fuerzas que vende al patrón, sino que necesita viviendas higiénicas y cómodas, y no los cuartos sucios y sin aire, de cinco metros cúbicos, en que generalmente habita; necesita unos vestidos elegantes y costosos, a pesar de tener opción a ellos más que los ociosos burgueses—por lo menos trajes limpios y decentes para él, su compañera y su prole, necesita distracción y diversiones con espectáculos, bailes, ilustrarse, desarrollar su intelecto, y estas necesidades primordiales de todo hombre civilizado, no puede llenarlas un obrero con un ínfimo jornal de dos o tres soles diarios.

Se alega como razón al parecer de peso, que si el obrero pide la jornada de ocho horas para dedicarse a sus vicios y no al cultivo de su actividad, más valdría que siguiera esclavo en la prisión infernal por largas horas. Pero, ¿quién es quienes alega esto? ¿son algunas de la pluma, los que en todo tiempo se oponen y se oponen al desarrollo de la asociación sindicalista, los acido obreros que han servido y sirven de compañeros a todos los luchos políticos, enemigos de la *rebena* Antoinette, los representantes que siempre han contribuido con sus malévolas insinuaciones, con sus imposturas, e indisposiciones ante los gobiernos, a la clausura de los locales obreros donde el proletariado inteligente los amantes de la luz, dilucidaban los problemas sociales y económicos. Esos luchos, acostumbrados a vivir en la noche del error y el embuste, esos moluscos aferrados al pedón de la rutina, esas hojas mustias arrastradas por el viento de los petulidos y de las desvergüenzas, esos solterristas de genuflexiones serviles ante los enemigos del pueblo, acostumbrados a la calumnia y la intriga, que pululan por los Centros representativos, esos son los que dicen, que los obreros no tienen derecho a reclamar la jornada de ocho horas, si estos han de seguir con sus vicios. Más valdría que los

representativos, miraran sus conciencias y vieran si pueden ser dominos de moral.

No pretendemos impedir lo que en la sociedad se llama vicio. Pero si queremos decir, que el obrero que se entregara moral y físicamente en tabernas, prostíbulos y casinos, no es sino el reflejo de esta sociedad corrupta que no sólo permite el vicio sino lo incentiva para el sostenimiento del Estado y la abyección de las clases que viven en la ignorancia.

La jornada de ocho horas dentro del régimen burgués es aspiración de todo hombre culto, y pese a los moralizantes de la hora maldicta, los obreros irán conquistándola mediante la fuerza de la acción reivindicadora.

Ante obreros del Perú. Por la jornada de ocho horas, la lucha sacrosanta.

Organización y Agitación. Solidaridad y fuerza, he ahí la labor del momento y de siempre.

### LA HUELGA DE TEJEDORES

La aplicación de la ley concordada a la jornada de ocho horas a las mujeres y a los niños, ha producido la huelga general de los obreros tejedores de algodón. La ley no tenía en cuenta ni puede tener, que al dar la jornada de ocho horas para las mujeres y los niños, los capitalistas tienen que bajar los salarios y el desajuste que se produce con la ley. Esto es lo que los sindicatos en la industria textil, dicen al trabajar en la ley. Además, la ley a menudo a través de la regularización en la producción. Trabajando las diez horas a las horas muertas, las acciones de hombres se ven en la imposibilidad de trabajar las diez horas completas, operando actual—y por ende, se ve el salario que disminuyen se—al menos. De allí que los obreros tejedores piden la jornada de ocho horas para mujeres y niños y el del por ciento de aumento. La justicia de este reclamo no lo niega. Solo los representantes de los fabricantes de tejidos, amos durante la guerra europea, a través del precio de la producción, y ganando millones de soles, sin aumentar siquiera los jornales de los obreros, se muestran tercos, orgullosos y despiadados.

Por su parte, los huelguistas también muestran su solidaridad y están dispuestos a resistir hasta conseguir el triunfo de sus reclamos. El primero de Nuevo Páez, un acto de solidaridad por la jornada de ocho horas y de protesta por la arbitrariedad de los empresarios. Don Juan J. Gutierrez, delegado de los huel-

guistas ante los trabajadores de Huacho, que fueron apresados en esta y conducidos a la Intendencia de Lima. A la vez preparó el primer Congreso Obrero local, a la que se le dio carácter a los grupos organizados en sociedades de resistencia mutuas y sindicalistas.

### LA RECLAMACION DE LOS PANADEROS

Ningún oficio por considerado en el trabajo que sea, sometido a una labor antinatural y fatigosa, terminado por la ciencia moderna, el obrero panadero es víctima de la explotación capitalista y de las enfermedades generadas por una profesión antihumana, reñida con la salud del hombre y sus descendientes.

Su trabajo, los patrones, con el fin de proveer de que sus negocios se permitan aumentar sus ganancias—pero si se les permite con, por autonomía y construcción—se niegan a aceptar la jornada de ocho horas.

Inclusivamente ante la intranquilidad patrimonial, los obreros panaderos que siempre han sido tanos en sus compañías por el pan, en esta vez, están poniendo a la altura de todo obrero consciente.

Por lo pronto, han logrado romper la resistencia patronal, abasteciendo pan con federados en las panaderías de Cuzco, Cajamarca y Exaltado, cuyos propietarios han aceptado el pliego de reclamos de la Federación.

La jornada de ocho horas ha costado la vida de muchos obreros por la explotación obrera. En protesta de estos mártires la acción y la energía obreros tejedores y panaderos.

### Pascuas y Año nuevo

#### LOS DESMAYOS DE UN CORRIARIO

Con motivo de la huelga de los tejedores y panaderos, y que debían ser conculca todos los obreros del Perú, ya no hay, se los pedidos aceptar más los mártires que se han sacrificado, del cuartel 27, de esta capital.

Diez obreros desmayados de dos obreros que cumplían en la segunda jornada, una comisión de sus desmaysos en huelga, por la falta de sus respectivas condiciones y exigencias, fueron apresados por el Sr. Valle Riestra quien, habiendo sido en un momento autorizado, hizo conducir a los obreros al Sr. Tumbay, y en la comisaría a los otros.

El señor capitán del 27 ha señalado que no se puede hacer en estas condiciones y que se debe aceptar los de autoritarismo, y que algunas veces hacen huelga por la huelga.

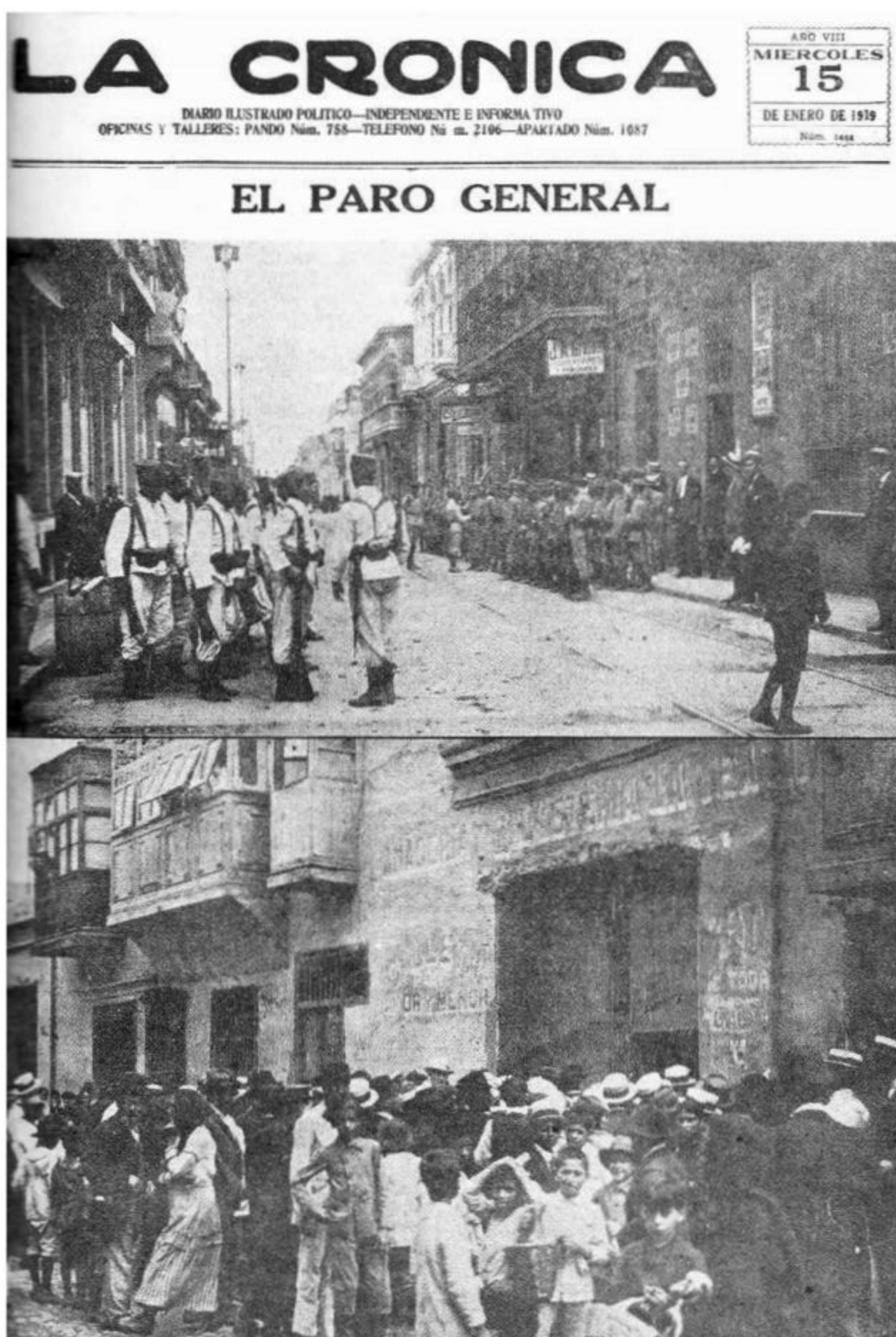
Nuestros compañeros desmayados en otras circunstancias contra la libertad y el derecho. Si no hay confianza en las autoridades, los ciudadanos no pueden aceptar sus desmaysos libertarios e injustos.

El famoso Centro Esta... A nosotros nos obró, el 4 del presente, uno de los tantos expedientes que siempre nos brinda cuando tienen en juego algún interés inmediato.

La traja-comedia puesta en escena por el gobierno, para desorientar a los ciudadanos obreros, ligeros hasta extender a los compañeros libertarios, los mismos libertarios que en otras ocasiones, dicen que los obreros deben ser hospitalarios.

¡Casualidad! Hoy se le da de socialista, desmaysos un Nost, cuando no son más que un Agude de verdades.

14. La protesta, primera quincena de enero de 1919, convocando a la huelga general (archivo biblioteca nacional).



15. Diario *La Crónica*, tercer día del Paro General (Biblioteca Nacional).

# IV

## TEMPESTAD OBRERA

### ¿Quién era Delfín Lévano?

A propósito del primero de mayo

Luis Alberto Sánchez pinta a Delfín Lévano como un joven dirigente textil (en su libro “Haya de la Torre y el Apra). Felipe Cossío del Pomar, (en “Víctor Raúl”), lo describe como un discípulo de Haya en la Universidad Popular “González Prada”, y distingue a este Lévano de “Lévano, el obrero”. La revista *Así* acaba de referirse a “los hermanos Lévano” como dirigentes del grupo anarcosindicalista *La Protesta* que conquistara la jornada de ocho horas en el Perú.

Por su parte, Haya escribió en un artículo publicado en la revista *Apra*, el 22 de febrero de 1946:

Un pequeño y dinámico grupo de buenos combatientes orientó educadoramente al movimiento obrero. Recordaré solo, entre los muertos, a algunos de aquellos cuyo conocimiento y amistad fue para mí ilustre estímulo: Delfín Lévano, que era una de las cabezas del anarcosindicalismo aquí, como el viejo Reynaga en Trujillo; Adalberto Fonkén, mi gran compañero y colaborador, el tejedor Elmore, Pablo León y otros, se alineaban en torno del intransigente grupo La Protesta.

¿Quién era, pues, Delfín Lévano? Tal pregunta parece habérsela formulado muchas personas. Sobre todo, a raíz de la romería a su tumba que, como todos los años, se realizó este Primero de Mayo.

### El patriarca

El cielo de Lima, ha escrito Basadre, solo con el siglo XX se tiñó de humo de fábricas. Mi abuelo, Manuel Caracciolo Lévano, padre de Delfín, había sido pierolista de lucha armada. Había nacido de familia campesina en Lurín, al pie



de Pachacámac. Al despertar la centuria, era panadero en Lima y ya no creía en Piérola. “Ha sido un engaño para los trabajadores”, escribió en su diario.

Poco después se hacía anarquista, sacudido por la prédica de Manuel González Prada. Rechazaba con ellos todo partido político. Creía en que una organización sindical vigorosa, revolucionariamente orientada, podía tumbar, por medio de una huelga general, el capitalismo.

En mayo de 1905, el periódico *Los Parias* informó de algo insólito: “Por primera vez en esta tierra, el 1º de mayo desfilaron ante las autoridades absortas centenares de parias cobijados bajo el estandarte rojo”. El organizador de este desfile en memoria de los inocentes ahorcados en Chicago había sido Manuel Caracciolo Lévano.

*La Prensa* publicó una crónica completa de los sucesos de ese día. En la mañana, se había efectuado una romería a la tumba de Florencio Aliaga, obrero del Callao muerto el 19 de mayo de 1904, durante una huelga por las ocho horas y otros puntos, llevada a cabo por portuarios, metalúrgicos y ferroviarios del puerto. “Por tren extraordinario, decía la edición vespertina del diario de Baquíjano, se dirigieron los obreros limeños al Callao en número de cuatrocientos o poco menos”. Previamente, se habían congregado, “presididos por el señor Caracciolo Lévano”, en la estación de San Juan de Dios (más tarde Plaza San Martín).

En la tarde del mismo Primero de Mayo de 1905, hubo un acto solemne. Allí, González Prada pronunció su discurso hoy célebre sobre “El intelectual y el obrero”, en que llama a aquellos a ser, no lazarillos, sino compañeros de lucha del trabajador. Luego Manuel Caracciolo Lévano disertó sobre “Lo que son y lo que debieran ser los gremios obreros”. Ambos discursos publicados íntegramente en *La Prensa*.

Vibraban aún en el cable internacional las noticias sobre el sangriento “Domingo Rojo” en la Rusia Zarista. Ello explica por qué el discurso del panadero peruano terminó con estas palabras: “¡que lo que hoy hacen los esclavos de la Rusia lo hagan mañana los esclavos del Perú!”.

## Los modernos parias

El obrero era entonces un verdadero paria en el país. En la fábrica de tejidos de Vitarte, por ejemplo, “se trabajaba de las siete de la mañana a las diez de la noche; otros días de siete de la mañana a nueve de la noche”. Así nos lo precisó alguna vez Luis Felipe Grillo, uno de los precursores de la lucha obrera.

Un capataz de fábrica tenía poder de decisión —o de puntapié— para lanzar al despido a quien quisiese. No existían indemnizaciones de ningún tipo.

Luis Miró Quesada escribía en su tesis de 1905 para optar el grado de Doc-

tor en Derecho: “Opino que en el Perú no es necesario limitar a nueve horas la duración del trabajo como lo hace el proyecto del Dr. (José Matías) Manzanilla... puede sostenerse que no trabaja aquí el operario de modo tan excesivo que pudiera peligrar su salud”.

Este panorama explica por qué el patriarca sindical Manuel Caracciolo Lévano pudo decir en aquella noche tremante: “Si nadie, absolutamente nadie, se preocupa de nuestro bienestar, si las añejas doctrinas de la política conservadora no congenian con nuestros generosos sentimientos y propósitos regeneradores; si solo las ideas libertarias son las que convienen a nuestros intereses, aspiraciones y derechos, agrupémonos, pues, todos los obreros bajo el lábaro rojo Restaurador de la Libertad de las Libertades”.

Sobre ese discurso, sobre esa clase social, sobre esa época, se proyectaba la sombra de un gran limeño. Ciertamente que era el hombre más culto de Lima, y que tenía un corazón muy puro; era el aristócrata, adinerado y rubio Manuel González Prada. En mi infancia paupérrima, escuché de gentes humildes historias sobre las visitas del gran viejo a la casa de mi padre, en un humilde “solar” del jirón Mapiri. No era un retórico ese gran Maestro.

## El otro Lévano

Al comenzar el siglo, el bajo pueblo de Lima no conocía más organización propia que las sociedades mutualistas. Estas servían solo, en la definición lapidaria de Manuel Caracciolo, “para auxiliar enfermos y sepultar muertos”. El mérito del primer Lévano del movimiento obrero consiste en haber orientado a sus hermanos de clase hacia la organización moderna, de tipo sindical. Predicó con el ejemplo, antes de 1905, al dar a la Federación de Obreros “Estrella del Perú” una finalidad y una estructura sindicales. En la primera directiva de la remozada entidad, ese año de 1905, figuraba un mozo de anchos hombros como de nadador. Era Delfín Lévano, de 19 años de edad, hijo amado de Manuel Caracciolo.

En adelante, los nombres de los dos Lévano iban a marchar unidos en la lucha, hasta el punto de generar confusiones. Ambos desplegaron, a lo largo de varios lustros, energía física, coraje, inteligencia y abnegación. Mi padre, a pesar de los horarios nocturnos de diez o doce horas en las panaderías, se daba traza para organizar, orientar, escribir artículos, pararlos luego a tipo, dirigir durante años *La Protesta*, a veces semanario, agitar, organizar, escribir poesías y obras de teatro (poseo una: *Mama Pacha*) y dirigir el Centro Musical Obrero. Claro está que no bebía alcohol y no fumaba. Por eso, sin duda, tenía tiempo para hacer a sus hijos panecillos con formas de manos o caras; o para pasearlos a hombros en el zoológico.

Cien veces apresados y torturados, mil veces perseguidos, parecían no conocer la fatiga —aparte de ignorar el miedo—. Más tarde, en los años de la primera posguerra mundial, se iban incorporar otros elementos notables a la lucha. Entre ellos, Nicolás Gutarra, muerto en los Estados Unidos, y Adalberto Fonkén, que se hizo aprista y se suicidó en Trujillo allá por los años treinta.

## Haya y las ocho horas

No fue una charla de café la lucha obrera, en particular por las ocho horas. En su transcurso, hubo matanzas como la de Chicama, en 1912, en que murieron 500 obreros del azúcar. Allá quien orientaba era Julio Reynaga, “el negro Reynaga”, un mulato que tenía la virtud de ser músico, leer mucho y enarbolar la bandera roja cada Primero de Mayo. Y que estaba conectado con los luchadores de *La Protesta*.

En Huacho, centro de proletariado agrícola que mi padre visitó a menudo, hubo una gran huelga en varias haciendas. Pedían aumento de salarios y jornada de ocho horas. Con astucia popular, los trabajadores organizaron en esa ciudad un desfile de sus esposas e hijos. Deseaban reclamar pacíficamente y eludir la represión. Calcularon mal. La fuerza del Estado —1,500 soldados, según una crónica— aplicó sable, metralla y bayoneta. Unas 150 mujeres fueron muertas. Fue el 2 de setiembre de 1916.

Innumerables fueron en Lima las acciones represivas de la fuerza pública.

Debe quedar claro que en esta lucha los obreros estuvieron prácticamente solos. Se hace figurar a Haya de la Torre como el arquitecto de las ocho horas. No es cierto. En el paro de enero de 1919, paro acordado desde diciembre de 1918 por los trabajadores, su intervención fue casual y tangencial. Fueron los obreros los que invitaron, ya en paro, a los estudiantes a acudir a sus asambleas. Algo más: Haya y sus compañeros, como consta en los diarios de la época, propusieron aceptar un horario de nueve horas: ocho con el salario anterior, una más con pago extra. Hombres como Delfín Lévano, que dirigía desde su escondite la lucha, paralizaron la propuesta. Lo que sí es exacto que Haya se acercó desde aquel paro al movimiento obrero.

## La honradez y la pureza

Desde 1930 hasta 1941, año de su muerte Delfín Lévano, estuvo postrado en un lecho de inválido. Consecuencia de la última tortura que sufrió, en los días finales del oncenio de Leguía. Se le había tenido secuestrado varias semanas. “Lo hemos desterrado al Japón”, decían a mi madre. Una huelga obrera obligó



a que lo libertaran. Pero lo que retornó al hogar fue una masa morada y tinta en sangre, un ser hinchado que ya no podía caminar.

Una vez, en 1939, fueron a visitarle a su cuartucho de madera, en Lince, dos personajes. Uno era el comandante Alfonso Vásquez Lapeyra, que se había apartado del aprismo para apoyar la candidatura presidencial de Manuel Prado. El otro, José Cristóbal Castro, aspirante a diputado en la misma ocasión. Este último había sido batallador líder portuario. Solo una cosa pedían a mi padre: que entregara su colección de periódicos obreros (*La Protesta, Los Parias, Los Oprimidos, Armonía Social*, etc.) a una Exposición de la Prensa Peruana. A cambio, le darían becas para sus tres hijos que bastante las necesitábamos. La respuesta fue serena: “Esos periódicos no me pertenecen. Son de los trabajadores. Yo no puedo negociar con ellos en beneficio de mis hijos”. Yo era un niño, y no conocía la respuesta que Prometeo, encadenado a las rocas, dirigió a Hermes, mensajero de Zeus: “No trocaría yo mi desdicha por tu servil oficio”.

Una vez, mi padre leyó a varios amigos un escrito mío. Eran versos de un muchachito que ya a los siete años había sabido lo que es ganarse el pan con el sudor de su frente. “¡Este chico va a ser un gran anarquista!”, exclamó un compañero. “¿Por qué? ¿Quién puede decirlo? Yo no le voy a imponer mis ideas”. Aquel día comprendí su grandeza moral.

Era en él básico ese respeto por los demás. En 1921, se realizó el Primer Congreso Local Obrero organizado por la Federación Obrera Regional Peruana, de tendencia anarcosindicalista. Delfín Lévano fue elegido secretario general del Congreso. Se discutió sobre la necesidad de que el certamen se pronunciase en pro del comunismo anárquico. Al final, él se levantó para proclamar su convicción a favor; pero precisar que “a nombre de los obreros panaderos, no puedo pronunciarme ni a favor ni en contra, por cuanto no he sido facultado para ello”. El texto fue recogido en *El Proletariado*, órgano de la F.O.R.P. de mayo de 1921.

Pienso que el caudal de experiencia no solo de los Lévano, sino de todos los dirigentes y la masa obrera de ese tiempo; que el temple moral de ellos, es lo que explican a un José Carlos Mariátegui, cristalización y desarrollo genial de una época.

## Muerte sin transfiguración

Delfín Lévano murió en setiembre de 1941. Antes que él y trabajando por mantener a su hijo y sus nietos, a los 76 años de edad, había muerto Manuel.

Murió Delfín en un asilo para pobres de Barrios Altos. Solo mi hermana menor y yo estábamos a esa hora a su lado. Era un mediodía de primavera. Él tenía el rostro rosado y los ojos limpios de los hombres puros, y una serenidad

sobrehumana. Una monja le pidió que se confesase. Con voz tranquila, él le dijo. “No voy a confesarme. Nunca he hecho mal a nadie. Todo lo contrario. Si Dios existe, no tengo nada que temer”. Se puso loca la monja. Gritó. Ejecutó, en medio de la sala, una danza histérica. Un corazón viril y tierno había cesado de latir. Después, una inmensa multitud despidió a ese hombre que había demostrado la capacidad de energía creadora, conciencia, coraje y cultura que palpita en el gran corazón de los trabajadores.

## La biografía de un rebelde

### Manuel Caracciolo Lévano

El 10 del presente mes falleció en esta capital, este viejo propagandista de las ideas socialistas libertarias y, como tal, amante fervoroso de la organización del proletario, como medio de que este consiga su mejoramiento económico, su desarrollo cultural, su depuración moral y su emancipación económico social.

Pocos, muy pocos hombres, son los que, como Manuel Caracciolo Lévano hayan mantenido sus principios e ideales con integridad moral, lejos del aplauso y del bombo y detestando siempre el medro, el acomodo y todo lo que apestara a farsa y servilismo. El ideal anárquico que entre nosotros, propalara don Manuel Gonzáles Prada, no fue para Caracciolo Lévano una mera especulación intelectual o un adorno de cultura; no: fue un ideal que se infiltró en su espíritu, que alentó su vida, que se hizo carne, nervio, sangre, en él. Por eso, siempre trató de ajustar todos sus actos a las ideas que propagara. Dentro de su pequeña estatura que aparentaba una debilidad física, se encerraban una recia contextura moral y una envidiable riqueza espiritual. Inteligente y estudioso, honrado, altivo y de claro discernimiento, era el hombre de la acción metódica; no gustaba de la palabrería altisonante ni de las fieras posturas del declamador irresponsable; le gustaba, dentro de su habitual modestia, hacer sembrar ideas, organizar los gremios obreros, trazar los nuevos rumbos de la ideología socialista libertaria y estar siempre al lado de los trabajadores cuando planteaban, dentro de la acción directa que él preconizara, sus reivindicaciones mejoristas y sus protestas contra los atropellos a los derechos del pueblo.

Manuel Caracciolo Lévano nació el año 1862 en el pueblo de Lurín. Hijo de padres campesinos, creció en un ambiente casi patriarcal y comunalista y en plena naturaleza, pues, Lurín, situado a una legua del mar, era en ese entonces un pueblo de agricultores donde cada padre de familia tenía su pequeña chacra en la campiña y su modesta casa en la ciudad. Recibió su primera instrucción en el mismo pueblo, bajo la dirección de un profesor español que, como



rara ave de paso, se radicó en Lurín por algún tiempo dedicando sus vastos conocimientos a la instrucción de la niñez en la escuela municipal de ese pueblo. Terminada su instrucción primaria, sus padres le enviaron a esta capital a seguir su instrucción secundaria en el antiguo colegio Labarthe, hoy desaparecido, para una vez terminada esta enseñanza, ingresar a la Universidad San Marcos, donde le sorprendió la guerra con Chile, alistándose como universitario y como simple soldado, en el ejército que se preparó para la defensa de Lima. Como tal, peleó en la batalla de Miraflores. Concluida la guerra del 79, ya no pudo seguir sus estudios, pues el ejército invasor a su paso por Lurín, al saquear e incendiar este pueblo, sumió a sus padres en la mayor pobreza.

En sus años de estudiante, las ideas liberales de Quimper, de Vigil y de otros apóstoles del viejo liberalismo peruano, ganaron su conciencia, y, entonces dedicóse al lado de otros estudiantes y profesores, a la divulgación de sus conocimientos y de las ideas liberales, en las conversaciones nocturnas que por esa época sostenía la Logia Masónica del Perú.

Vuelto a su pueblo natal se dedica a la labranza de la tierra ayudando a su padre. Poco después, se diploma de profesor de escuela, y se hace cargo de la escuela municipal de su pueblo. Por su contracción a la enseñanza se hace querer de sus alumnos y los padres de estos. Llega años después a ser secretario del Consejo Municipal y luego Alcalde; elegido por el voto popular de sus compoblanos. Sus ideas liberales le hacen afiliarse al Partido Demócrata: tiene un claro concepto de lo que es doctrinariamente, la democracia; no es un pierrolista; el caudillismo como la tiranía política es para él un mal. Combate la tiranía del gobierno de Cáceres y por tal causa es apresado y encerrado por algún tiempo en el cuartel de San Francisco. Salido de la prisión ocupa la secretaría del partido demócrata de su pueblo. Las vicisitudes de la vida y la persecución de que es objeto, le hacen venirse a Lima, donde se dedica al trabajo del cultivo del aceituno en una de las haciendas de los alrededores de esta ciudad. Lo poco que ganaba en este trabajo lo lleva a ingresar a la fábrica de cigarrillos "El Perú". Poco después se dedica al oficio de panadero, donde años después y por más de cuarenta años dedica todas sus actividades de propagandista de un ideal y luchador por las reivindicaciones proletarias.

Cuando la revolución contra la tiranía de Cáceres, él forma parte de un comité secreto encargado de arbitrar, de fondos, armas y hombres para el ejército revolucionario. Al entrar a Lima el ejército coalicionista bajo la dirección de don Nicolás de Piérola, él se alista en sus filas y, después del triunfo de la revolución vuelve a su trabajo, mientras otros buscan el lado burocrático, la representación rentada, honores y recompensas. Llevado a la presidencia de la república, el jefe demócrata, el año 1895, don Manuel Caracciolo Lévano sufre



una gran decepción: vio que el gobierno del pueblo por el pueblo mismo era una farsa; vio cómo se mixtificaba la voluntad popular, cómo se atropellaba los derechos ciudadanos, cómo se agotaba la libertad del pensamiento, se empastelaba imprentas por editar periódicos independientes; vio cómo se masacró a los indios en Huanta y otros pueblos por oponerse al impuesto a la sal de consumo y cómo se sableó a los obreros tejedores de Vitarte, obligándoles, una autoridad demócrata, a trabajar como esclavos bajo la vigilancia de un gendarme colocado al pie de cada telar: todo esto le hizo buscar nuevos horizontes a sus ideas. Y es entonces, donde el radicalismo doctrinario e idealista que propagara don Manuel Gonzáles Prada, gana terreno en su alma nacida para las ideas nuevas y para la lucha social. Se ampara de las ideas filosóficas sociales de Pedro Kropotkin, Eliseo...

Al ingresar a la Sociedad de Panaderos "Estrella del Perú", el año 1891, sus compañeros de trabajo lo eligen secretario de la asociación. Su espíritu inquieto ávido de reformas, no se conforma con el rancio mutualismo de las viejas sociedades obreras. Concibe un mutualismo más amplio, más humano y quiere una acción gremial que encare los problemas de la subsistencia y de la libertad. Pero tiene al frente la sólida muralla del fanatismo que lo mantiene aislado, solo, pero siempre con la pica de la verdad y la razón en ejercicio, siempre buscando prosélitos para su causa reformista.

En 1901 cuando el gremio de panaderos se declara en huelga general demandando aumento de salario y otras mejoras, Manuel Caracciolo Lévano desempeña la secretaría general y se destaca como el organizador y el agitador que no solo mantiene en estrecha cohesión al gremio, sino que, con sus vibrantes protestas y escritos contra el atropello policial que pretende acabar con la huelga, logra reanimar al gremio y conducirlo al triunfo. Desde entonces, ya no está solo: hay entre sus compañeros de trabajo, un grupo que se identifica con sus anhelos y le acompaña a preparar el terreno para las reformas en la organización del gremio y en la ampliación de su acción societaria y social.

En 1904, al estallar la huelga general de los estibadores del Callao, son sableados estos por los soldados y cae muerto por una bala, el huelguista Florencio Aliaga. El compañero Lévano, no puede tolerar que este crimen se consuma sin que la protesta y la solidaridad con los huelguistas se deje sentir. Y al efecto, logra que la Sociedad "Estrella del Perú" se solidarice con los huelguistas, siendo él, el portavoz de la protesta en el sepelio de Florencio Aliaga. Su discurso pronunciado ante la tumba de este, fue una protesta y una invitación a la lucha a los demás trabajadores de Lima y Callao. Por primera vez se deja manifestar el espíritu de clase, y en algunos centros obreros del Callao secundan la huelga de los estibadores, en cuyos movimientos Léva-

no interviene con su palabra y llevando el auxilio monetario de los panaderos de Lima.

Es por este tiempo que comienza a elaborarse los nuevos estatutos y declaración de principios por los congreantes Manuel Caracciolo Lévano, Leopoldo Urmachera, Teodoro Rodríguez, Juan Guerrero y otros. Al llegar el año 1905, es elegido presidente de la Sociedad de Panaderos y en el que se encarga en unión de un comité nuevo, de proclamar la transformación de la Sociedad de panaderos en Federación de Obreros Panaderos “Estrella del Perú”, con un programa de mejoras inmediatas, como la jornada de ocho horas, el descanso dominical, el auxilio en los accidentes del trabajo y en la vejez, el aumento de salario, etc., y sienta el axioma: “la emancipación de los obreros tiene que ser obra de los obreros mismos”; transformación que se efectúa el 1º de Mayo de 1905, conmemorándose al mismo tiempo la magna fecha del proletariado universal. Es en este día que Manuel Caracciolo Lévano pronuncia su memorable conferencia. “LO QUE SON LOS GREMIOS OBREROS EN EL PERÚ Y LO QUE DEBIERAN SER”, conferencia que es una crítica sincera, razonada, justa, al estado de abandono, conformismo y politiquerismo de la masa trabajadora, pero a la vez señala los nuevos rumbos que deben seguir los obreros al organizar sus gremios en sociedades de resistencia para luchar contra la explotación y el monopolio capitalista.

Los obreros tejedores de Vitarte en 1906 se declaran en huelga pidiendo varias mejoras económicas y reformas en el trabajo. Allí va Lévano llevando su palabra y el apoyo económico de la Federación de Obreros Panaderos. Se afana por despertar la solidaridad de los demás gremios y no se da punto de reposo hasta conseguir la victoria y la asociación de los obreros vitartinos; sus conferencias “La huelga” y “Después de la huelga”, logran consolidar para siempre la Unificación Obrera Textil de Vitarte, sobre bases modernas. Así mismo contribuye, después, a organizar la Unificación Proletaria Textil de la fábrica de Santa Catalina, la “Unificación” de los obreros tejedores de Vitarte, la Sociedad en Resistencia de Obreros Galleteros y Anexos, la Sociedad de Cocheros “Unión y Firmeza”, que después, con el aumento de los automóviles que sustituyeron a los coches, se transforma en el Centro de Choferes. En esta época que abraza algunos años, Caracciolo Lévano, se entrega de lleno a la obra de organización obrera. Pronuncia varias conferencias, no solo en las nuevas organizaciones sino también, en las sociedades mutualistas, donde siempre deja oír sus ideas y principios renovadores.

En 1912, es uno de los principales organizadores de la Federación Obrera Regional Peruana y forma parte de la comisión que redacta la Declaración de Principios de esta Federación. Asiste como delegado de la Federación de Obre-



ros Galleteros y Anexos a la magna jornada por las ocho horas en el Callao el año 1913, tomando parte activa en la obra de agitación que precedió a la huelga general en ese puerto.

En todas las huelgas del gremio de panaderos de Lima, él se multiplica en la labor de secretaría, ya redactando manifiestos y circulares, ya planteando los medios necesarios para conseguir la victoria: organiza a los obreros panaderos de Chorrillos, Barranco y Miraflores en una sola asociación.

Sí, múltiple era en la propaganda de sus ideas, rebelde y valeroso era frente al peligro. Recordamos que, cuando se produjo la huelga general por las ocho horas en Lima el año 1913, un pelotón de caballería, a sablazos trata de disolver al gremio de panaderos que estaba en su campamento de huelga: Manuel Caracciolo Lévano, toma el estandarte de la Federación y, bajo las patas de los caballos, avanza arengando a sus compañeros, los que viendo la actitud de este viejo, se reaniman y le siguen en manifestación de protesta hacia el Ministerio de Fomento, donde, en ese momento se discutía el pliego de reclamos de todos los gremios frente a todas las comisiones patronales. En otra ocasión, alguien que tenía por qué saberlo, entra al local donde el gremio de panaderos reunido en Asamblea General con motivo de estar en huelga, y dice que se había impartido orden de prisión por parte del Intendente de policía, para los compañeros Lévano, padre e hijo, y que trataran de ponerse a salvo. Caracciolo Lévano declara, lleno de indignación, que él no abandona su puesto de lucha en momentos en que el gremio defiende sus intereses y derechos. Minutos después, la policía llega e invade el local de sesiones, pero un compañero apaga la luz y a oscuras, se disuelve la Asamblea por cuenta propia, y el compañero Caracciolo logra salvarse de caer preso para continuar después en su mismo puesto hasta el triunfo de la huelga.

Por sus ideas y su actividad sufrió persecuciones y amenazas de la policía; se vio rodeado muchas veces de la mayor miseria. Pero él no se doblegaba jamás ante estos sinsabores e infortunios. Deja muchos artículos y conferencias. Escribió en los periódicos obreros: *El Oprimido*, *La Agitación*, *El Hambriento*, *Simiente Roja*, *Humanidad*, *La Protesta*, *La Voz del Panadero*. *El Obrero Panadero*, *Armonía Social* y otras hojas, firmando sus artículos con su nombre propio y, a veces, con los seudónimos: Comnavelich y Manuel Chumpitás.

En estos últimos años ya no frecuentaba los medios obreros. Lo avanzado de su edad no le permitía ya su actividad de sus años juveniles y viriles. Pero vivía alegre y orgulloso que su hijo Delfín continuara su obra de organización obrera y divulgación de sus ideas libertarias. Tampoco podía ya trabajar en su oficio, pero no por eso abandonó a su gremio, asistía a las asambleas de la Federación de Panaderos, llevando sus opiniones y consejos para la mejor marcha de la organización.



Ha muerto fiel a sus convicciones y en pleno conocimiento de sus facultades, sin temor a la muerte, pues, minutos antes de expirar, hizo que todos sus hijos, sus nietos, su señora y su hermana le rodearan la cama, y después, comenzando por sus nietos, se despidió de todos, uno por uno, estrechándole las manos y dándoles el último abrazo, antes de emprender su viaje hacia lo desconocido. Después, pidió papel y pluma para escribir y, entre algunos encargos a su familia, escribió: soy padre pobre, pero a nadie debo nada. La muerte le sobrevino con la pluma en la mano, cuando, tal vez, quería escribir algo más.

Nosotros, que le conocimos muy de cerca y que le apreciamos muy de veras, trazamos estas líneas, ligero apunte biográfico, de un obrero que entregase todo, sin bastardas ambiciones, a la causa de los trabajadores. Y hemos de decir que: en las filas del proletariado será difícil que surja otro compañero como Manuel Caracciolo Lévano, leal discípulo de ese otro immaculado apóstol de la redención obrera, que se llamó Manuel González Prada.

Los obreros panaderos, jamás podrán olvidar a Manuel Caracciolo Lévano. Y ojalá, su puesto abandonado sea llenado prontamente.

Emilio Costilla Larrea

Lima, 15 de junio de 1936

Publicado en *El Guante de Lima*

## 1919: La tempestad obrera

Vitarte fue la capital obrera del Perú a principios de siglo. En la palabra de un hombre que jugó allí un rol protagónico, sobre todo en la fase final de la lucha por las ocho horas, hallará el lector una imagen desbordante de historias en que se cruzan sindicalismo, teatro, personajes políticos, literatura, periodismo, etc. Las raíces de tan apasionante historia arrancan, en el Perú, del acto de los panaderos de Lima en 1905, en un acto organizado por la Federación de Obreros Panaderos “Estrella del Perú” que presidía Manuel Caracciolo Lévano, mi abuelo, y en el cual habla don Manuel González Prada.

El segundo gran paso fue el paro por las ocho horas, acordado a iniciativa de Delfín Lévano en enero de 1913, y que condujo a esa conquista para los jornaleros del Callao.

*La Protesta*, un órgano obrero que editaba cinco mil ejemplares a la semana en 1911, fue tribuna viril, núcleo organizador, parte viva de una epopeya tercamente ignorada o desfigurada.

Presento enseguida el texto de la entrevista que hice a Héctor Merel, para la revista *Caretas*, del 21 de mayo de 1973.

**César Lévano:** Me interesa su opinión sobre el planteamiento de *Expreso* el Primero de Mayo, según el cual José Carlos Mariátegui fue el ideólogo de las ocho horas, “al lado de los dirigentes Barba, Gutarra y Fonkén...”

**Héctor Merel:** Respeto la enorme figura de José Carlos Mariátegui, pero sobre esto tengo que decir: él no fue el ideólogo de las ocho horas. Como periodista dio cuenta de los informes que se le enviaban; pero no podía ser el ideólogo, porque aún no existían vinculaciones a fondo entre él y el movimiento obrero.

En cuanto a Carlos Barba, Nicolás Gutarra y Adalberto Fonkén, esa mención obedece al entrevero que han hecho algunos politiqueros. Ese trío descuella en realidad en el paro de las subsistencias, en mayo de 1919. En vista de que habíamos triunfado en las ocho horas, los gremios de Lima pidieron que Vitarte se hiciera cargo del movimiento prorebaja de las subsistencias. Nos opusimos, porque teníamos que trasladarnos a pie. Si nos tomaban presos en el camino, se arruinaba el movimiento. La reunión Proabaratación de las Subsistencias se realizó en la Sociedad Trece Amigos, en el jirón Sandía. Allí se eligió como Secretario General a Carlos Barba, que desempeñó un papel extraordinario. Como Defensor de la Vivienda se nombró a Adalberto Fonkén, y como Defensor de las Subsistencias, a Nicolás Gutarra.

**C. L.:** Se confunde el paro de las ocho horas, que fue en enero de 1919, con el paro de las subsistencias, que fue en mayo de ese año. El propio don Carlos Barba ha aclarado el asunto. Incluso ha recordado cómo fue detenido en el momento del primer paro (ver *Caretas* N° 434, 28 abril - 13 mayo de 1971).

**H. M.:** Lo que sí debo decir, es que Gutarra fue activista en el momento del paro de las ocho horas. Fue tan activista que hasta llegó a presidir una asamblea en el local de la Biblioteca Ricardo Palma (cuartel general de los huelguistas). Fue él, como presidente de la mesa, uno de los que aceptó la ponencia de los delegados estudiantiles (entre ellos Haya de la Torre), que para mí fue error grande: la de proponernos las nueve horas de jornada diaria (ocho horas de labor y una adicional con pago extra) que habían arreglado con el ministro Ángel Vinelli. Yo estaba en una galería, al fondo, y lancé mi grito de protesta, porque era el ponente en Vitarte para que el paro fuera por las ocho horas, Gutarra me dijo después: “¡Cómo te has portado conmigo así!”. Yo le manifesté: “Primero son los designios del trabajo, después nuestra amistad”.

**C. L.:** ¿Desde qué año trabajó en la fábrica Vitarte?

**H. M.:** Desde 1911. Tenía trece años de edad. Entré pocos meses antes de la fundación de la Unificación Textil Vitarte.

**C. L.: ¿Trabajaban Luis Felipe Grillo y Adalberto Fonkén en Vitarte cuando usted ingresó?**

**H. M.:** A Luis Felipe Grillo no lo he conocido. Fonkén trabajaba junto conmigo. Es decir, no en la misma máquina, sino en el mismo pasadizo. La máquina de él y la mía estaban frente a frente. Fonkén era ya un anarquista definido. Pertenecía al grupo *La Protesta*. Hizo buenas migas conmigo porque yo pertenecía al grupo *Luz y Amor*.

**C. L.: Alguna vez me contó usted que Fonkén le había dicho que no le hablara, porque lo podían despedir...**

**H. M.:** Fonkén creía que me podían despedir, porque él ya estaba remarcado en la fábrica como hombre de lucha. Yo era una criatura en el asunto.

**C. L.: ¿Cuántas horas se trabajaba en Vitarte en 1911?**

**H. M.:** Se trabajaba doce horas; pero al poco tiempo se empezó a trabajar diez horas. En la lucha del año 1911, cuando botamos la paila, se cambió la jornada.

**C. L.: El periódico *La Protesta* salió por primera vez el 10 de febrero de 1910. La Unificación Textil Vitarte se funda el 26 de mayo de 1911. ¿Entraba *La Protesta* a Vitarte cuando usted ingresó?**

**H. M.:** Antes de la paila ya entraba *La Protesta*.

**C. L.: ¿Quiénes eran los miembros del grupo *La Protesta* en Vitarte?**

**H. M.:** Eran Adalberto Fonkén, Julio Portocarrero, Fernando Borjas, y un grupo grande donde estaban Manuel Casabona y uno que había sido teniente de Caballería y después regresó al Ejército, porque fue llamado por Leguía, Melquiades Arroyo. Eran unos veinte los que sostenían al grupo. Se llevaban cien o doscientos ejemplares, que se repartían gratuitamente. El día sábado se hacía una erogación. Unos daban cinco centavos, otros diez.

**C. L.: ¿Cuál era el salario en Vitarte?**

**H. M.:** El obrero común ganaba un sol cincuenta, y a partir de 1915, un sol sesenta y cinco. El trabajador al destajo sacaba un salario promedio de tres soles cincuenta.



**C. L.: ¿Quiénes del grupo *La Protesta de Lima* iban a Vitarte?**

**H. M.:** Iban Delfín Lévano y, con más frecuencia, Aguirre y Eulogio Otazú.

**C. L.: ¿Cuál fue la participación de usted en el paro de las ocho horas de 1919, no en el de las ocho horas de 1918, que es otra historia?**

**H. M.:** Hago mal en decirlo; pero fue sumamente activa. Con Manuel Casabona y Julio Portocarrero fuimos delegados de Vitarte con poderes especiales. Vitarte convino con los de la fábrica Inca en ir a la huelga por las ocho horas, y que ninguno de los dos sindicatos (Unificaciones, se llamaban entonces) podía firmar acuerdos por separado. Llegados al local del Inca, Julio Casabona ocupó la presidencia del Comité Central Ejecutivo de la Huelga; Julio Portocarrero y Héctor Merel fueron asignados a la propaganda en las fábricas. A mí me asignaron La Victoria, San Jacinto y La Unión. Donde más duro resultó fue en San Jacinto, porque allí maestros y obreros salieron con garrotes y con llaves de hierro a quererme golpear en la línea del tranvía que entonces iba a Magdalena. Pero nos pasamos a un restaurante de Volleberg, y allí formamos el Comité de Huelga. En La Victoria, hice las gestiones para que se designara presidente de la Unificación a Juan Guerrero Químper; pero cuando se declaró el paro, él se fue a Ica y no vino hasta después, cuando ya se había conquistado la jornada. Posteriormente, me mandaron al Callao. Allí paralizamos el Muelle y Dársena, así como varios talleres de mecánica. Después, tuve la suerte de que el día 12 de enero de 1919 en la sesión de Vitarte, se acordara ir al paro general. Me vine a Lima a pie, por la vía del ferrocarril. Vinimos con un compañero Boluarte, de Vitarte, hasta la calle Piura, o sea, Francisco Pizarro 898. El Comité Central no estaba reunido allí sino en el local de la Sociedad Hijos del Sol. Fuimos allá, a la calle Penitencia.

Llegamos al Comité, y encontramos que el presidente ya no era Casabona, sino Fausto Nalvarte, también de Vitarte. Comunicué el acuerdo de ir al paro. Consultó a todos, y todos aceptaron ir al paro. Este se proclamó el día 12 de enero de 1919. Salimos de allí a las dos de la mañana, y lo primero con que nos topamos fue un “lechucero”, un tranvía que trabajaba de noche desde el Parque de la Exposición a la Portada de Guía. Lo derribamos bajo los balcones del Palacio de Gobierno. Seguimos subiendo, y encontramos una carreta que salía a repartir el pan, y a esa también la volcamos... para que tuviera pan todo el mundo. Eran las cinco de la mañana. De ahí siguió la lucha, hasta que fuimos a dar al local de la Biblioteca Ricardo Palma. Debo advertir antes que fui dos veces con Julio Portocarrero llevando una comunicación del Comité Central de Huelga a la Federación de Estudiantes del Perú. La segunda vez, la entregó

Julio. Nos acompañó un muchacho Bartra que había sido tejedor y estaba trabajando en la Central Hidroeléctrica de Yanacoto. Cuando entregamos la segunda carta a Felipe Chueca, presidente de la Federación de Estudiantes, el señor Víctor Raúl Haya de la Torre virtió unas cuantas palabras. Y nada más. La delegación estudiantil no aparece hasta el día 13, a las once de la mañana, en el local de Ricardo Palma. Estaba compuesta por Valentín Quesada, Bruno Bueno de la Fuente y Víctor Raúl Haya de la Torre.

**C. L.: Es decir, que la delegación estudiantil se hace presente cuando ya el paro general era un hecho...**

**H. M.:** Un hecho rotundo. Ya estábamos en plenos combates en las calles de Lima.

**C. L.: En el libro *Medio siglo de vida sindical en Vitarte*, del dirigente obrero Demetrio Flores Chicarro, se dice que la idea de convertir la huelga acordada por los tejedores de Inca en huelga por las ocho horas partió de la Sección Hilanderos de Vitarte. ¿Cómo ocurrió?**

**H. M.:** La moción la propuse yo. Cuando llegaron a Vitarte los veinte delegados del Inca, nos reunimos para contemplar el asunto de su huelga. Se había dado la ley de ocho horas para la mujer y el niño, el 25 de noviembre de 1918...

**C. L.: Entre el 5 y el 10 de diciembre se realizó en el Rímac el Congreso Obrero en que se crea la Federación Obrera Local y se proclama la necesidad de ir a la conquista de las ocho horas. Por otra parte, en *La Protesta* en el número 73, de la primera quincena de diciembre de 1918, se escribe que, a raíz de haberse dado las ocho horas para mujeres y niños, los trabajadores textiles se preocupan “de implantar las ocho horas para todos y pedir un aumento de salario, que nivele el que perciben trabajando diez horas”.**

**H. M.:** Eso es cierto. Lo que sí debo decirle es que el doctor José Matías Manzanilla me había mandado llamar en el mes de febrero de 1918 por medio del señor Ricardo Heredia. El doctor Manzanilla me preguntó cómo era el trabajo de la mujer y del niño en Vitarte. Yo le di los datos necesarios. Fui unas cinco veces. Cuando salió la ley, me vine a dar cuenta del propósito. Ahora, en Vitarte el porcentaje de niños, mujeres y adolescentes abarcaba quizá el 40 por ciento. Cuando las mujeres y los niños paraban el día sábado después de completar sus 45 horas, daba por resultado que faltaba material el día lunes para que comenzaran a trabajar las máquinas.

**C. L.: ¿Cómo conoció a José Carlos Mariátegui?**

**H. M.:** Lo conocí en una conferencia que daba don Manuel González Prada en el grupo anarcosindicalista *Luz y Amor*, en el jirón Huancavelica. Allí vi por primera vez a este hombre a quien tengo que rendir pleitesía por su acción. No me alcanzan las palabras de admiración hacia Mariátegui.

**C. L. ¿En qué año fue ese primer encuentro?**

**H. M.:** En 1911.

**C. L.: ¿En 1911? ¿Seguro? Porque entonces Mariátegui tenía 16 años**

**H. M.:** Era muy jovencito. Yo era menor. Posteriormente, lo vi en 1917. Teníamos en Vitarte el Cuadro Artístico “9 de enero”. Para la primera representación de *El Cristo Moderno*, obra de Tolstoi en la que trabajó Adalberto Fonkén, necesitábamos actrices, porque todavía no había mujeres de Vitarte en el elenco. Contratamos los servicios de doña Mercedes viuda de Díaz y de sus hijas Eloísa y Socorro Díaz, que eran gente de teatro. Posteriormente contratamos los servicios de doña Rosa Leguía y su hija Budinici. En el Cuadro Artístico “9 de enero” dimos todo el teatro de Florencio Sánchez: *Las de enfrente*, *Barranca abajo*, *M’ hijo el doctor...* En junio de 1917 me llegó a Vitarte el nombramiento de corresponsal de *El Tiempo*. Un señor Oswaldo Santillana, que me había ayudado para conseguir las actrices, fue quien me llevó el nombramiento. Así fue cómo volví a encontrar a Mariátegui, en la redacción de ese diario. Durante la lucha por las ocho horas, todos los documentos obreros se le enviaban a *El Tiempo*, y, posteriormente, a *La Razón*, donde estaba él y César Falcón. Posteriormente, cuando Mariátegui retornó de Europa, continuó nuestra amistad. Formé parte del equipo que formó *Amauta*. Cuando él fundó el Partido Socialista, me invitó a ingresar. Le dije que le iba a contestar; pero nunca lo hice. Lo que me habían enseñado en la parte activista de la lucha era no pertenecer a partidos políticos, para conservar la unidad proletaria.

**C.L.: ¿Indica eso que Mariátegui mantenía relación amistosa con los anarquistas?**

**H. M.:** ¡Siempre! Muy allegada. Por ambas partes. Delfín Lévano, su padre, visitaba a Mariátegui. Todos los anarcosindicalistas lo han visitado y han polemizado con él. En el grupo *La Protesta* y en el grupo *Luz y Amor* nunca se habló contra José Carlos. Se reconoció siempre su línea limpia y su trayectoria honesta en la lucha política. Después de la fundación de la Universidad Popular González Prada, Mariátegui concurría a Vitarte.



**C. L.:** Cierta vez, en la Sociedad de Autores y Compositores del Perú (SAYCOPE), usted contó una anécdota trascendental con relación a César Vallejo. Por eso le pregunto: ¿cómo conoció a Vallejo?

**H. M.:** El grupo *La Protesta*, que tenía el “Cuadro Artístico Germinal”, dio un recital obrero. El grupo lo formaban panaderos y gráficos principalmente. Con el “9 de enero” convinimos en dar juntos un recital en el Teatro Fore-ro, hoy Municipal. El Teatro se llenó totalmente. Hasta por las claraboyas se veían espectadores. En ese entonces, el Primero de Mayo era día de protesta. Bueno, el hecho es que a raíz de las ocho horas, ya existían vínculos con los estudiantes. Y fue así como participaron en el acto los poetas César Vallejo y Enrique Bustamante y Ballivián. Vallejo había salido del “Dos de Mayo” y en el teatro recitó “En el hospital”. No sabemos si fue una improvisación o una poesía ya escrita. La he buscado en todos los libros, y no la he encontrado. César Vallejo era admirado ya en el mundo de los trabajadores. La acogida fue magnífica.

**C. L.:** ¿En qué año fue esto?

**H. M.:** En 1922, posiblemente. Porque ya después Vallejo no ha estado acá y yo tampoco. He estado viajando por todo el Perú.

---

**Nota de César Lévano:** En *Trilce* hay un poema escrito hacia 1922, sin título que parece ser el que Merel menciona. Lleva el número LV. Es el que comienza: “Samain diría el aire es quieto y de una contenida tristeza...” e incluye versos como estos: “Un enfermo lee La Prensa, como en facistol / Otro está tendido palpitante, longirrostro... y se está casi ausente / en el número de madera amarilla / de la cama que está desocupada tanto tiempo / allá... / enfrente”.

## Primera victoria de las ocho horas

### Cito párrafos de Pedro Parra:

“Francisco fue uno de los primeros en llegar al lugar de la cita, un cine popular llamado “Carpa de Moda”, ubicado en la calle Lima, cuyo propietario, un señor Baldwin, lo había cedido desinteresadamente. Cerca de una hora después se dio comienzo a la asamblea. La presidían unos señores de barbas y bigotes, el menor de los cuales no bajarán de los 40 años de edad.

Eran los presidentes de otras tantas asociaciones gremiales que, por aquel tiempo, tenían carácter mutual.

Dos de los oradores atrajeron especialmente la atención de Francisco. Los dos eran de raza indígena, de baja estatura y amplio tórax. Se llamaban Nicolás Gutarra y Delfín Lévano. Gutarra se exhibió como un orador formidable y su discurso fue constantemente interrumpido por aplausos. Denunció a la burguesía como a fieras a las que se debía combatir hasta su aniquilamiento, lo mismo que a sus aliados y sostenedores, curas y militares. Pero en cambio, no expuso, la forma de realizar esa lucha, ni cómo se organizaría la sociedad una vez eliminados todos aquellos a quienes él calificaba como elementos nefandos. Su elocuencia residía casi exclusivamente en una voz sonora y en la fe de fanático que se advertía en la expresión de sus conceptos. Lévano, por el contrario, era un hombre-idea, parecía hablar para que lo entendieran todos, sin importarle si lo aplaudían o no. Francisco le oyó decir, entre otros conceptos, lo siguiente: “Es cierto que el mundo descansa sobre los hombros de nosotros, los trabajadores, y el hecho se nos presenta o se nos explica como algo natural, que durará eternamente. Y es cierto también que esa manera de apreciar el fenómeno social corresponde precisamente a todos los que se benefician con este estado de cosas. Pero nosotros que somos sus víctimas, tenemos necesidad de demostrar que no estamos dispuestos a seguir soportando su esclavitud. Sin embargo, el grupo *La Protesta* no pretende plantear ahora mismo una lucha por nuestra emancipación total, porque ella sería muy dura y son escasas las posibilidades de triunfo, sino algo más sencillo, susceptible de lograrse, si los trabajadores se unen solidariamente. Propongo, pues, que todos los gremios representados en esta asamblea presente a sus explotadores pliegos de reclamos, cuyo primer punto debe ser el establecimiento de la jornada de ocho horas”.

Lévano siguió hablando por espacio de unos veinte minutos y, cuando terminó, una salva de aplausos indicó de modo indudable que su proposición había sido aceptada. En efecto, varios de los dirigentes que rodeaban el estrado expresaron su conformidad con ella. Pero Fernando Vera, Presidente del Gremio de



Jornaleros, fue más entusiástico, pues ofreció llevar el asunto a la próxima Junta General de su gremio, que tendría lugar el jueves de esa misma semana”

“El paro fue total en El Callao, no así en Lima, donde la represión encarceló a los dirigentes sindicales.

El 10 de enero de 1913, la empresa del Muelle y Dársena del Callao, comunicó que aceptaba la jornada de ocho horas. De esta manera, la bandera de lucha enarbolada por Manuel Caracciolo Lévano, el 1 de mayo de 1905, se convertía en realidad gracias a la iniciativa de su hijo Delfín.

## 1913: paro por las ocho horas

**De:** *La verdadera historia de la jornada de las ocho horas*

Para desbaratar la fábula de que las ocho horas son en el Perú una conquista debida a Víctor Raúl Haya de la Torre, bastaría indicar lo siguiente: el primer triunfo de la reivindicación se produjo en 1913, en el Callao. En esa época, Haya se encontraba en Trujillo: era un jovencito mimado por su aristocrática familia. Tenía 18 años de edad.

La batalla de 1913 por las ocho horas marcó un punto altísimo en el desarrollo de la lucha de clases en nuestro país. Señaló el ingreso a la tercera y última fase del período que estamos examinando

Delfín Lévano preparó en 1931, con ocasión de un beneficio que se hizo en su favor por estar postrado a raíz de brutales torturas del régimen de Leguía, un trabajo intitulado *Mi palabra*, más tarde impreso en folleto, del cual hay copia en la Biblioteca Nacional. He aquí cómo relata en ese escrito la iniciación de la lucha del 13:

A fines de noviembre de 1912 se iniciaron las primeras reuniones preliminares en el local de la “Unión General de Jornaleros” (del Callao. Nota de C.L.), celebrándose la primera Asamblea Popular en el Teatro Municipal de ese puerto con el fin de discutir y formular el pliego de reclamos y otros puntos de mejoramiento económico y social... La campaña estaba hecha. El entusiasmo, la solidaridad, el despertar de la conciencia obrera, habían respondido a las clarinadas de lucha y de defensa colectiva. La gran difusión de folletos y periódicos de propaganda libertaria y sindicalista, así como las conversaciones y conferencias del grupo anárquico, editor de *La Protesta* y de la Federación Obrera Regional Peruana, habían coronado la obra.

El cinco de enero se presentó el pliego de los jornaleros del Callao. Se pedía ocho horas de labores diarias, aumento de salarios, auxilio en caso de acciden-



tes y otras mejoras. Se dio a la empresa de Muelle y Dársena del Callao un plazo de 24 horas, vencido el cual se inició la paralización.

## La invencible solidaridad

Pronto entró en acción la solidaridad proletaria. Metalúrgicos, molineros, panaderos, tipógrafos, trabajadores del gas y de las bebidas se sumaron a la huelga.

El paro se extendió tan avasalladoramente, que el presidente Billingham, atemorizado, puso a Lima en estado de sitio. En la ciudad otrora conventual, el cierrapuertas volvía a funcionar; pero era un cierrapuertas de fondo nuevo: los que se parapetaban eran solo los privilegiados de las calles céntricas. En las vías principales mandaban los huelguistas. Sobre el adoquinado limense, los cascos de los caballos de los soldados resonaban como disparos secos.

*Varietades* del 18 de enero daba cuenta de la situación en estos términos: “¡Viva la jornada de las 8 horas!”. Tal es el grito en El Callao, en Lima, en los fundos cercanos, repercute y se dilata a todas horas, desde las frescas orillas del mar hasta las polvorosas sendas de los callejones de las haciendas. Hasta la tranquila y rústica paz aldeana va el bullicio desordenado de las nuevas conquistas; y en el ambiente flota un sordo malestar de desconfianza de los industriales y un sostenido clamoreo de esperanza de los obreros. Lo que aún no flota es la solución al conflicto...”.

Luis Felipe Grillo, el patriarca sindical de quien ya hemos hablado, nos cuenta que, en la Prefectura de Lima, donde estuvo detenido, los guardianes del orden salían y entraban, subían y bajaban, presas de nerviosismo. En ese viejo local de la calle Pescadería, vecino a Palacio, se escuchaba continuamente el grito empavorecido: “¡Se viene la Comuna! ¡Se viene la Comuna!”. Los guardianes del orden temían que, como los obreros de París en 1871, los trabajadores peruanos se lanzaran al asalto del poder. “Todos estábamos dirigidos —agrega Grillo— desde “la capillita”, como llamábamos a la casa de Mapiri donde vivía Delfín Lévano. Todos éramos obreros. El paro fue en Lima y Callao. Los tejedores, los panaderos y los jornaleros del puerto fueron los más activos. En Trujillo, el “negro” Reynaga agitaba el ambiente. También paró el ferrocarril. El movimiento comenzaba a extenderse por las haciendas”.

## Victoria

Ante el empuje del proletariado, los patronos tuvieron que ceder. El 10 de enero de 1913 —fecha magna para la clase obrera peruana—, la empresa del Muelle y la Dársena del Callao aceptaba las ocho horas y las demás reclamaciones.

Al día siguiente, el presidente Billinghurst consagraba, mediante decreto, el triunfo de los trabajadores del puerto, y prometía enviar al parlamento un proyecto de ley que extendiera la nueva jornada de trabajo a todos los asalariados.

En Lima, el movimiento había sido decapitado al ser apresados los principales dirigentes proletarios. Por ello, la conquista de las ocho horas no pudo plasmarse en forma general. Con todo, los obreros panaderos, que habían reclamado ocho horas y aumento salarial de 20 por ciento, levantaron la huelga, pero con reducción a diez horas de la jornada, y con un aumento de 15 por ciento. Además las energías generadas por el paro, así como el triunfo chalaco, dejaron un remanente poderoso de organización, solidaridad y espíritu de lucha.

Cabe recordar en esa batalla brillante a Fernando Vera, presidente de la Unión General de Jornaleros, aunque más tarde se afilió a las huestes del presidente Billinghurst.

Luis Felipe Grillo es un patriarca del sindicalismo peruano, como que fue actor de la primera huelga de solidaridad en Vitarte en 1906 y de cien otras huelgas textiles o de otros gremios. En una conversación que sostuvimos con él hace poco en su cuartucho de Mendocita, nos dijo: “Al comenzar el siglo, en Vitarte trabajábamos unos días de siete de la mañana a diez de la noche, otros días de siete de la mañana a nueve de la noche”.

Hasta pocos años antes, las jornadas de trabajo llegaban a 16 horas. En setiembre de 1896 estalló en Vitarte una huelga casi espontánea, puesto que no había organización sindical alguna. Esa acción fue brutalmente reprimida por la fuerza pública. La Casa Grace, dueña de la fábrica, llegó al extremo de incendiar un depósito de algodón y tratar de culpar a los trabajadores. A raíz de estos sucesos, una “diputación” de los obreros acudió donde el presidente de la república, Nicolás de Piérola. “Cada uno de los presentes —informó el diario *El País*— dirigió la palabra a SE, quejándose que el salario es insignificante, que el trabajo es muy recargado, durando de 6 am a 10 pm y que sufren hostilidades continuas, como el descuento proporcional cuando se atrasa la hora de entrada”. Por supuesto, “don Nicolás”, el clerical y populachero don Nicolás, advirtió que no era aceptable el imponer a los patronos tal o cual salario, sino que el acuerdo debía hacerse “por medio de un arreglo mutuo libremente celebrado”. ¡La mansísima teoría de la “mesa redonda” que hoy esgrimen los jefes apristas!

Tiempos crueles, de capitalismo irrefrenado por la lucha sindical. Apenas una hora para el almuerzo y otra para la cena, dados ambos por la fábrica en unas pailas antihigiénicas, como de cárcel. Además, salarios de nueve a diez soles por semana. El despedido no tenía un céntimo de indemnización.

Las cosas no podían seguir así. El capitalismo, ese monstruo voraz, procrea al joven gigante que ha de vencerlo y que entrena sus fuerzas en la lucha por



la organización sindical, al calor del reclamo histórico de las ocho horas. En 1871, la primera fábrica de tejidos moderna, la de Vitarte, había introducido la explotación arriba descrita, pero también a los dirigentes abnegados como Luis Felipe Grillo. En 1890, el italiano Bartolo Goggio funda la fábrica de tejidos Santa Catalina y, para abastecerse de energía, organiza ese mismo año, con Pedro Ugarteche y Guillermo Espantoso, la primera planta hidroeléctrica de Lima. A comienzos de siglo, la producción de petróleo pasa de unos cuantos miles de kilos a 16 millones de kilos. La energía, signo de la era industrial, crece en el Perú. Han comenzado a agitarse las fuerzas encerradas en la naturaleza y las fuerzas encerradas en la masa obrera.

Evidentemente, las cosas no podían seguir como antes. Las sociedades de artesanos no satisfacían ya a los más clarividentes de los trabajadores. Apenas sirven, ha dicho González Prada, para honrar santos y enterrar muertos. “El pierolismo nos ha engañado”, escribe Manuel Lévano en su diario de obrero. Toca a la clase obrera organizarse sindicalmente, luchar en forma independiente.

## **El primer comunista obrero**

Julio Portocarrero encarna una de las páginas más intensas del proletariado peruano. Estuvo a los 13 años en la fundación de la Unificación Textil de Vitarte en 1911; fue uno de los dirigentes del paro de las ocho horas en 1919; en 1927 fue el primer dirigente obrero peruano en viajar a Moscú, al V Congreso de la Internacional Sindical Roja; fue uno de los siete fundadores del Partido Socialista creado por José Carlos Mariátegui y el primer secretario general de la CGTP. Lino Larrea fue textil en Vitarte desde los 12 años de edad, discípulo directo de Mariátegui y primer subsecretario general de la CGTP. Como se registra en un libro de Georgette viuda de Vallejo, Lino Larrea fue —sin quererlo, ciertamente— causa de la expulsión de César Vallejo de Francia. Vallejo había ido a despedir al dirigente obrero, que regresaba de Moscú... lo que sigue son fragmentos de una vasta conversación grabada con ambos, que proseguirá, respecto a los primeros años del Partido Comunista en el Perú.

En un cuarto de callejón de la calle Miraflores, a una cuadra de la Plaza de Acho, en el Rímac, nació Julio Portocarrero el 5 de setiembre de 1898. Solo dos años de estudios primarios fueron preludio para su ingreso al trabajo. Es una constante de la época “Me interesa precisar”, indica, “que ingresé a Vitarte en octubre de 1910”. En sus recuerdos de infancia camina el abuelo, que narraba interminables historias de sus días con los montoneros de Cáceres en La Breña. “Eso es todo lo que quiero referir al respecto”.



Lino Larrea, Isaías Contreras y Julio Portocarrero sufrieron momentos difíciles para el proletariado peruano. Una modesta vivienda, parece decirnos él, muestra que las dificultades no han terminado.

Este cuarto de callejón en que vive don Julio desde 1940 tiene para mí un aire familiar. No solo porque aquí se evoca a Delfín Lévano recibiendo en un escondrijo a los textiles de Vitarte que alistan su huelga de 1911, que ha de conducir al primer paro general de nuestra historia. Su austeridad de dos cuartos y libros y papeles precipita en mí la emoción del rincón en que nací y viví hasta los 27 años de edad. Solo la luz eléctrica y una pequeña refrigeradora han alterado el antiguo menaje. Sobre un aparador breve, varias naranjas ponen planetas de color, vista al campo.

—Cuando llegué a Vitarte no había absolutamente ningún movimiento gremial. Incluso la cuestión deportiva estaba bastante decaída. Al poco tiempo, los pocos trabajadores más jóvenes tomaron medidas para reorganizar el Sport Vitarte. Después participé en la huelga de 1911. Fue una huelga que se lanzó por la supresión del trabajo de noche. Cuando yo entré, trabajábamos desde las seis y media de la mañana hasta las nueve y cuarto de la noche, con una hora para el almuerzo, otra para la comida y un cuarto de hora para el desayuno. El turno de noche empezaba a las siete de la noche y terminaba a las nueve y cuarto de la mañana.

El primer salario de Portocarrero, como aprendiz de devanador, fue de siete soles semanales. Algunas veces llegaba a los ocho o nueve.

—Cuando la huelga, yo no sabía lo que era eso. A pesar de entender qué significaba pedir mejoras y alivio en el trabajo, mi interés era sobre todo saber cómo era una huelga. El movimiento nació de una reunión ilegal, en un cañaveral que queda a un kilómetro de Vitarte. Había una huaca. Allí fueron citados algunos trabajadores. A mí me participó la noticia un muchacho que se llamaba Marino. Cuando salimos del trabajo en la noche, nos dirigimos para allá. Habían puesto a compañeros como David Alegre, un tal Montoya, para que impidieran el acceso de los que no habían sido citados. Al principio no nos quisieron dejar pasar. Luego nos permitieron. “Pero cuidado con decir nada, ah...”, nos advirtieron. Pasamos. Nos sentamos sobre piedras. Había bastante gente. Uno de los trabajadores, de apellido Castillo, explicó que la reunión era para ver cómo se planteaba la reclamación para la supresión del trabajo de noche. Se nombró un comité de huelga presidido por Castillo y una cotización de cinco soles para parar la paila durante los días de la huelga. Algunos proponían que las mujeres pagaran menos; pero creo que se acordó que fuera igual para hombres y mujeres.

A todos recomendaron absoluto secreto. El domingo siguiente, al llegar a eso de las siete de la noche el tren de Lima, con todos los obreros que habían

viajado a Lima, se realizó una asamblea en la calle. Un banquito y una mesa fueron el mobiliario. Lo que se acordó fue ir a la huelga si la gerencia respondía negativamente al reclamo. Al final, se dijo: “Los que están por la huelga que den cuatro pasos atrás”. La abrumadora mayoría de obreros y obreras dieron esos pasos atrás, que eran un paso adelante.

### **Tres estudiantes sobre un caballo**

La huelga duró varios días, sin resultados. La fábrica enganchó en Lima numerosos rompehuelgas. Ponía a funcionar las máquinas solo para que hicieran ruido, a fin de desmoralizar a los trabajadores. Cada semana aumentaba el número de los amarillos, que llegaban escoltados por la gendarmería.

—El día sábado sí nos desquitábamos, cuando iban a la estación del tren. Los tirábamos del saco. Les rompíamos la sarita. Un día que yo estaba al lado de la directiva, inquieto, como muchacho, vi un caballo que venía de Lima, por el camino que sale por Maravillas. Recuerdo que en esa época no había carretera. Me llamó la atención que en ese caballo grandazo venían tres hombres. Nunca había visto eso. Eran tres estudiantes que venían montados sobre el caballo sin montura, sin nada. Uno era Pedro Bustamante, otro, Boza....

#### **—Edilberto Boza?**

—Debe de ser él. Pero yo lo recuerdo como Boza solamente. Ahora no me puedo acordar del nombre del otro. Se hizo presente la directiva. Ellos tomaron carta activa, dijeron que era necesario buscar el apoyo de los trabajadores de Lima y llegar a un paro general. Parece que en Lima se reunieron con elementos de algunas organizaciones. Entre esos elementos estaba tu papá, Delfín Lévano. Cuando llegamos a Lima, porque creo que nos habían desalojado de Vitarte, fuimos a dar por la plaza Italia. Allí, donde está el cine Unión, había una panadería de Mazzi, un italiano que parece estaba vinculado con el movimiento obrero italiano. Junto a su panadería tenía un local como un andamio, o más bien galería, que iba hacia arriba. Yo me subí. Delfín estaba sentado a la cabeza de la mesa y me dijeron: “Ese es Delfín Lévano”. Allí lo conocí por primera vez.

#### **—Don Julio, ¿en esa época entraba ya *La Protesta* a Vitarte?**

—Cuando ingresé a trabajar, había un hilandero, Juan Híjar, que parecía haber estado vinculado con el socialismo. Era anticlerical. En ese tiempo Francisco Loayza publicaba *Fray K. Bezón*, caricaturas contra los frailes. Híjar tenía



una colección. Un día me dijo: “¿Sabes? No puedo moverme de la máquina; a ver cómo haces para repartir unos números de *La Protesta*. Creo que *La Protesta* recién había aparecido. Al día siguiente me metí los periódicos debajo de la camisa. Me iba a los telares, donde tenía que ir por razón de material, y dejaba los periódicos en la latita de trama. Era solo a obreros escogidos. Tenía que ser ilegal, porque si no, me botaban del trabajo. Cobraba el día sábado todo lo que había repartido.

—**¿Recuerda cuántos ejemplares repartía?**

—Veinticinco ejemplares, quizá si treinta. No mucho. Posteriormente ya la cosa fue doscientos, trescientos, trescientos cincuenta ejemplares. Creo que a veces me llegaron cuatrocientos. Cuando ya se hizo público el reparto, me ayudó mucho Emilio Sáinez, hilandero.

Cotejo las palabras de Portocarrero con mis manuscritos interrumpidos de *La tempestad obrera*. El primer número de *La Protesta* aparece en enero de 1911. La huelga de Vitarte se inicia el 18 de marzo. El 24, los obreros, sus esposas e hijos son expulsados de Vitarte por la empresa Grace con ayuda de la fuerza pública. Un destacamento de soldados se niega a acatar la orden de expulsión. El prefecto envía refuerzos. Los trabajadores de Vitarte realizan la primera marcha obrera hasta Lima. El primer paro general de Lima y Callao se cumple los días 10 y 11 de abril de 1911. En *La Protesta*, el panadero Manuel Lévano Chumpitaz, bajo el seudónimo anagramático de Comnalevich, traza el balance de esa gran experiencia. Es una reflexión para avanzar.

El resultado de la lucha fue la supresión del trabajo nocturno, ninguna sanción contra los huelguistas. Fue, sobre todo, una campanada de conciencia obrera. Un manifiesto de los trabajadores de Vitarte lo precisará al año siguiente. A partir del paro, dice el documento “se ha acentuado poderosamente en las masas obreras un movimiento de regeneración y progreso”. Abelardo Tataje, patriarca textil, compuso un valse que empezaba: “Los huelguistas de Vitarte”. El 26 de mayo se iba a fundar la Unificación Textil Vitarte, órgano sindical cuyo primer presidente fue Emilio Ugarte y su primer vicepresidente Juan Híjar.

**Entra Fonkén**

Adalberto Fonkén, de ascendencia china, fue uno de los principales animadores del movimiento obrero peruano antes del paro de las ocho horas, paro en el que no participó, pese a las afirmaciones de algunos. Fue sí uno de los dirigentes del ulterior paro de las subsistencias, junto con Carlos Barba y Nicolás



Gutarra. Gente autorizada que escuchó a Gutarra lo considera el más fascinante orador peruano del siglo XX. Es, por ejemplo, la opinión que una vez me comunicó Jorge Basadre.

Portocarrero recuerda que hacia fines de 1913 entra Fronkén a Vitarte. Se vincula con Juan Híjar y Celso Soto. “Creo que Híjar quería retirarse de la fábrica, y habló con Fonkén para que él recibiera *La Protesta*. Fonkén no me entregó el periódico. Se sentaba a la puerta de la fábrica los días sábados. A la espalda ponía un cartel que decía: “Para *La Protesta*”. Y recibía el dinero en un sombrero. Seguramente que así se vinculó con Lévano. El papel de Fonkén fue muy importante en Vitarte. Antes no había participado en el movimiento obrero, pero se volvió muy activo. Hacía uso de la palabra en las asambleas; yo todavía no. Se ocupó de la organización de una pequeña biblioteca. Compraba libros o los pedía a quien quería darlos. Formamos un grupo, y todos colaborábamos. Estuvo presente en la huelga del 9 de enero de 1915. Hubo abaleamiento esa vez. Nosotros nos habíamos sentado en los rieles para impedir que el tren sacara una mercancía de la fábrica. Estaban mi mamá, mi hermano, mi hermana Alejandrina, que trabajaba en la fábrica antes que yo. El obrero Teófilo Faidel se vendó los ojos y se acercó a la máquina. “¡Que pase sobre mí!” Los gendarmes que venían en el tren empezaron a disparar. Fue entonces que el mariscal Cáceres, que venía en el tren, se bajó y gritó: “¡Alto el fuego! ¡Alto el fuego!”. Quedaron varios heridos. Uno de ellos murió: Fernando Vilela”.

El 9 de enero de 1915 se convirtió en fecha trágica; pero también en resorte de una acción.

En 1913, antes de la llegada de Fonkén, Portocarrero y otros —Nemesio Chávez, Fernando Borjas, mi mujer Esther del Solar, y entre ellos un tal Carrera—, habían formado un Centro Artístico, dentro de los hábitos de la clase. “Nos ensayamos para poner *Juan José* de Joaquín Dicenta. Pero no recuerdo que la obra haya llegado a escena. Después, cuando entró Fonkén fundamos el Cuadro Artístico ‘6 de Enero’ y pusimos *El Cristo Moderno*. Actuaron Borjas, Fonkén, Héctor Merel”.

En la charla surge luego el recuerdo del paro de las ocho horas, en que Vitarte, y Portocarrero en lo particular, tuvo papel descollante. Don Julio desmiente las versiones apristas sobre la participación de Haya de la Torre en esa batalla final por la jornada. Desmiente, entre otras cosas, la novela hayista de que el decreto de José Pardo sobre las ocho horas fuera leído por el futuro fundador del Apra. “Eso no es cierto, absolutamente”.

Recuerda luego que Haya conoció Vitarte gracias a que el sindicato aprobó crear una Universidad Popular. “Fuimos con Lino Larrea a una fiesta estudian-

til, y allí invitamos a Haya y otros dirigentes a ayudarnos a crear esa Universidad”. “La idea había sido mía”, precisa. “A Larrea se le eligió para establecer los contactos”.

Larrea nació en Lima en 1905. Desde los siete años trabajó para ganarse la vida. A los 13 años entró a Vitarte. En una escuela del pueblo aprendió las primeras letras. “Son los únicos seis meses de estudio de toda mi vida”, precisa.

Portocarrero recuerda entonces los días en que los profesores de la Universidad Popular llegaban a Vitarte de noche. “Mi esposa, Esther del Solar, tenía que irse a dormir a otra parte. Igual yo. Les dejábamos nuestra cama de dos plazas a los profesores. Allí durmió Haya. Después José Carlos Mariátegui”.

Portocarrero precisa que sus relaciones con Mariátegui se establecieron primero porque él se encargó de difundir *Claridad* y después *Amauta*. Luego de la gran redada de 1927, la vinculación se afianzó. “Quizá Armando Bazán, que era secretario de Mariátegui, informó de mi comportamiento en San Lorenzo. Después vino la fundación del Partido. Recuerdo al Amauta como un hombre claro, preciso y alegre. Nunca lo vi colérico. Nunca”.

Larrea coincide. “Era un hombre sencillo, alegre, que enseñaba y estimulaba. En 1928 me eligieron presidente del Comité de la Fiesta de la Planta. Era una fiesta a la que iban miles de obreros de todo Lima y Callao. Recuerdo que la represión había barrido a los dirigentes. Yo era activo; pero no tenía experiencia de dirección. Entonces se me ocurrió pedirle ayuda a Mariátegui. Fui a su casa, y me dijo: “no hay problema”. Hasta me redactó un discurso para que yo lo pronunciara. Horas antes de la fiesta, caí preso y olvidé el discurso. Me soltaron gracias a que la multitud se dirigió a la comisaría. De allí me llevaron directo a la tribuna. Y tuve que hablar sin el papel que me había dado Mariátegui. Yo estaba asustado. Hablé no sé cómo. Cuando terminé, me acerqué a Mariátegui y le dije: ‘Me olvidé de todo’. ‘Mejor. Así salió mejor’, me contestó. Y se rio con la alegría de un compañero, de un amigo”. Agregó Larrea una frase que me conmovió: “Eso era Mariátegui, un hombre que nos educaba y nos elevaba”.

Fue esa la imagen que conservó en los días de su viaje a Moscú, a un congreso de la Internacional Sindical Roja. Ese año en que conoció a Vallejo en París, el poeta lo fue a despedir hasta el tren. Fue uno de los motivos para su expulsión de Francia. Lino Larrea, por su parte, fue deportado a la Guayana Francesa. Tuvo que luchar por su regreso al Perú. Luego vinieron los años duros de la militancia comunista, hasta su expulsión en 1943.

Hoy, a medio siglo de la muerte del Amauta, me dice: “Mariátegui decía que hay que peruanizar al Perú. También, tenemos que peruanizar a la izquierda. Y unirla. Eso es lo que necesitan los trabajadores”.



## Diálogos desde la historia

### (Entrevista Lévano-Hildebrandt a Haya de la Torre)

**—¿Qué recuerdos conserva del Haya de la Torre niño?**

—Bueno, ante, ante todo el colegio, los padres paulistas, la casa familiar. Veraneaba en Moche o en Huanchaco y allá es tradicional que uno se confunda con el pueblo, con los pescadores, con sus problemas. Esos recuerdos son muy gratos. Tengo un recuerdo muy vinculado al pueblo, porque es el recuerdo de todos los trujillanos, en realidad. Y después, los primeros llamados de atención a los problemas sociales. La huelga del valle del Chicama, por ejemplo, que fue muy sangrienta, el año 12. Solamente en Puerta Blanca se decía que habían muerto 401 personas. Luego, ya no tan niño, cuando me acerco a los 20, la lucha contra los Gildemeister cuando Benavides les entrega el puerto de Chicama, y entonces muere Trujillo, cuando el puerto es declarado libre y el comercio de Trujillo perece. Eso lo describe bien Peter Klaren.

**—¿Usted diría que el Haya de la Torre joven vio cumplidas sus más íntimas esperanzas?**

—Creo que nadie puede decir eso. En cuanto a objetivos en la vida, yo he sido en realidad muy paciente y muy filósofo. Tuve desde el principio un instinto de relatividad. Nunca creí que se pudieran alcanzar grandes cambios ni grandes objetivos porque, un poco, tuve la noción de lo difícil del país. Cuando fui al Cusco y descubrí ese otro Perú, el Perú de las opresiones, del retraso y las contradicciones, me di cuenta de que los problemas eran muy serios. Y yo he entrado a la lucha sabiendo que eran muy serios. No busqué el camino fácil.

**—Sobre su participación en el movimiento de las ocho horas, se ha discutido mucho la afirmación del señor Cossío del Pomar que le atribuye prácticamente la paternidad de ese movimiento. Sin embargo, se sabe —usted también lo ha dicho— que fue una lucha que arranca con el siglo en la que tuvieron el papel dirigente los anarcosindicalistas. ¿Cómo ve su participación en ese movimiento?**

—La importancia histórica de la jornada de las ocho horas fue que por primera vez los estudiantes se incorporaron a un movimiento obrero, y se forma un frente único, Esa es la única novedad. Ese es su valor histórico. El movimiento se inicia en la fábrica “El Inca”. En 1913, hubo una tentativa en El Callao y casi la victoria local. La huelga por las ocho horas en 1919 paralizó en un momento la vida del país. Lima quedó sin agua, sin luz, bajo la ley marcial. En los momentos



cruciales del movimiento, cuando había saqueos, muertos en las calles, propuse que la Federación de Estudiantes participara. Porque era ya muy amigo de Gutarra, muy amigo de Narvarte, un tipo que tuvo un rol muy importante y además había entablado relaciones personales con otros. Cuando ellos vieron la situación sumamente difícil entonces acordamos nuestra participación y, en realidad, el efecto psicológico fue inmediato. Los estudiantes jamás se habían plegado físicamente a una causa obrera... En la noche de la víspera del 14 de enero, cuando la ciudad ya estaba ocupada militarmente, el parque Neptuno ocupado con ametralladoras, un comandante Gómez me quiso conminar a que los estudiantes saliéramos del local de la Federación Obrera, que estaba en el parque Neptuno, frente al local de la Federación de Estudiantes. Como yo le dije que no, entonces me preguntó si me responsabilizaba de la disolución pacífica de la asamblea, y que le trajera al final al presidente de la asamblea. Le dije que sí y entré. Y me hice elegir allí mismo presidente de la asamblea. Después organicé la salida de la gente, que fue muy fácil porque Lima estaba sin luz. Me presenté al comandante, que me preguntó dónde estaba el presidente, y le dije que era yo. Fue un diálogo violento, pero el engaño estaba hecho. En ese momento todos ya esperábamos el decreto otorgando las ocho horas. Se dio a las cinco de la tarde del día siguiente, del 15. Lo único complementario a eso fue que al final yo tuve una discusión con varios de mis amigos anarquistas, de mis grandes y queridos compañeros, porque no querían levantar la huelga hasta que salieran los presos. Yo les decía que el gobierno era el más interesado en dejarlos libres. Levantemos el paro, les decía. Eso lo entendió muy bien Gutarra. Yo con Gutarra me entendía muy bien. Gutarra fue un anarquista que nunca volvió. Yo lo he visto en Costa Rica, en New York. Hasta la muerte fuimos muy amigos. Era un hombre realmente extraordinario. Un indio, bajo, parecía un Dantón.

El movimiento de las ocho horas fue magnífico, grandioso. Pararon Chicama, Talara, los mineros del centro. En Lima solo circulaba un automóvil, con la bandera roja en que andábamos nosotros y el ministro de Fomento. Apedreaban todo. Tal vez lo que recuerde con más entusiasmo es el haber fundado la Federación de Trabajadores en Tejidos del Perú. Y eso consta. Ahí está el acta, que dice: por iniciativa del señor Haya de la Torre, presidente interino de la reunión, propone la creación de la Federación de Trabajadores en Tejidos como conmemoración de la victoria por la jornada de ocho horas. Eso es todo. Nosotros no inventamos eso. Viene desde los mártires de Chicago.

**—Aunque usted se ha adelantado un poco, queríamos preguntarle: ¿qué era Julio Reynaga?, ¿tenía contactos con los obreros de las haciendas azucareras?, ¿organizaba grupos?**

Evidentemente, Julio Reynaga era un anarquista puro, casi insociable. Pero al mismo tiempo era un tipo a lo Bakunin. No era un tipo kropotkiniano, de crear grupos de comunismo anárquico. Él era un anarquista tremendo, ¿no es cierto? Sabía de las polémicas. Que es algo que tiene mucha influencia en nosotros. Nosotros somos antimarxistas originarios. Por la polémica... González Prada... Todo lo que era dictadura, y esto es muy importante, suscitaba nuestra protesta. Primero por las ideas liberales del colegio y después por las ideas anarquistas. Pero de un anarquismo que en realidad marcó un gran avance en el Perú. Porque, por ejemplo, en esa biblioteca se izaba solo la bandera roja... Todo eso en un país donde estaban los Larco Herrera, los Gildemeister. Entonces Julio Reynaga, cuando se iniciaron las grandes huelgas de 1912, cayó preso, porque, claro, voceaba la rebeldía. Yo me acuerdo de una fotografía en que está él tendido en el suelo entre los presos de la cárcel. Ya nosotros, fíjese usted, a los 17 años, les llevábamos comida, furtivamente, a los presos políticos, porque eran los de nuestra biblioteca. Él era profesor de baile. Tenía una academia. Bailaba muy bonito.

**—¿Bailaba marinera?**

—¡No! ¡No! Valses. Baile fino. Enseñaba a bailar la cuadrilla. Y a ponerse la mano acá. Todo eso. Muy interesante. Era muy ágil. Ejercía una influencia muy fuerte. Andaba por las calles.

**—¿Era muy negrito o era mulato?**

—Tenía muy bonito perfil. Era más bien mulato. No era de tipo negroide. De buena presencia, afilado. Muy simpático y de una voz muy agradable. Era un orador fascinante, de una dicción facilísima. Con él andaban un empleado municipal, Meza Vélez y Teodosio Machado y algunos otros, un Sansuy, de apellido chino... Esos fueron nuestros amigos.

**—Vallejo ¿llegaría a tener algún contacto con los grupos obreros?**

—Poco de eso, sí. A través de Orrego principalmente. Pero ya a partir de 1913, cuando Vallejo entra a la universidad, entonces él se pone mucho en una actividad literaria; pero, sí, tiene relación. Íbamos. Y, además, estos obreros tenían sus casas en los barrios populares. Y nosotros éramos tan queridos por ellos que, de repente, como ellos trasnochaban también, nosotros íbamos y les tocábamos la puerta. Se preparaba un caldo. Se ponían felices, pues, ellos con las familias. Relaciones de ese tipo social, ¿no? Y eso tiene explicación. Le decía yo un día a Julio Cotler, que vino a conversar, como esto es difícil de, de... Y eso no lo ve Klaren. Las relaciones sociales en Trujillo han sido unas relaciones



particulares, aun en las relaciones de clase. Trujillo, ustedes saben, ha tenido gente que dio la libertad a sus esclavos; ha tenido gente que, de repente, han dejado sus herencias a sus criados. El trato de patrón a criado ha sido de cierto trato patriarcal. Esto lo rompen los extranjeros. Los italianos, los Larco, los Gildemeister. El propio Albrecht. Albrecht fue el primer mayordomo de la hacienda Cicalá. Después se casa con la hija. Entonces aparece este nuevo tipo. Ya es el imperialismo, digamos. No hay casa grande, como se llama en Trujillo, donde cumpleaños de las mamás y de las criadas no fuera celebrado por los niños que ese día tenían que tenderles la cama. Después se ponían flores y regalos. Bueno, es una cosa distinta. Cuando yo fui a Cusco y me di cuenta de cómo se trataba como animales a la gente, eso no lo había visto nunca, allí es que me surgió la rebeldía.

**—¿Qué otros recuerdos, conserva de los anarcosindicalistas?**

—Bueno, Fonkén, por ejemplo, era un tipo extraordinario. Un orador persuasivo, lleno de fuerza, de una pureza... Yo les tengo una admiración... Casi como si fueran santos, santos civiles. ¡Qué puritanismo en el campo sindical, en el manejo del dinero, asombroso! Es decir, en el sacrificio. Y ahí están pobrísimos, que mueren firmes. Y cuando yo regreso ya Fonkén se había suicidado. Él fue un trabajador próspero, tuvo camiones y esa prosperidad, bueno, era un mozo simpático, agradable, culto. Por eso cuando los recortes sobre la muerte de Fonkén —yo estaba en Europa—, veo que aparece como si hubiese sido un frecuentador de esas casas, un vicioso, porque él se suicida en un burdel o cerca de ahí. Su hermano dice es un amigo de Haya de la Torre y saca a luz... Admirable el tipo. Para mí fue un duelo porque confiaba mucho en él. Tipos como él fueron realmente los originadores del APRA...

**—Hubo gente como esa que participando de esas ideas libertarias conservó su pureza, su apoliticismo anarcosindicalista. El caso de Delfín Lévano, por ejemplo.**

—Cómo no. A Delfín lo hemos querido mucho... Porque, claro, Delfín era un poco mayor. Pero Delfín tuvo un problema: el matrimonio. Con ese puritanismo que tenían los anarquistas, que no se casaban porque profesaban el amor libre, entonces Delfín quiso legitimar su situación. Y el "Consejo Puritano", ja, ja, lo desautorizó. Y en ese caso yo estuve completamente de acuerdo con Lévano. Se trataba de legitimar su situación; vivimos en una sociedad... ¿no? Yo fui partidario, con Fausto Posada, que también era casado. Y al final tuvieron que casarse todos, claro. Era lo lógico... Nuestro arreglo con los anar-

quistas era así. El anarquismo decía: ni Dios ni ley ni patria. Entonces yo les decía: a Dios lo dejamos tranquilo. A la ley atacémosla. Pero tomemos lo que el anarquismo tiene de principal: la formación de la conciencia, y eso se forma con educación y cultura. Yo les tengo una gran admiración... Quise después, cuando regresé, que Lévano entrara al partido, Pero me dijo: soy antipolítico. Y no ingresó nunca. Yo respeté mucho eso. Y cuando él murió recuerdo que lo sentí mucho... Yo considero que era uno de los buenos luchadores. Porque, además, él era hijo de otro anarquista que yo conocí. El padre de Delfín Lévano fue un viejo anarquista, de esos a machamartillo.

**—Señor Haya, usted cree que el antiaprismo original, antioligárquico, anticlerical, ha cambiado ahora? ¿Cree que el antiaprismo de ahora es oligárquico, clerical?**

—El antiaprismo tiene siempre un lado extranjero...

**—¿Cómo explica usted que actualmente la juventud izquierdista —a veces solo en teoría, pero a veces también en la práctica— no sea aprista?**

—Bueno, porque han venido otras influencias. Ha habido una campaña antiaprista muy profunda. La mayor parte de los 40 años del APRA son años de clandestinidad y alejamiento completo entre el partido y las nuevas promociones, Además, hay una caudalosa propaganda comunista y de otras corrientes. En eso el APRA reclama su autenticidad. La solución de nuestros problemas no necesita recetas extranjeras. Diremos que el problema nuestro, el latinoamericano, es tan intransferible que tarde o temprano tendremos que buscar esto que dice Garaudy en su libro, no sé si usted lo conoce, es *El gran viraje del socialismo*, libro estupendo, que hay que leer... o lo que dice René Dumont en ese otro libro sobre Cuba, *¿Cuba es socialista?*, que hay que leerlo también. Dan un poco la imagen de lo que nosotros habíamos sostenido hace tanto tiempo. La justicia no tiene un solo meridiano de solución, no hay que buscarla con recetas de países ajenos a nuestra realidad. Hay principios universales, enunciados de cultura que pertenecen al mundo y a la humanidad. Pero precisamente lo auténtico de un verdadero revolucionarismo es buscar la solución dentro del problema y el problema dentro de la realidad y la realidad dentro de la geografía y la historia.

—Los diarios de la época dan cuenta de una propuesta de la delegación estudiantil para que los obreros aceptaran una transacción: ocho horas más la obligación de trabajar una hora de sobretiempo con sobresalario. En buena cuenta, nueve horas con aumento...

—No, no, no...



—Pero esa propuesta fue desechada por una asamblea obrera. Eso figura en los diarios.

—No, no, no. Esa fue la propuesta del ministro, del Gobierno. La posición nuestra fue indeclinable. En eso no íbamos a transar. Había dos conservadores en la comisión. Uno era Valentín Quesada y el otro, Bruno Bueno de la Fuente. No, en eso no.

Fondo Editorial - Universidad Garcilaso de la Vega (2012. Lima-Perú)

### Anotación marginal

A mediados de 1918, Mariátegui, César Falcón, Humberto del Águila y otros periodistas fundan *Nuestra Época*, que, como lo define Mariátegui, “no trae un programa socialista; pero aparece como un esfuerzo ideológico y propagandístico en ese sentido”.

Durante el paro por las ocho horas, el diario *El Tiempo*, en el que trabaja Mariátegui, es clausurado debido a que venía ofreciendo una información veraz de la lucha obrera. En ese momento el epíteto de “bolchevique” es aplicado de nuevo a Mariátegui y compañeros.

El hecho, a la vez anecdótico y entrañable, está registrado en las páginas de *Germinal*, un semanario de la juventud universitaria que creía combatir a la plutocracia del Partido Civil apoyando a la candidatura neocivilista y, como se vería después, proyanqui de Augusto B. Leguía. En el periódico escriben estudiantes que antes habían colaborado con el movimiento obrero anarcosindicalista: Juan Manuel Carreño, Erasmo Roca, José Antonio Encinas. En su edición del 13 de diciembre de 1918, *Germinal* publica, bajo el título de “La Nueva Constitución Rusa”, el texto completo de la “Declaración de los Derechos del Pueblo Trabajador y Explotado”, el famoso texto de Lenin aprobado por el III Congreso de los Soviets, por el que, entre otras cosas, se resuelve la formación del Ejército Rojo. El 17 de enero de 1919, el semanario da cuenta de la clausura de *El Tiempo*. He aquí un párrafo elocuente de esa crónica:

Los gendarmes ocuparon el patio de la imprenta. Y el intendente comunicó a los redactores del diario, señores José Carlos Mariátegui y César Falcón, que salieron a recibirlo, que de orden superior quedaba clausurado *El Tiempo* hasta que concluyese la huelga (el paro general por la jornada de ocho horas. Nota de C.L.). Ambos redactores expresaron su protesta... En el taller de linotipos, el intendente incautó los originales de la edición e instó a los operarios a que

se marchasen rápidamente. Dialogando con los redactores les repitió espontáneamente que se trataba de una medida de carácter transitorio y les agregó que el motivo de ella era el temor de que *El Tiempo* excitase y soliviantase a las clases trabajadoras.

### **Alejandro Alayza el “Karamanduka” dirige matanza de mujeres**

En 1916 y 1917 hubo dos grandes huelgas por las ocho horas en Huacho, Huaral y valles colindantes. La lucha había sido promovida por los anarquistas. En el libro *La utopía libertaria en el Perú* se reproduce la conferencia que Delfín Lévano dictó en la inauguración de una Escuela libre, creada en la campaña de Huacho, a la manera de Antonio Ferrer, en España.

En setiembre de 1916, empezó la huelga de peones agrícolas de varias haciendas con el reclamo de la jornada de trabajo en los valles de Huaura y de Sayán. Pedían aumento de salario y las ocho horas. A los tres días de paralización se resolvió el conflicto mediante un laudo arbitral emitido conforme al Reglamento de Huelgas dictado por el gobierno del presidente Billinghurst.

Los anarquistas habían rechazado ese reglamento, porque ponía la solución en manos de un árbitro, casi siempre afín al gobierno, cuando no a los empresarios, o a ambos.

En este caso, las haciendas no aceptaron. He aquí un párrafo de lo que escribió al respecto el diario *El Tiempo* de Lima el 1 de octubre de 1916:

La burla hiriente y cruel se ha esgrimido contra los de siempre. Como todos saben, la huelga de Huacho, Huaral y demás valles, se arregló al tercer día de producida en forma que aseguraba la tranquilidad y confianza por ambas partes. Un pliego legalizado por los hacendados, prefecto y huelguistas, fue el último compromiso de la palabra de honor empeñada y los obreros se apresuraron al regreso a sus labores. Cumplían hidalgamente los infelices.

Cuando todos se hallaban en sus puestos, cuando la normalidad había sido asegurada por la vuelta al trabajo, son notificados por los patronos que desconocían el compromiso, que el pacto quedaba roto y que debían quedar poco menos que antes. Es decir que el arreglo fue un ardid preconcebidamente urdido, un sainete de la peor especie en que, para sarcasmo nuestro, se hizo intervenir a la primera autoridad política.

La socióloga Carolina Carlessi, en su libro pionero *Mujeres en el origen del movimiento sindical. Crónica de una lucha. Huacho 1916-1917*, (1976), cita íntegro este y otros textos de la época.



Hay que subrayar que la huelga de Huacho y valles aledaños en 1917, fue total en los valles aledaños a Huacho. Tuvo resonancia nacional y fue ensangrentada por una matanza de mujeres que llevaban en hombros a sus niños. Esa masacre fue comandada por el mayor del Ejército Alejandro Alayza, quien era conocido por encabezar un grupo de militares jaranistas, “La Palizada”.

El historiador Filomeno Zubieta Núñez ha publicado un libro fundamental sobre ese acontecimiento: *Luchas sociales en el Perú. Huacho 1916-1917*: Ahí se registra que Alayza llegó a Huacho a las 7:30 de la mañana del 14 de junio de 1917, al mando de 50 militares de la escolta presidencial, lo que indica que la orden de matar en masa provenía del presidente José Pardo. Esa misma mañana, arribó a Huacho una fragata de la Marina de Guerra, con 150 gendarmes a bordo. Eran preparativos de guerra civil contra campesinos indefensos.

No se puede olvidar que Pardo formaba parte de una oligarquía de capitalistas agrarios, enriquecidos con el algodón y el azúcar, y de una capa de industriales surgidas de la entraña semifeudal.

La tragedia se desató cuando trabajadoras del campo y del mercado de Huacho quisieron entrar en Huacho y las fuerzas de represión buscaron impedirlo.

El diario *La Crónica* de Lima ofrece en su edición del 20 de junio de 1917 estos datos:

Con tal motivo, las mujeres de las Sociedades de Resistencia de Chonta. San Lorenzo, Toma y Calla, Luriana, Santa María, Amay y Tambo Blanco, en número que sobrepasa las 150, se dirigen de La Campiña con dirección a la ciudad huachana. Encabezan la marcha la profesora Isidora Pérez Chumbes y la señora Irene Salvador, como portaestandarte la señorita Juana Grados y La Rosa. Acompaña a las manifestantes una delegación de alumnas de las escuelas de La Campiña.

Son cerca de las once de la mañana, las mujeres avanzan portando banderas y agitando consignas alusivas a la huelga; en la intersección de las calles Cocharcas y Malambo (hoy Mariscal Castilla y 28 de Julio) son interceptadas por gendarmes que sobrepasan de 300 efectivos armados, bajo las órdenes del subprefecto Manuel Domingo Torero y, por debajo de él, el comandante Narvarte. El prefecto observa los acontecimientos desde unos ochenta metros atrás. Doña Irene Salvador, de avanzada edad y que gozaba de gran consideración, se apersona ante el subprefecto y le expone el objeto de la manifestación pidiéndole les deje pasar para entrevistarse con el prefecto, este se niega rotundamente. Las mujeres insisten, presionan y se producen forcejeos entre ambas fuerzas. Ante la imposibilidad de contenerlas y ante el uso desigual de fuerza de uno y otro

lado, se producen disparos y se consuma la matanza. Con piedras y palos, con indignación y rabia por este cobarde proceder, las mujeres hacen lo posible por defender sus vidas. Al bárbaro embate cayó atravesada por una bayoneta la señora Irene Salvador, mujer cargada de años, que gozaba de gran consideración y respeto entre la gente de La Campiña. Esta salvaje agresión genera la respuesta de los curiosos que se hallaban cerca, a sus gritos de rechazo agregan unas letras que dirigen a la tropa. La gendarmería vuelve sus armas contra el público. Resumen: Se consuma la carnicería. Luego de quince minutos de desigual combate, las mujeres y el pueblo, recogiendo a sus muertos y heridos, se replegaron a La Campiña; algunos fueron trasladados al Hospital El Carmen.

El 12 de junio, *El Tiempo* reproduce el reclamo que un Comité Obrero de Defensa Sindical dirige al ministro de Gobierno, al que piden la libertad de Delfín Lévano, Carlos Barba y Francisco Sánchez (hermano de madre de Julio Portocarrero).

Entre los firmantes aparece Pedro Conde, a nombre del Sindicato de Albañiles. Conde es autor de un notable texto impreso en los años 40, en el que se defienden los contratos colectivos por rama de actividad, no por empresa.

La huelga de 1917 no logró sus objetivos. La vencieron la matanza, los despidos en masa, la represión, pero esa lucha vigorizó la acción por las ocho horas. Algunos de sus activistas participaron en la creación de la Federación Obrera Local.

“Indicio de actividad también fueron —escribe Carolina Carlessi— las continuas colaboraciones de hombres y mujeres huachanos al periódico *La Protesta*, órgano de avanzada del movimiento obrero”.

Mi infancia se enriqueció con la fiel amistad de dirigentes huachanos con mi padre. Algunos derivaron al comunismo, otros al Apra, pero todos conservaron en el cerebro y en el corazón el disco duro de la justicia y la libertad.

José Carlos Mariátegui, tan vinculado con Huacho, iba a escribir en *Antecedentes y desarrollo de la acción clasista* (ahora en *Ideología y Política*):

“La propaganda anarcosindicalista penetra en la campiña de Huacho, produciendo una agitación sangrientamente reprimida por las autoridades de Pardo. La lucha por las ocho horas en 1918 consiente a los anarcosindicalistas llevar a las masas su propaganda en forma intensa”.



# V

## Las matanzas de Huacho

### Protesta de un obrero preso al “Comité obrero de defensa social”

(Desde la intendencia de policía)

**Por Delfín Lévano**

Continuamente se afirma: “La vida es lucha” y nosotros plétóricos de entusiasmo y con un mundo de pensamientos de ideas renovadoras en nuestro cerebro, hemos hecho de ese axioma nuestro emblema de combate.

Solos con nuestra consciencia recta, con nuestros propios esfuerzos, con nuestra voluntad indomable, vamos camino del porvenir despertando a nuestros hermanos de explotación, alentando sus reivindicaciones y batallando contra las iniquidades del capitalismo y las injusticias cometidas por autoridades inescrupulosas que creen amilantar espíritus libres con sus ergástulas o pretenden detener el movimiento obrero, que, clamando justicia y vida, se inicia en este odio del gamonalismo reencarnación del feudalismo de antaño.

¡Adelante camaradas del Comité! ¡De pie, obreros del Perú! ¡Arriba compañeros panaderos! La victoria es de los que tienen sed de justicia, de los que sienten necesidades cuando estos saben ser fuertes y se yerguen como hombres.

Yo, desde esta prisión, que no logra aprisionar mi pensamiento, ni debilitar mi carácter, saludo al proletariado que lucha por el pan, al proletariado que se esfuerza y en sus luchas va sembrando energías, va levantando el pendón de las santas rebeldías, tan necesarias en este pueblo de autócratas, que se empeñan en hacer de los obreros sus vasallos, sus siervos y sus esclavos. La vida es lucha y vamos, pues, contra la carestía de la vida, en pro del alza de los salarios y a la agitación constante para que libren de todo gravamen el trigo, la harina, el arroz y el azúcar.

Lima, 10 de junio de 1917

*El Tiempo*, Lima, 12 de junio de 1917

## Ya lo dijo González Prada el Primero de Mayo de 1905

Reconocida la insuficiencia de la política para realizar el bien mayor del individuo, las controversias y luchas sobre formas de gobierno y gobernantes quedan relegadas a segundo término, mejor dicho, desaparecen. Subsiste la cuestión social, la magna cuestión que los proletarios resolverán por el único medio capaz: la revolución. No esa revolución local que derriba presidentes o zares y convierte una república en monarquía o una autocracia en gobierno representativo; sino la revolución mundial, la que borra fronteras, suprime nacionalidades y llama la humanidad a la posesión y beneficio de la tierra.

Mañana, cuando surjan olas de proletarios que se lancen a embestir contra los muros de la vieja sociedad, los depredadores y los opresores palparán que les llegó la hora de la batalla decisiva y sin cuartel. Apelarán a sus ejércitos; pero los soldados contarán en el número de los rebeldes; clamarán al cielo, pero sus dioses permanecerán mudos y sordos. Entonces huirán a fortificarse en castillos y palacios, creyendo que de alguna parte habrá de venirles algún auxilio. Al ver que el auxilio no llega y que el oleaje de cabezas amenazadoras hierve en los cuatro puntos del horizonte, se mirarán las caras y sintiendo piedad de sí mismos (los que nunca la sintieron de nadie) repetirán con espanto: ¡Es la inundación de los bárbaros! Mas una voz, formada por el estruendo de innumerables voces, responderá: No somos la inundación de la barbarie; somos el diluvio de la justicia.

Evidentemente, las cosas no podían seguir como antes. Las sociedades de artesanos no satisfacían ya a los más clarividentes de los trabajadores. Apenas sirven, ha dicho González Prada, para “honrar santos y enterrar muertos”. “Piérola nos ha engañado”, escribe Manuel Lévano en su diario de obrero. Toca a la clase obrera organizarse sindicalmente, luchar en forma independiente. Por eso, aquel Primero de Mayo de 1905 habrá visto concentrarse en un haz a las masas sudorosas de ojos cansados, en el fondo de cuyas pupilas brilla una fuerza inextinguible, un resplandor inaudito. Ha comenzado la era del proletariado en el Perú.

### El apoliticismo

Sabido es que el anarquismo (*an-archos* significa sin cabeza, sin autoridad), combatía toda política y negaba el papel de un partido político de la clase obrera. Para los anarcosindicalistas el principal órgano de lucha de la clase obrera eran los sindicatos. Georges Sorel, ideólogo de esa corriente, llegó a proponer



que el mito de la huelga general sustituyera al mito cristiano de la vuelta del Redentor. Alentados por ese mito, los trabajadores derrocarían mediante una paralización total a la burguesía. Al día siguiente, la humanidad aparecería sin Estado. El reino de la felicidad se habría instalado... Esto era, y es, un sueño utópico. Expresión, en el fondo, del pequeño propietario, campesino o artesano, que acierta a protestar contra el capitalismo pero que, por su misma situación de clase en vías de desaparición, es incapaz de concebir un orden nuevo, un Estado revolucionario que paralice la resistencia de las clases reaccionarias, que organice la nueva economía y que eduque al proletariado para la construcción del socialismo primero y del comunismo después, y que prepare, muy posteriormente, la desaparición del Estado mismo.

En el caso peruano, junto con las raíces sociales de las que había nacido el proletariado, se daba a principios de siglo una profunda repulsa a la política de los latifundistas y de la gran burguesía financiera, comercial e industrial surgida de los negociados del guano y el salitre. Esa política reaccionaria era seguida entonces por los capituleros de las sociedades de artesanos. En Lima y los principales centros urbanos. Nicolás de Piérola, el caudillo del conservadurismo disfrazado con piel demagógica, había sabido utilizar esas asociaciones como antros de politiquería.

Rechazar la política, asquearse de la política, resultaba en ese momento una primera reacción del pueblo honrado, y en primer lugar, de la clase obrera. De allí que el anarcosindicalismo, gracias a su intensa propaganda impresa, se volviera tendencia predominante durante los años de formación y aprendizaje de los obreros peruanos.

En la situación dada, era incluso positivo el antielectoralismo, puesto que la clase obrera aún no podía desempeñar un papel independiente en la política, ni existía el partido de la clase obrera que la orientara para desempeñarlo en forma acertada.

Esto explica por qué el joven proletariado escuchó palabras como estas de González Prada: “El proletario noble y altivo no se enrola en banderías ni sube a tabladillos electorales: se subleva o se abstiene. Depositar su voto en un ánfora equivale a sancionar el orden establecido”.

Y dicha actitud de la clase obrera explica, a su vez, por qué González Prada pudo escribir en 1906:

Sin embargo, debemos abrigar alguna esperanza desde que en el seno mismo de la ‘Confederación de Artesanos’ se anuncian fuerzas capaces de iniciar un movimiento generoso y honrado: un grupo, quizá el más decidido y seguramente el mejor intencionado —a cuya cabeza está el obrero panadero Manuel

Caracciolo Lévano— se desliga de la vetusta sociedad por considerarla retrógrada y en desacuerdo con el ideal que deben perseguir las modernas corporaciones obreras. Los panaderos de la 'Estrella del Perú' comienzan la revolución regeneradora, abandonando una institución que desde hace muchos años actúa como fermento corruptor de la masa trabajadora de Lima.

## Julio Portocarrero (1898-1990)

Fue, desde su ingreso en la fábrica textil de Vitarte, en 1910, uno de los grandes activistas del movimiento obrero peruano. Actuó con energía en el gran paro de enero de 1919, como militante de la anarquía. Nació en un callejón del Rímac situado frente a la Plaza de Acho. Solo cursó dos años de escuela primaria. Este combatiente de la segunda generación de cuadros obreros se forjó sin embargo una cultura, a través de la lectura, que los anarquistas estimulaban; las conferencias, los debates sobre teatro y música. Alguna vez me contó que después de una función teatral, el grupo dirigente se iba a un restaurante de la avenida Grau, donde comentaban y discutían la obra que acababan de ver.

En su notable libro *Sindicalismo peruano* (1987), Portocarrero confirmó el precio de los productos alimenticios y le añade una nota gastronómica:

Había una panadería de Abajo el Puente, Copacabana, que quedaba frente a la fábrica de cerveza Cristal; hacía un pan de manteca riquísimo, que costaba un centavo; con medio tenía para comprar cinco panes. En realidad, la vida para nosotros resultaba bastante barata. Se compraba, por ejemplo, los camotes por montones; un montón de camotes, dos centavos; un montón de yucas, dos centavos. Todo salía por centavos, y lo que salía por libra era la carne; y después el pescado que salía entero o por una media parte o un cuarto de parte; una tira de corvina de una pulgada de ancho costaba veinte centavos. Los camarones que se pescaban en el Rímac: un montón de camarones diez centavos. Los camarones grandes tenían otro precio. De un montón de camarones de esos y su queso, su papa, un poco de leche y su arroz salía un chupe de camarones que era suficiente alimento.

## Haya propone nueve horas

El día 14, los delegados estudiantiles toman contacto con los huelguistas, como lo informa el diario *La Crónica* en su edición del 15 de enero.



La primera intervención de los delegados estudiantiles no pudo ser más desgraciada. Mientras el contundente paro había puesto de rodillas a la burguesía, ellos pedían al proletariado que aceptara una transacción. En efecto, propusieron que los trabajadores aceptaran el siguiente arreglo: ocho horas de jornada en principio; pero obligación de trabajar una hora más con salario extra (20 por ciento de aumento por esa hora adicional para los turnos de día; 30 por ciento para los de noche). En la práctica, la obligación de trabajar nueve horas, con un leve aumento salarial.

Lo curioso del caso es que ya el día 10, las ocho horas habían sido aceptadas por los dueños de panaderías de Huacho, y que el propio día 14, los dueños de panaderías y curtiembres de Lima habían aceptado también esa jornada, mas con la obligación del personal de trabajar una hora más sin remuneración extra.

Como se ve, los estudiantes no habían hecho ninguna propuesta brillante. Sin embargo, hicieron vacilar a los sectores más débiles del proletariado. Había, en efecto, dos direcciones del paro: una que actuaba ilegalmente escondida en el horno de una ladrillera de La Legua, y en la que estaban los luchadores más firmes y cuajados; la otra, era, por decirlo así, una dirección legal. Pues bien; una parte de esta última llegó a aceptar la propuesta estudiantil, según lo notició *La Crónica*, el 15 de enero. Nicolás Gutarra, el gran agitador, estuvo a favor de esa concesión.

No se quedó ahí la cosa felizmente. En cuanto los gonfaloneros de la causa se enteraron, instruyeron para que se rechazara la propuesta de los universitarios. Es por eso que ya en la tarde del 14, *La Prensa* podía informar que “la mayoría (de los delegados obreros) acordó declarar que el proceder de los estudiantes sería aceptado solo en lo que se refiere a la solidarización de ideales y como amigables componedores, pero de ninguna manera como árbitros, ni como directores del movimiento”.

Por su parte, el diario *La Ley* informó: “En la asamblea que tuvieron los trabajadores, a raíz de estos sucesos, fue rechazada la anterior proposición, a pesar de los ‘esfuerzos de los estudiantes para hacerla aprobar’”.

Dando cuenta de una entrevista de los delegados obreros y estudiantes con el doctor Manuel A. Vinelli, Ministro de Fomento (no había uno de Trabajo en ese entonces), *La Prensa* del día 13, ampliaba la información. Luego de señalar cómo el Ministro exhortó a menos intransigencia, escribía el cronista:

“Los delegados de los tejedores manifestaron a su vez que solo bajo (sic) las bases propuestas, sería factible el arreglo por su parte. Los delegados universitarios intervinieron en su misión de amigables componedores, proponiendo como transacción el siguiente pliego de proposiciones:

El Comité Central Ejecutivo de la Huelga hace la siguiente contrapropuesta a los gerentes de las fábricas de tejidos:

1°.- Jornada de 8 horas con el haber que percibimos.

2°.- Por la hora más que piden los empresarios, se nos abonará la parte proporcional a cada jornal”.

¡Los estudiantes insistían, pues, en su formulación transaccional!

Que a los estudiantes les gustara la fórmula se explica: ellos no iban a trabajar la novena hora. En cuanto a Gutarra, recuérdese que no era un obrero asalariado. Era un artesano. Era un carpintero, que trabajaba en un taller (su casa) en un cuarto de callejón de Malambo (vulgo: Francisco Pizarro). Lo he sabido desde niño. Lo confirma el libro *La inverosímil travesía de Nicolás Gutarra* del historiador inglés Jake Lagnado, cuya traducción al español fue publicada en Lima, en julio de 2018. Ese trabajo descubre cómo Gutarra, deportado por Leguía, después de tres años preso en El Frontón y el Panóptico, fue expulsado de varios países —Chile, Colombia, Brasil, Costa Rica, Panamá, Guatemala— y se declara ante autoridades de esos países, como carpintero y ebanista.

## Hacia otra etapa

Así, al calor de la lucha por las ocho horas, con el estímulo del ideario anarconsindicalista que, aunque con limitaciones doctrinarias, suscitó energías de clase, el movimiento obrero se fue animando y aglutinando para pasar a una fase más alta.

El primer síntoma del momento superior fue la creación, en diciembre de 1911, del grupo *La Protesta*, integrado por algunos intelectuales discípulos de González Prada y por la flor y nata de los dirigentes obreros de ese momento. En épocas en que no se atrevía a deformar tan groseramente como hoy la historia de las ocho horas en el Perú, Víctor Raúl Haya de la Torre escribió: “Un pequeño y dinámico grupo de buenos combatientes orientó educadoramente el movimiento obrero. Recordaré solo, entre los muertos, a algunos de aquellos cuyo conocimiento y amistad fue para mí ilustre estímulo: Delfín Lévano, que era una de las cabezas del anarconsindicalismo, aquí, como el viejo Reynaga en Trujillo; Adalberto Fonkén, mi gran compañero y colaborador hasta 1923; el viejo Cisneros, Fajardo, Otazú, el tejedor Elmore, Pablo León y otros, se alineaban en torno del intransigente grupo *La Protesta*.”

En enero de 1911 aparece el primer número de *La Protesta*, una de las “hojas sectarias” como diría Porras Barrenechea, pero que, en el balance de la lucha de clases, es decir, de la historia real, ha tenido más resonancia que muchos



de los grandes diarios, a pesar de las evaluaciones erróneas de los historiadores profesionales.

Fue, en efecto, ese periódico el que hizo de la lucha por las ocho horas y por la organización sindical un movimiento homogéneo, claro en el propósito reivindicatorio y combativo. En cada número, este periodiquito ejemplar, traía denuncias, noticias, orientaba los reclamos de los obreros, divulgaba los triunfos internacionales de la lucha por las ocho horas. Los propios obreros lo sostenían con modestas cuotas de un centavo, dos, cinco centavos.

Los obreros lo componían en tipos. Ellos lo difundían. Durante el primer año, fue el intelectual Francisco A. Loayza su director. De allí para adelante, lo fue el obrero Delfín Lévano. Fue un equipo totalmente proletario el que lo redactó la mayor parte del tiempo.

Debo destacar que en esos años se utilizaba el teatro como medio de difusión de las ideas “libertarias”, para emplear un término entonces en gran uso. El difunto actor Carlos Revollo se inició en uno de los grupos obreros que, en un canchón del Paseo de la República, escenificaban la rebeldía, la protesta y la esperanza de las masas obreras en obritas teatrales a menudo escritas por los propios líderes proletarios.

## **El primer paro**

En abril de 1911, se demostrará la capacidad de orientación del grupo “La Protesta”. Orientado por él, estalla, en dicha fecha, el primer paro general que hayan visto Lima y Callao. Fue una gran demostración de fuerzas; la primera gran revista de las tropas proletarias. El paro fue de solidaridad con una huelga de Vitarte por la que se reclamaba suspensión del trabajo nocturno y aumento de salario en el diurno. Se obtuvo éxito solo parcial, pero el saldo de experiencia y de fe sindical en las propias fuerzas fue inmensamente positivo. Se acercaba un momento decisivo, epocal, en la lucha de clases.

## **Manifiesto histórico**

El 16 de junio de 1911, sale a luz, en la imprenta “Libertad” de la calle Valladolid, un documento que reproducimos en el número 1 de 1962, de El Bancario, órgano de la Federación de Empleados Bancarios. Se trata del primer documento en que un grupo de obreros, estudiantes e intelectuales, practicando lo que se llama la “introducción de la conciencia” desde fuera de las filas estrictamente proletarias, convoca a estas a organizarse para luchar por un programa de reivindicaciones inmediatas y mediatas.



La lucha entre el capital y el trabajo —dice el escrito— va tomando en todas partes caracteres bien definidos y precisos: es obligación nuestra secundar esos esfuerzos, que traerán como solución en el futuro una organización mejor que la actual de la sociedad humana.

Mientras llega esa hora bendita, por la que todos los humanos suspiramos, consciente o inconscientemente, ¿qué deben hacer los que sufren hambres y necesidades dentro del actual régimen social? Pues luchar sin tregua ni descanso contra los que monopolizan los instrumentos de trabajo, contra los que detentan la tierra y sus frutos, el capital y las máquinas.

Pero para poder luchar con probabilidades de buen éxito debemos agruparnos, estrecharnos todos fraternamente y constituir un bloque con un solo pensamiento y un propósito: rechazar toda injusticia de los patronos, obligarles a ser más humanos en los instrumentos de trabajo, arrancarles a viva fuerza si es preciso una parte de sus utilidades, y hacerles comprender en fin que los obreros con seres humanos dignos de aprecio y merecedores de justicia. Y no debe limitarse la acción emancipadora del obrero a esta lucha parcial con los patronos; debe también dirigir sus esfuerzos hacia todas las instituciones actuales, para conseguir una instrucción más amplia y científica que la que hoy se nos ofrece, la reducción a ocho de las horas de labor, la exclusión en los talleres de los niños menores de doce años, la higienización y saneamiento de las viviendas para obreros, la efectividad de la indemnizaciones que la ley establece para las víctimas del trabajo, la fundación de asilos para los proletarios ancianos o el establecimiento de seguros de renta para la vejez.

Firman el manifiesto Delfín Lévano, Glicerio Tassara, Edilberto Boza, Juan de Dios Tapia, José Luis García, Silvano D'Arca, Elías Mendiola, A.O. Galli, Manuel Caracciolo Lévano, M.E. Viteri, Peter Pokell, Eulogio Otazú, Abraham Gamero, Luis G. García, Miguel Tassara, Moisés Germany, Pedro Cisneros, Pedro Ferrari, Abelardo Ormeño, Luis Felipe Grillo, M. Aníbal de Preti y Francisco A. Loayza.

## **La jornada de ocho horas**

### **Por Delfín Lévano**

### **El Paro General**

Triunfo de la acción directa. El Estado cede a las aspiraciones del pueblo. Necesidad de la organización gremial de resistencia.



Muy a pesar de nuestro optimismo, no esperábamos que el movimiento huelguista de los obreros de las Fábricas de Tejidos El Inca, Vitarte, El Progreso, San Jacinto, La Victoria y La Unión, reclamando la jornada de ocho horas y el aumento de salario; no esperábamos, repetimos, que este movimiento al que se plegaron los obreros panaderos alcanzara proporciones tan grandes y alentadoras en el Paro General en los días 13, 14 y 15 del corriente mes. Nunca en esta región donde la indolencia, la apatía es hábito general, se ha producido una paralización de virilidad del proletariado, como en las 72 horas de huelga general decretada por el Comité Central Ejecutivo, en la noche del 12, ante una asamblea numerosa de delegados de los gremios de Lima, Callao y Huacho.

Los obreros tejedores, panaderos y curtidores que apelaron a la solidaridad de los demás trabajadores, para enfrentar la fuerza proletaria a la intransigencia capitalista, han sido los propulsores de este grandioso despertar obrero; ellos y el elemento libertario han sabido encauzar las aspiraciones y energías proletarias hasta hacerlas culminar en una pujante manifestación de solidaridad obrera, amenaza para el mundo capitalista y de protesta por la indiferencia con que los poderes contemplan la miseria y la explotación de que es víctima el productor.

Y esta demostración de fuerza proletaria tiene tanto valor y es bastante halagadora, aquí donde la organización obrera, propiamente dicha, no existe. En vano la policía y el ejército, con sus atropellos, prisiones, clausura de locales obreros; en vano la fuerza armada con sus provocaciones y amenazas, con sus fusiles, el sable, la metralleta, trataron de contener el grandioso movimiento por la jornada de ocho horas y el alza de salarios.

El Comité Central Ejecutivo del Paro General, con su energía, ha sabido mantener la cohesión del elemento trabajador de Lima y Callao, y durante los días del paro, en sus asambleas permanentes se recibían a cada momento a las comisiones de los distintos gremios, industrias y haciendas que se adherían a la huelga general entablando sus reclamaciones a sus explotadores.

La huelga cundía ya por todo Lima y sus distritos y El Callao y se hubiera extendido a los demás puntos de la república, a no intervenir, desde el primer momento de la huelga general, la acción mediadora del ministro de Fomento. El gobierno, que días antes había sido sordo al clamor de los gremios en huelga, sintió el formidable estallido de la acción directa del pueblo que voceaba por las calles sus aspiraciones y reivindicaciones, y procuró, primero, que obreros y patronos solucionaran las huelgas mediante concesiones de parte de los obreros; mas como los obreros comprendieron que el momento no era de ceder, sino más bien de intensificar el desarrollo del movimiento proletario, supieron mantener, en todas sus partes, sus reclamos hasta vencer, recurriendo,

si necesario era, a la huelga revolucionaria. Fue entonces que, ante la actitud valiente y decidida del pueblo ante el capricho de los capitalistas, panaderos, tejedores y curtidores, de quienes dependía el cese del paro general, el gobierno decretara la jornada de ocho horas para las dependencias del Estado y de hecho para los talleres y fábricas donde los obreros y patronos no se pongan de acuerdo sobre el horario de trabajo.

Ha sido, pues, bajo la presión del pueblo, que el gobierno ha dado tal Decreto; ha sido la acción directa de los trabajadores la que ha arrancado del gobierno un pleno reconocimiento de la justicia y la fuerza del obrero manifestadas por medio de la huelga general.

Nuestros compañeros de trabajo tendrán que apreciar mucho que los métodos de lucha preconizados siempre por los libertarios, por los que editan esta hoja del pueblo, han traído una victoria económica, un hermoso triunfo moral. Podemos declarar, regocijados, que las ideas libertarias, nuestro concurso puesto a disposición de los obreros, de manera desinteresada, han orientado este movimiento que debe ser el punto de partida para una moderna organización y una mejor preparación de la clase trabajadora, la que debe haber quedado convencida de su poder, de su fuerza arrolladora, cuando a la solidaridad, a la organización, une el poder de las ideas emancipadoras.

En el momento presente, en que todos los pueblos se agitan en pos de ideales de equidad económica y de libertad absoluta, los trabajadores de este país no deben permanecer, ya, rezagados en esa marcha progresista de la humanidad hacia nuevas y más justas formas de convivencia social.

La organización obrera sobre bases enteramente gremiales o industriales, con orientación marcadamente emancipadora de todo tutelaje que signifique opresión y explotación, es una necesidad primordial, impostergable, y a esta obra deben aportar su cooperación todos los hombres que no están conformes de este régimen social de oprobiosa esclavitud material y espiritual.

Decimos, una vez más, el paro general que por algunas horas ha hecho temblar de miedo a la burguesía, debe ser el punto de partida para futuras reivindicaciones proletarias, para venideras luchas por la dignificación del trabajo y en la emancipación del hombre. No hay que dormir sobre los laureles, cuando el enemigo común —el Capital— está en acecho y prepara sus maléficos programas de represión y esclavitud estatal.

De *La Protesta*, Año VII N° 75, segunda quincena de enero de 1919



## Sobre organización obrera

Por Manuel Caracciolo Lévano

El paro general de enero ha puesto en transparencia evidente estas tres verdades:

- La desorganización de nuestros gremios obreros.
- La avidez de estos de mejorar su situación.
- Y su deseo de organizarse con prescindencia de las instituciones representativas.

Nuestra desorganización gremialista es un hecho innegable. Y la falta de orientación sociológica y vital, otro hecho incontrovertible. Empero, no por falta de advertencia. Ha años que venimos diciendo a nuestros hermanos de infortunio; unid vuestras fuerzas, unificad vuestras ideas, y organizaos en sociedad, si queréis libraros de la miseria, del pauperismo.

Ante esta verdad, algunos gremios se constituyeron en sociedades de resistencia y lograron remediar el malestar de sus miembros.

Pero, huérfanos del elemento que les dio vida, ya por ausencia, ya por imposición de los patrones o por intrigas de los políticos y timoratos; y más que todo, por todo ese espíritu de dejadez y acomodo individual que predomina en nuestra clase; lo cierto es que esas sociedades, pasados los momentos críticos y de efervescencia, han dejado de ser o han variado de rumbo societario.

Por esto, hemos visto a contados gremios y representantes de algunos talleres y fábricas, proclamar el paro general. Y durante este y después de él, a numerosos gremios obreros constituirse en sociedad, para luego exigir su reconocimiento y reclamos al capitalismo.

Y no solo pasa esto. El mismo gremio de motoristas y conductores, ha tiempo organizado, y que parece que no quisiera codearse con los demás gremios de proletarios, después de declarar que no iría al paro, tuvo que plegarse a él y presentar sus condiciones terminado este y apoyarlas con la amenaza de otra huelga.

Empero, también hemos visto que todos los obreros, mujeres y niños de Lima y Callao, así como los trabajadores de haciendas y minas, y cuantos alquilan sus pulmones para ganarse el sustento, todos contribuyeron al buen éxito de la huelga general. Sí, todos.

Porque soportamos impacientemente la explotación desmedida de los patrones; porque todos sufrimos las amarguras del encarecimiento de la vida, y

el insultante desprecio de los poderes públicos. Porque estos, no solo nos abandonan a la explotación e injusticias del gamonalismo y plutocracia, sino que nos roban nuestro mísero jornal a fuerza de impuestos. Por esto, la aspiración general de todos los braceros fue mejorar su precaria situación.

Y olvidando las egoístas desavenencias de los políticos partidaristas y de los corifeos de las sociedades que se arrojan la representación de nuestra clase, pero inservibles por rancias y estultas, unificaron sus fuerzas e hicieron causa común ante un solo ideal: luchar por la vida.

Mas como la solución de nuestros problemas y asuntos sociales, así como la reivindicación nuestra a la justicia y libertad, es ardua, trascendental y compleja, ella demanda de nuestros gremios mucha unión, vitalidad y constancia.

Es decir, que este entusiasmo, que esa concordia y solidaridad manifestadas en el paro de enero, sea un hecho real en adelante, organizándose en sociedades de resistencia. Porque esta organización es la única que se impone hoy más que nunca. Porque no solo debemos estar preparados para sostener y defender la jornada de ocho horas; precisa también estar mejor disciplinados para la conquista directa al capitalismo de las indemnizaciones de los accidentes en el trabajo y las pensiones por invalidez o ancianidad y, como de estos beneficios han de querer gozar todos los obreros, sin necesidad de los líos de las leyes, necesario es pues que todos los trabajadores, en nuestras sociedades por oficio, permanezcamos de pie, siempre en guardia.

Este programa de lucha será el de todos los días, mientras la organización federal de todos los gremios no tenga la fuerza suficiente para poner todo el producto del trabajo a disposición de quienes lo producen, arrojando para siempre del banquete de la vida a los parásitos sociales que hoy consumen sin producir.

A organizarse, pues, trabajadores.

M. Comnavelich

(Manuel Caracciolo Lévano)

*La Protesta*, año VIII, N° 76, Lima, febrero de 1919









# ÍNDICE

---

César Lévano (1926-2019).....	9
Introducción .....	15
<b>I. CON BANDERAS DE CONCIENCIA Y REBELDÍA LA CLASE OBRERA ENTRA EN ESCENA</b>	
. Primera celebración del Primero de Mayo en el Perú .....	21
. Historia de masas.....	24
. El discurso de Manuel Caracciolo Lévano el Primero de Mayo de 1905, partida de bautismo de nuestro movimiento obrero .....	27
<b>II. LA MATANZA DE CHICAMA Y CÉSAR VALLEJO</b>	
. El cielo de Lima se tiñe con el humo de las fábricas .....	37
. El episodio Sorel .....	38
. El paro no cambió al leguista Haya .....	40
. La recepción de la juventud a su maestro.....	40
. César Vallejo, Los heraldos negros y la masacre en la hacienda Roma ..	41
<b>III. ESTEBAN PAVLETICH DESENMASCARA A HAYA DE LA TORRE</b>	
. Pavletich toma el fusil y la palabra.....	43
. Habla Pavletich .....	43
. Federación de Estudiantes del Perú .....	44
. Primera acción antiimperialista .....	46
. Memorias del olvido .....	47
. Las banderas del Primero de Mayo.....	48
<b>IV. TEMPESTAD OBRERA</b>	
. ¿Quién era Delfín Lévano? .....	59
. El patriarca.....	59

. Los modernos parias.....	60
. El otro Lévano .....	61
. Haya y las ocho horas .....	62
. La honradez y la pureza .....	62
. Muerte sin transfiguración .....	63
. La biografía de un rebelde .....	64
. 1919: la tempestad obrera .....	69
. Primera victoria de las ocho horas .....	76
. 1913: paro por las ocho horas .....	77
. La invencible solidaridad.....	78
. Victoria.....	78
. El primer comunista obrero .....	80
. Tres estudiantes sobre un caballo .....	82
. Diálogos desde la historia .....	86
. Anotación marginal.....	91
. Alejandro Alayza el “Karamanduka” dirige matanza de mujeres .....	92

## **V. LAS MATANZAS DE HUACHO**

. Protesta de un obrero preso al “Comité obrero de defensa social” .....	95
. Ya lo dijo González Prada el Primero de Mayo de 1905.....	96
. El apoliticismo .....	96
. Julio Portocarrero (1898-1990) .....	98
. Haya propone nueve horas .....	98
. Hacia otra etapa.....	100
. El primer paro .....	101
. Manifiesto histórico.....	101
. La jornada de ocho horas por Delfín Lévano .....	102
. Sobre organización obrera por Manuel Caracciolo Lévano .....	105



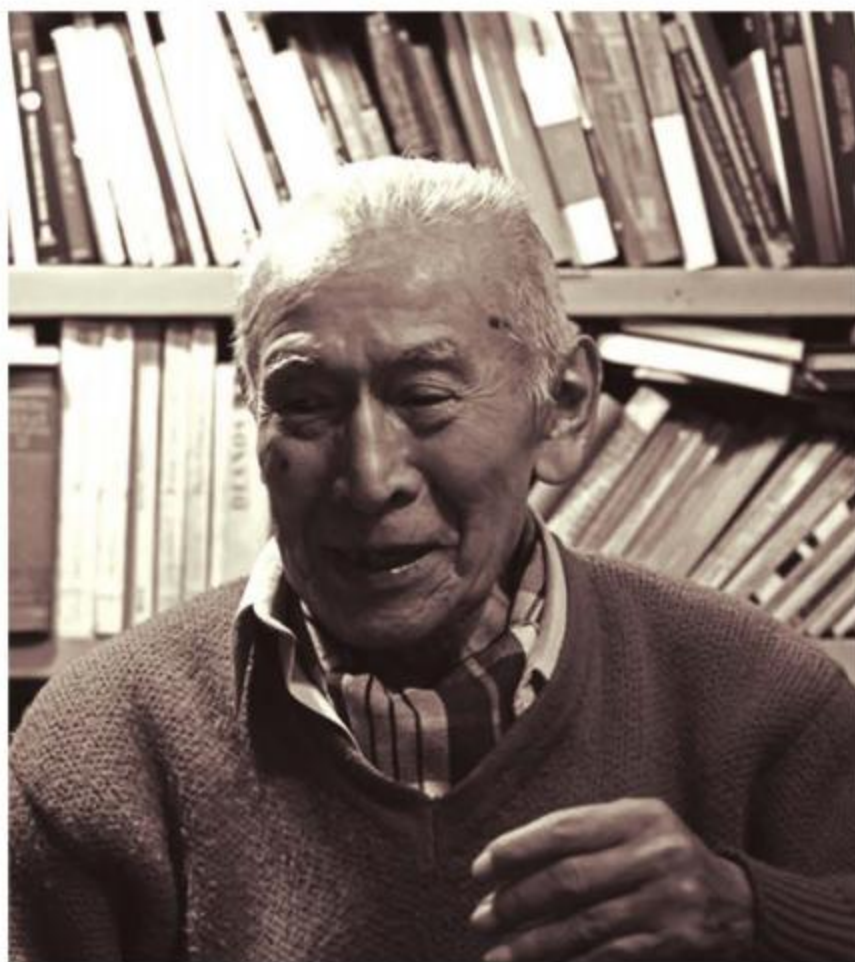


Segunda Edición  
Este libro se terminó de imprimir  
el 23 de abril de 2019  
en los talleres gráficos de  
Sinco Diseño E.I.R.L.  
Jr. Huaraz 449 - Breña  
Tf. (01) 433 5974  
Lima - Perú





**S**INCO EDITORES, tiene el honor de publicar la segunda edición de *Las ocho horas. La historia real de una conquista exclusivamente obrera* (Abril, 2019) de César Lévano. Acerca del Maestro Lévano y de este su último libro, en medio de las circunstancias particulares de su partida, creemos que fue concebido para que los trabajadores conozcan de donde vienen los derechos que aún disfrutaban, que nada fue un regalo, que todo se ganó con lucha sindical, que muchos quedaron en el camino por conseguirlos. Hay derechos que hoy por hoy son conculcados, pliegos de reclamos que no son atendidos y condiciones laborales sistemáticamente negadas. Los



reclamos y derechos laborales no pueden circunscribirse solo a mejores sueldos y salarios, que, si fueran justos, los trabajadores deberían llevar una vida digna, buscando igualdad de oportunidades y el disfrute del producto del cerebro humano, la cultura, el arte y el cultivo del espíritu. Ese era uno de los sueños del Maestro.

Agradecemos a todas las personas e instituciones que nos brindaron su apoyo, tanto en la realización de la primera, como de esta segunda edición que tienen entre sus manos. Un agradecimiento profundo a la Asociación Amigos de Mariátegui, y a la Federación de Trabajadores de Construcción Civil del Perú, de manera especial a sus directivos Fanny Palacios Izquierdo y Hernán Chiroque Nole, respectivamente; por su esfuerzo infatigable y el apoyo constante a la actividad editorial que realizamos para promover la obra del Maestro Lévano, durante estos últimos años. Estamos seguros, que fue el mejor homenaje que desde la trinchera cultural, pudimos hacer en vida de tan notable personalidad.

Jaime Chihuán Galvez  
Director de Sinco Editores